

Bianca®

El amor no está en venta

Trish Morey

Autor

El amor no está a la venta

Bianca (Clemenger 1) [1578]

Opal Clemenger estaba en la ruina y el único hombre que podía ayudarla era el despiadado magnate Dominic Silvagni. Domenic era increíblemente rico y creía que podía conseguirlo todo con dinero… incluyendo una mujer. Así que accedió a ayudar a Opal con la condición de que se casara con él. Opal no tenía otra alternativa que casarse con él, pero no esperaba que hubiera otra exigencia: que le diera un heredero…

Por fin se dio cuenta de que había algo que el dinero no podía comprar… el amor de su esposa.

Capítulo 1

DOMENIC Silvagni sólo había leído una tercera parte del informe cuando sonó el interfono por segunda vez en los últimos cinco minutos. Gruñó enfadado al tiempo que golpeaba la estilográfica contra la mesa. Otra vez su padre… Nadie podría haberse saltado la férrea defensa de la señora Hancock, el rottweiler humano que le habían asignado como secretaria durante su visita al hotel que la cadena Silvers poseía en Sydney.

Tan despiadada eficiencia era precisamente lo que Domenic necesitaba si quería terminar de analizar aquel informe. Entre la tremenda montaña de datos y cifras que se desplegaba en aquel análisis de mercado se encontraba la solución para los pobres resultados que estaba obteniendo la cadena hotelera en Australia. Y Domenic estaba empeñado en dar con ella antes del vuelo que esa misma noche lo llevaría a Roma.

Pero parecía que no había servido de nada que pidiera que no le pasaran llamadas porque ahí estaba su padre abusando de sus privilegios. Domenic no estaba de humor para aguantar otro sermón, sobre todo si estaba relacionado con las dichosas fotos. Las dos fotos que habían aparecido en el periodicucho Pillados in jraganti. Él siempre había creído que su vida privada era únicamente asunto suyo, pero la revista acababa de convertido en algo público.

Guglielmo Silvagni sabía perfectamente que la imagen de playboy que habían dado de su hijo era pura invención, pero aun así estaba muy disgustado.

—Podrías encontrar algo mejor que esas modelos y esas actrices —le había reprendido su padre—. Búscate alguien inteligente, una mujer con agallas que te haga sufrir un poco.

Emma y Kristin se habrían ofendido, no sin razón, si hubieran podido oírla opinión que su padre tenía sobre ellas. Al fin y al cabo, ni siquiera las modelos o las actrices en ciernes podían conseguir nada sólo gracias a su belleza, aunque la tuvieran a raudales.

También tenían celos de sobra. Ambas se habían enfadado muchísimo al ver las fotos en la revista.

Sin duda alguna, aquel asunto había resultado muy molesto para todos, pero no por eso iba a sentar la cabeza como su padre le sugería. Él no andaba buscando esposa o familia, por muchas veces que su padre le insistiera en que no debía dejarlo para demasiado tarde.

¡Demasiado tarde! Pero si sólo tenía treinta y dos años. Estaba en la flor de la vida.

La luz siguió parpadeando en el interfono. «Mentiroso», parecía estar diciéndole. Domenic volvió a gruñir, esa vez de frustración, «resulta que estoy empezando a pensar como mi padre»… y levantó el auricular.

—Dígale a mi padre que lo llamaré más tarde.

Cuando haya terminado con este informe.

—Lo siento, señor Silvagni, pero no… no es su padre… . Domenic aguzó el oído. Algo iba mal. La señora Hancock había cambiado su tajante tono de voz e incluso parecía algo nerviosa.

—Es una mujer…

Domenic apretó los dientes. Podía comprender que Guglielmo Silvagni hubiera traspasado las líneas defensivas; al fin y al cabo, él era Silvers Hotels. Junto a su padre, el abuelo de Domenic, había convertido una pequeña pensión de Nápoles en un éxito internacional de cinco estrellas. Aunque vivía retirado en una villa de la Toscana después de ganarle una larga batalla al cáncer y era Domenic el que dirigía ahora la empresa, su padre todavía ejercía mucho poder. Pero, ¿una mujer?

—Le dije que no me pasara ninguna llamada.

—Es que no está al teléfono —lo interrumpió ella hábilmente antes de que tuviera ocasión de terminar la frase—. Está aquí. Dijo que se trataba de algo urgente, que usted querría veda.

Domenic se recostó sobre el respaldo de la butaca de cuero mientras tamborileaba con los dedos en el borde de la mesa.

—¿Quién es? —preguntó al tiempo que su mente hacía un

rápido repaso del paradero de sus últimas con quistas. Lo último que había sabido de Emma era que estaba en Texas rodando una película, Kristin estaba en Marruecos haciendo un reportaje para Vague. De todos modos, ninguna de las dos le dirigía la palabra desde la publicación de aquellas malditas fotos, así que ninguna de las dos sabía siquiera que se encontraba en Australia.

—Su nombre es Opal Clemenger. De Clemengers…

Los propietarios de tres prestigiosos hoteles. Hay uno aquí cerca, en.

—Ya sé lo que es Clemengers y dónde están. sus hoteles —la interrumpió bruscamente—. ¿Qué quiere?

—Dice que tiene un negocio para usted. Una oportunidad que no podrá rechazar. ¿La hago pasar?

Opal contuvo la respiración apretando con fuerza los documentos que había reunido con la esperanza de poder reunirse con él sin previo aviso. Segura mente ya había conseguido despertar su curiosid1i9; estaría preguntándose qué hacía en. su oficina la propietaria del único hotel de seis estrellas de Sydney.

Y tendría que acceder a veda. El futuro de Clemengers y de sus empleados dependía de ello.

—Dígale que concierte una cita —dijo la voz al otro lado del interfono—. Yo estaré de vuelta en dos semanas. Por cierto, vaya quedarme aquí trabajando. ¿Podría traerme un café y algo de comer?

La recepcionista levantó la mirada hacia Opal al tiempo que la. voz de su jefe desaparecía…

—Lo siento, querida. No es normal que yo lo. interrumpa mientras trabaja, por eso pensé que se sentiría intrigado por verte. Me temo que tendrás. que volver dentro de dos semanas.

Opal meneó la cabeza sin decir nada. Dentro de dos semanas sería demasiado tarde. Sólo disponía de dos días para cerrar el trato, sólo dos días para encontrar a alguien que invirtiera en Clemengers, alguien que comprendiera y continuara el negocio como si fuera el suyo. Alguien completamente diferente a McQuade, un buitre de los negocios que sólo buscaba un terreno 'barato en el que demoler todo lo que hubiera para después construir más carísimos apartamentos de lujo.

En sólo dos días se cerraría el concurso y, a menos que encontrara un caballero andante que acudiera al rescate de Clemengers, la empresa de su familia perdería todo por lo que habían trabajado y unos doscientos empleados perderían sus empleos…

Y, desde luego, ella no estaba dispuesta a permitir que el hotel acabara en manos de McQuade.

—Tengo que vedo hoy —afirmó Opal con gravedad—. No tengo otra alternativa —se alejó de la mesa de la señora Hancock mientras ella encargaba lo que le había pedido su jefe. Tenía la mirada perdida en la elegante alfombra que cubría el suelo bajo sus pies.

Tenía que encontrar una solución. Quizá se le había escapado algo. Abrió la carpeta que aún tenía en la mano y hojeó de nuevo.los recortes que había reunido al enterarse de la visita de Domenic. Quizá entre aquellos papeles se escondía lo que necesitaba.

Entre los recortes de periódico apareció la colorida página de una revista.

Allí, bajo el titular Playboy de cinco estrellas, había dos fotografías de Domenic, cada una con una mujer diferente; las dos muy jóvenes, muy rubias y muy bellas. Si ése era el tipo de mujer que le interesaba, no le extrañaba que no sintiera la más mínima curiosidad por el talento de la recatada mujer que lo esperaba en el vestíbulo de su despacho.

Los ojos de Opal se centraron en ese momento en el hombre al que ambas jóvenes miraban extasiadas. Desde luego que era digno del apelativo de «cinco estrellas». El título le iba tanto como el traje hecho a medida que lucía en una de las fotografías o la camisa de seda negra que lo cubría en la otra. Tenía unos ojos oscuros por los que cualquier mujer en su sano juicio estaría dispuesta a matar. Tenía el flequillo ligeramente. más largo que el resto del pelo y unos labios fuertes que le daban a SU boca la interesante expresión de estar ocultando un importante secreto. Su mandíbula bien definida parecía ser un indicio del poder y la influencia que aquel hombre poseía.

Incluso sin el dinero, Domenic Silvagni habría sido un buen partido; pero con su dinero, bueno, seguramente tenía toda una

corte ,de mujeres dispuestas a hacer cualquier cosa por él.

«Buena suerte para ellas», pensó Opál con cierta, amargura. Cualquiera que se casara con un playboy merecía todo lo que le sucediese. Eso era algo que ella había aprendido gracias a su madre.

Pero, pese a cómo fuera él en el terreno personal, ella lo necesitaba. Al menos necesitaba su dinero y lo necesitaba ya.

—Esperaré, si no fe importa —decidió de pronto—. En algún momento tendrá que salir.

La señora Hancock la miró con el ceño fruncido. Miró a su alrededor como para comprobar"'si había alguien que pudiera oída. Y a pesar de que no se veía un alma en el largo pasillo que salía de aquel vestíbulo, la recepcionista se inclinó sobre la mesa y le susurró en tono de conspiración:

—Yo tengo que irme un momento y están a punto de traer la comida; No irás a hacer ninguna tontería, ¿verdad?

En los labios de Opal se dibujó una sincera sonrisa, la primera desde que tres meses antes se había enterado de la peligrosa situación a la que se enfrentaba Clemengers. y aquella sonrisa la había provocado Deirdre Hancock, la que había sido secretaria de su padre hacía ya unos veinte años.

Nada más reconocer a Deirdre al entrar, Opál había sabido que era una buena señal. Ella se había puesto en pie de un salto y había acudido a darle un fuerte abrazo, como si todavía fuera la muchachita con trenzas de la época en la que ella trabajaba para su padre.

No sabía exactamente cuál era la función de Deirdre en Silvers, pero podía suponer que trabajar para Domenic Silvagni no debía de ser nada fácil. Por lo que había oído a través del interfono, aquel tipo era muy brusco, mientras que Deirdre era un verdadero tesoro. Cierto era que podía parecer un dragón, pero como recordaba habedle oído decir a su padre, Deirdre era eficiente, organizada y correcta. Y ahora estaba haciendo todo lo que estaba en su mano para ayudarla a que se reuniera con su jefe. Domenic no la merecía. por supuesto que no —respondió Opál guiñando un aja.

La adrenalina le inundó las venas al mismo tiempo que caía en l_ cuenta de lo que la eficiente secretaria estaba arriesgando.

—Escucha, Deirdre, no quiero que te despidan por mi culpa.

La señora Hancock le lanzó una mirada traviesa mientras se

ponía en pie.

—¿Quién sabe, querida? Quizá acabe agradeciéndomelo. Además, la semana que viene me jubilo. ¿Qué va a hacer… despedirme? Bueno, he desviado las llamadas a la sala de las fotocopiadoras, que es donde vaya estar; así nadie os interrumpirá.

Opal no pudo ni darle las gracias antes de que desapareciera. Un minuto después se acercó el muchacho que llevaba la comida.

—El pedido de la señora Hancock —anunció el joven extrañado.

Ahora mismo vuelve.

El muchacho pareció quedarse satisfecho, así que dejó allí el carrito y se marchó abandonando a Opal a su nerviosismo.

Respiró hondo poniéndose en pie.

Capítulo 2

¿QUIÉN es usted?

Opal no había dado ni dos pasos dentro del. despacho cuando el hombre que estaba sentado al otro lado del precioso escritorio de caoba levantó la vista y se encontró con ella.

—¿Dónde está la señora Hancock?

Por una décima de segundo, Opal se creyó incapaz de moverse siquiera, pero tenía que acercarse un poco más a él; desde tan lejos no podría exponer su caso. Sin apenas mirarlo por si acaso su aspecto era tan imponente como su voz, empujó el carrito hacia la mesa—.

—Le traigo la comida.

—Eso ya lo veo-gruñó él—. ¿Pero cómo ha entrado aquí? .

Opal hizo caso omiso a lo que oía y se centró en el contenido de la bandeja: en un plato había pasta con alcachofas y bacón y en el otro escalopes de ternera con espárragos…

—Supongo que primero la pasta —anunció colocando el plato en un hueco del escritorio.

Domenic se puso en pie y se dirigió a la puerta.

—Señora Hancock —gritó furioso—. ¡Señora Han cock!

—La señora Hancock está en la sala de fotocopias

Y. yo no quería que se le enfriase la comida.

Por fin se volvió a mirarla fijamente. —¿Quién demonios es usted?

Opal sintió una oleada de calor que trató de sofocar tomando aire antes de mirarlo directamente a los ojos. Allí estaba, Domenic Silvagni; aquellos ojos negros, aquella mandíbula. Debería haber estado preparada, pero las fotografías de la revista no eran más que una mera copia del original que se encontraba frente a ella.

Aquellas fotos no daban fe del poder y la fuerza masculina que proyectaba aquel hombre.

¡Y el calor!

Bajo el traje de seda, notó cómo se le estremecía la piel. Tragó saliva y percibió el sabor del miedo, pero inmediatamente levantó la cabeza y se recordó qué hacía allí. Tenía un trabajo que hacer y él no era más que un hombre, un playboy. La peor clase de hombre.

—Opal Clemenger —dijo por fin tratando de buscar las palabras que deberían haber salido con mayor facilidad—. Gracias por recibirme, sé que está usted muy ocupado.

Domenic resopló y le abrió la puerta de par en par. —Yo no la he recibido, le dije que podía volver en dos semanas. Pero rectifico, será mejor que no vuelva por aquí —añadió señalándole la puerta —. Y ahora si me disculpa, tengo mucho trabajo pendiente.

—Pero todavía no me ha dado oportunidad de con darle mi propuesta.

—¿ Y no se le ha ocurrido pensar que a lo mejor es porque no me interesa lo más mínimo?

Pero Opal no se movió ni un ápice.

—Se le está enfriando la pasta.

—Entonces, cuanto antes se vaya, antes podré comer.

—Podemos hablar mientras come.

—Mi intención era trabajar mientras comía.

—Eso no es bueno para la salud.

—Lo que no es bueno es discutir con alguien que no se da cuenta de que no es bienvenida. Márchese.

—No hasta que no haya oído lo que quiero proponerle.

—¿Es que quiere que la ayude a marcharse? —dijo con mirada imperturbable y tan evidentemente enfadado que Opal se asustó de verdad. Si se atrevía a tocarla siquiera…

—Tengo una oportunidad para usted —las palabras salieron de su boca antes de pararse a pensar en la situación—. La oportunidad de darle a Silvers Hotels la posición de ventaja que está buscando… y que necesita.

—Veo que voy a tener que hacerla marchar —se alejó de la puerta y se acercó a ella, lo que la obligó a dar un paso atrás de manera instintiva. No había ido preparada para aquella presencia

animal. En aquel momento se sintió como una presa más que como la propietaria y gerente de la más prestigiosa cadena de hoteles australiana.

Tenía que hacer algo para que le hiciera caso, tenía que impresionarlo antes de perder aquella oportunidad para siempre.

—Necesita algo que saque a Silvers de la mediocridad de cinco estrellas…

—¿La qué?—la interrumpió él deteniéndose en seco.

Opal tuvo la sensación de levantarse sobre su imponente metro ochenta y sus ojos verdes azulados se encendieron con la misma intensidad que los de él. La comisura de sus labios se torció de tal manera qué le dio a entender a Domenic que acababa de perder un punto.

Aunque esa mujer tenía agallas. Había conseguido saltarse la defensa de su secretaria y colarse en su despacho para acusar a su negocio de mediocridad. O era muy valiente o muy estúpida. De cualquier manera, iba a tener que marcharse.

—La mediocridad, señor Silvagni. Las cinco estrellas solían dar a entender que había algo especial, ahora sólo significan más de lo mismo.

Yeso no es lo que quiere la gente, la gente quiere una experiencia diferente, quiere sentirse especial.

—Gracias por su sagacidad, señorita Clemenger, pero si necesito que analicen mi negocio, estoy seguro de que hay gente mucho más capacitada para hacerlo que usted.

—¿Ah, sí? Y si es tan fácil, ¿qué ha venido usted a hacer a Sydney? Tiene usted a su disposición todo un equipo de asesores que pueden elaborar la estrategia que Silvers necesita. Y usted tendrá cosas más interesantes a las que dedicar su tiempo.

Domenic se puso en tensión al admitir, al menos ante sí mismo, que había fracasado en su intento de hacerla perder confianza. La señorita Clemenger estaba empezando a hacerle sentir cierta curiosidad. Al fin y al cabo, era cierto que Silvers tenía un problema.

¿Qué daño podría hacerle escuchar lo que tenía que decir? Así que se cruzó de brazos y se apoyó en el borde de la mesa.

—Tiene usted cinco minutos —concedió por fin—. Hable.

Por un momento, Domenic tuvo la sensación de que su contrincante se había quedado sin palabras y se sintió más tranquilo. Por primera vez no tuvo que concentrarse en lo que decía y podía fijarse en su aspecto.

Mirarla no resultaba tan desafiante como escucharla. Pelo castaño, labios carnosos, piel clara, casi traslúcida y unos ojos que reflejaban inteligencia y emoción. Se había fijado en cómo se habían abierto de par en par cuando por fin lo había mirado cara a cara. En ellos había visto algo que no sabía si era sorpresa o miedo. Desde luego si había sentido miedo, no se había dejado amedrentar. Y eso le gustaba.

Su mirada continuó explorándola.

Llevaba un traje azul cobalto que dejaba adivinar sin llegar a mostrar claramente sus curvas. Quizá si se sentaba pudiera comprobar si el resto de sus largas piernas estaban tan bien formadas como sugerían sus pantorrillas.

Pero siguió en pie.

—Señor Silvagni.

Su atención abandonó las piernas y volvió a su boca… a aquellos labios.

—Llámeme Domenic.

Ella lo miró y por una décima de segundo él llegó a pensar que también iba a discutirle eso. Después asintió levemente.

—Domenic —dijo con suavidad como si estuviera practicando. A él le gustó cómo sonaba su nombre en aquellos labios. Tenía una voz cálida con un ligero acento australiano que suavizaba el ritmo de las sílabas. Tenía el tipo de voz con el que no le molestaba a uno que lo despertaran… eso sí, ahora que la desesperación había desaparecido—. Como el resto de cadenas hoteleras australianas e incluso las internacionales, los hoteles Silvers están sufriendo una caída en las cifras de ocupación. Parece que sencillamente no hay el número de viajeros suficiente para llenar los hoteles. Quizá el marketing pueda hacer que los beneficios de una cadena suban ligeramente por encima de las otras, pero eso no es más que una ganancia a corto plazo que desaparece en el momento que cualquier otra realiza una campaña publicitaria.

Domenic se movió incómodo y descruzó los brazos. Nada de lo que había dicho le resultaba nuevo, era exactamente lo mismo que

había estado leyendo en el informe que seguía sobre su mesa.

—y suponiendo que dicha valoración sea cierta, imagino que tendrás la solución —añadió con incredulidad.

Ella apretó las manos, lo que hizo que él se fIjara en sus largos dedos y las uñas pintadas sólo con brillo. Ningún anillo a la vista.

—Tengo una oportunidad para Silvers Hotels, si tienes la perspicacia suficiente para apreciarla.

—Ya —dijo él sin hacer caso de la nada sutil reprimenda—. ¿Y de qué se trata esa «oportunidad»?

Opal respiró hondo. No le podía pasar desapercibido teniendo su pecho a la altura de los ojos. Debajo de aquel traje había formas. Era más que una insinuación. Había pechos, caderas y una estrecha cintura. Aquella mirada fue recompensada con un evidente rubor en sus mejillas. «Vaya. Resulta que es tímida».

—Clemengers posee tres hoteles de seis estrellas emplazados en lugares privilegiados de Sydney, Melboume y Brisbane. La empresa fue fundada por mi difunto padre hace más de cincuenta años y muchos de nuestros empleados llevan con nosotros más de veinte años y algunos incluso cuarenta. Somos una empresa familiar que jamás ha olvidado sus raíces ni su objetivo inicial: ser los mejores, dar lo mejor a los mejores. Esta crisis —continuó .diciendo nos ha afectado, por supuesto, pero no del mismo modo que a Silvers. Te preguntarás por qué.

Domenic no quería preguntarle, desde luego no a ella, pero sí que quería saberlo. No había leído nada al respecto, por lo que estaba claro que una de las preguntas que pensaba hacerle a su asesor era por qué tenía que enterarse de algo así por boca de la competencia.

—¿No quieres saber por qué? —le preguntó.

—Te escucho —concedió con un movimiento de cabeza—. Dime qué es lo que crees.

—Lo que sé —enfatizó ella es que Clemengers ofrece algo más que un alojamiento. Clemengers ofrece una experiencia.

—¿ Tratas de decirme que Silvers no ofrece una ex periencia? Somos una de las cadenas hoteleras más grandes del mundo. Jamás lo habríamos conseguido si no ofreciéramos lo mejor.

—Pero no ofrecéis un punto de diferencia. Ofrecéis un buen producto con calidad de cinco estrellas, pero no es lo mismo. Fíjate

en la clientela por ejemplo…

—¿Qué problema hay con la clientela? —la interrumpió ofendido—. Mick Jagger se alojó en los hoteles Silvers en su última gira.

—Exacto —continuó ella',—. Vosotros tenéis estrellas de rock, ejecutivos y turistas a los que les gusta la comodidad. Sin embargo, Clemengers tiene primeros ministros, jeques y todos aquellos que aprecian el lujo.

Domenic se puso en pie y dio tres pasos por el despacho antes de volverse a mirarla.

—¿Entonces qué es lo que me ofreces?

—Sencillamente, la oportunidad de participar en el más prestigioso hotel de Australia. La oportunidad de beneficiarte y aprender de nuestros métodos para poder fortalecer el resto de tus negocios. Te estoy ofreciendo una participación en Clemengers.

Era una locura y, por supuesto, en el informe que había estado leyendo no figuraba nada ni remotamente parecido. Y sin embargo, quizá —fuera exactamente el tipo de estrategia que le convenía a Silvers. Quizá fuera-eso precisamente lo que le faltaba al informe. A lo mejor había llegado el momento de ver las cosas desde otra perspectiva.

—¿Y qué gana Clemengers con eso? No creo que estés haciendo esto por bondad, por ayudar a la competencia.

Opal se volvió a mirar por la ventana, que ofrecía una magnífica vista del edificio de la Ópera y del puerto por el que circulaban multitud de barcos de todos los tipos mientras el sol de la tarde se reflejaba en el agua. Aunque, Domenic tenía la sensación de que en realidad ella no estaba viendo nada de eso.

—Se podría decir —comenzó a explicar sin apartar la vista de la ventana que Clemengers .está teniendo un pequeño problema de liquidez. Mi padre siguió un mal consejo que le causó algunos problemas con Hacienda. Yo ni siquiera sabía que dicho problema existía hasta que él murió y hace seis meses descubrí lo grave que era. Los bancos nos ayudaron… durante un tiempo —matizó moviendo la cabeza—. Estábamos progresando hasta que llegó un aviso. Los bancos no están dispuestos a darnos más prórrogas.

—¿De cuánto estamos hablando?

Lo miró y dijo rápidamente una cifra que lo hizo palidecer.

—Por eso es por lo que nuestros abogados nos han recomendado que vendamos Clemengers. Sin embargo, el negocio sigue siendo rentable, te puedo enseñar las cifras que lo demuestran. El problema es que hay que pagar todos los impuestos acumulados y las penalizaciones… y hay que hacerlo pronto.

Opal suspiró y esbozó una lánguida sonrisa. Parecía cansada, cansada y vulnerable. Nada que ver con la intrépida mujer que se le había colado en el despacho exigiendo que la escuchara. Entonces lo miró con curiosidad.

—Clemengers lleva dos meses en el mercado… ¿por qué Silvers no ha mostrado ningún interés? Dado que es un 'negocio que necesita soluciones para sus problemas, lo lógico hubiera sido que se interesaran por una oportunidad así, o al menos se hubieran informado.

Domenic no podía contestar. Su director de recursos financieros en Australia no le había informado de que la cadena australiana estuviera a la venta. Y aunque él podría no haber estado interesado en lo que Clemengers pudiera ofrecer, no entendía por qué ni siquiera se mencionaba en el informe.

Había una manera de averiguarlo.

—Creo que ya tengo la información suficiente —se acercó a la mesa, agarró el teléfono y marcó el número del director de recursos financieros. Ella lo observaba sin moverse, con los ojos de par en par y los labios entreabiertos como si estuviera a punto de decir algo. En su cabello habían aparecido unos mechones cobrizos. ¿Tendría la menor idea de lo bella que estaba en ese preciso momento? ¿Sería por eso por lo que había elegido ese lugar junto a la ventana para quedarse parada, con el sol bañándola con su reflejo dorado?

Probablemente no, decidió él mientras esperaba a que le contestasen al otro lado de la línea, aquella mujer parecía carecer del tipo de astucia que utilizaban las mujeres con las que él solía relacionarse.

Evan Hooper respondió a la tercera llamada, entonces Domenic retiró la mirada de Opal y la perdióen la pared, donde aquellos peculiares ojos, que no eran ni verdes ni azules, no pudieran distraerlo.

—Evan, ¿qué puedes decirme de la venta de Clemengers?

Opal respiró hondo. Por un momento había creído que estaba llamando a seguridad para que la sacaran de allí, pero parecía que seguía teniendo una oportunidad…

—¿ y de la situación económica? —las escuetas preguntas de Domenic recibían largas respuestas—. ¿Entonces por qué? —el tono de su voz subió varios decibelios antes de que colgara el teléfono con una maldición. Se quedó inmóvil unos segundos, después alzó la vista hacia ella y se levantó poniéndose la chaqueta. —Vamos pues, Opal. ¿Puedo llamarla Opal?

—Claro, pero… ¿dónde vamos?

—¿Dónde crees? Vas a enseñarme ese hotel de seis estrellas del que tanto te enorgulleces.

Ella miró a la mesa, donde seguían sin tocar. los platos de comida.

—y tu comida…

—No importa —respondió él poniéndole una mano bajo el brazo y conduciéndola a la puerta. Giró el rostro hacia ella, que notó su aroma, a madera y a hombre. Le iba bien—. Quiero ver lo que puedes ofrecerme —añadió con una increíble sonrisa.

Al tacto de su mano y a pesar de que la manga de la chaqueta lo separaba de su piel, Opal sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda. Se refería al hotel, por supuesto. ¿Qué le habría hecho imaginar que había visto algo más en aquella oscura e intensa mirada? Claro que era un playboy, pero no iba a ejercer como tal con ella. Ella no era su tipo y así quería que siguiese siendo.

Lo único que quería de Domenic Silvagni era una inversión que asegurara el futuro de Clemengers y de sus empleados. Si daba la casualidad de que era un playboy, bueno, en aquel momento no podía permitirse elegir.

Deirdre Hancock estaba de nuevo en su mesa cuando salieron del despacho. Si le sorprendió o le gustó verlos salir juntos, no lo demostró pues era toda una profesional.

—Voy a estar fuera unas dos horas —la informó él—. ¿Puede pedir un coche que nos recoja abajo?

—Por supuesto, señor Silvagni. Por cierto, su padre volvió a llamar. Le dije que estaba usted reunido.

—¿Dejó algún mensaje? —preguntó deteniéndose en seco.

—Quería saber si estará usted libre el jueves en Roma. Su madre y él han conocido a una muchacha encantadora que les gustaría presentarle.

Domenic emitió una especie de gruñido. —¿Quiere dejar algún mensaje para él?

—No. Ya me encargaré de eso más tarde —se volvió a Opal y le dejó paso hacia el ascensor. Antes de desaparecer tras las puertas, la joven miró a Deirdre con un gesto de agradecimiento que la secretaria reconoció sin problemas.

Ya en el ascensor, Opal esperaba que Domenic mirara hacia adelante, pero él se quedó frente a ella. Ella intentó dirigir su mirada a cualquier sitio que no fueran sus ojos, así que buscó el refugio de los documentos que tenía en la mano y que mostraban las cifras de la recesión.

Aunque había p9dido evitar sus ojos, no había manera de escapar al calor que emanaba su presencia, ni al poder que ejercía su mirada sobre ella. Su cuerpo podía sentida y respondía en consecuencia; la piel le hormigueaba y los pechos se le endurecieron por mucho que sus ojos trataran de negarlo. Hasta su aroma parecía destinado a provocarla.

No había manera de ignorarlo, aunque sí podía hacede ver que no le causaba ninguna impresión. Quizáen cualquier otro momento se habría sentido intrigada, incluso atraída por el magnetismo de aquel hombre. En cualquier otro momento y con cualquier otro hombre, pero no ahora y desde luego no con Domeriic Silvagni. Jamás con un playboy.

—¿Qué edad tienes? —le preguntó él rompiendo el silencio.

Ella lo miró sorprendida. Así que ése era el motivo por el que la miraba, había estado observando si encontraba alguna arruga, cosa con la que debía de estar muy poco familiarizado, dadas las adolescentes con las que estaba acostumbrado a salir.

—¿Es importante?

—¿ Veinticuatro? ¿Veinticinco?

Opal irguió la espalda y le clavó la mirada. —¿Qué edad tienes tú?

—Treinta y dos.

—Ah —su indignación desapareció al darse cuenta de que había sido grosera con él. Parecía que simplemente quería saber su edad

—. Cumplí veintiséis en junio.

Él enarcó una ceja.

—y no estás ni casada ni prometida. ¿Cómo es eso?

Cohibida por aquel comentario, se tapó una mano con la otra, aunque evidentemente era demasiado tarde.

—Pero a lo mejor tengo novio.

—¿ y lo tienes? No me extrañaría, eres de una belleza que desarma.

Notó cómo el rubor le inundaba las mejillas mientras trataba de concentrarse en hacer que los pisos pasaran más aprisa. «De una belleza que desarma»… ¿qué clase de comentario era ése?, no se sabía si era una grosería o un cumplido. Pero desde luego no iba a pedirle que se lo aclarara.

—No me parece que eso tenga nada que ver con la venta de Clemengers.

Domenic miró al techo del ascensor.

—Tienes razón. Ése no es tu problema.

Por un momento, Opal se quedó confundida, pero entonces comprendió a qué se refería.

—La llamada de teléfono —sacó como conclusión. —Mi padre cree que debería casarme y parece que mi madre se ha propuesto entrevistar a todas las licenciadas universitarias o princesas europeas con las que se encuentre.

Aquello le recordó a Opal las mujeres con las que lo había visto en las fotografías; ninguna de las dos era ni licenciada ni princesa. Pero, ¿qué esperaba? Sin duda a sus padres les preocupaba que le echara el guante una de esas oportunistas. Muy a su pesar, en sus labios se dibujó una sonrisa.

—Entiendo que eso sea un problema… para alguien como tú.

Aquellas palabras se clavaron en su conciencia, pero si esperaba que eso lo pusiera a la defensiva, estaba muy equivocada. Al margen de la posición de su familia, él no había llegado hasta donde estaba dejándose tumbar por los golpes. Y eso era algo que iba a tener que aprender la señorita Clemenger.

Domenic dio un paso que la dejó de espaldas contra la pared y la atrapó poniendo un brazo a cada lado. Vio cómo el miedo inundaba sus ojos y su rostro se alarmaba.

—¿Alguien como yo? Eso suena bastante ofensivo, señorita

Clemenger.

El miedo de sus ojos se transformó en un brillo frío y duro.

—Opal —dijo poniéndose la carpeta sobre el pecho a modo de defensa contra su proximidad—. Te he dicho que podías llamarme Opal.

Le gustaba cómo pronunciaba su nombre, cómo su boca se abría y luego sus labios se cerraban para dibujar la «p» para luego volverse a abrir y que la lengua rozara los dientes con la «1» final. Había algo muy sexy en los movimientos de su boca. En realidad, había algo muy sexy en aquellos labios, al margen de las palabras.

Ojalá sus ojos expresaran lo mismo.

—Opal —dijo él moviendo bien los labios a sólo unos centímetros de los de ella—. ¿No estarías tratando de ofender al hombre que estaba pensando en salvar tu negocio?

Esa vez sus ojos se clavaron ferozmente en los de él.

—y yo que pensaba que le estaba ofreciendo una solución al tuyo.

Sonrió. Tenía sus labios tan cerca que podría saborearlos con un leve movimiento.

—No es eso lo que me ha parecido.

Ahora la había puesto nerviosa, trataba de escapar de su mirada como si creyera que podía leerle la mente con sólo mirarla.

—Entonces es que a lo mejor no me estabas escuchando —contraatacó ella.

—Claro que estaba escuchando —susurró él y mirando y preguntándome.

—¿Preguntándote qué? —replicó mirándolo por una sola décima de segundo.

—Si esa boca sabrá tan bien como parece respondió acercándose un poco más.

Su cabeza cubrió los pocos centímetros que los separaban. Sus labios rozaron los de ella sólo un instante antes de que sonara la campanilla que anunciaba que por fin habían alcanzado la planta baja.

—Disculpe —dijo ella casi sin aliento al tiempo que lo apartaba para liberarse y salir al vestíbulo decorado con mármoles—. Creo que hemos llegado.

Domenic la observó mientras salía del ascensor. Lo cierto era que aquella mujer lo había sorprendido. Sólo había tenido la intención de intimidarla, no de besarla, pero eso no le impedía preguntarse si tendría la posibilidad de repetido.

—Señorita —susurró siguiéndola—, esto no acaba más que de empezar.

Capítulo 3

el varias veces premiado restaurante del hotel había merecido reproche alguno. De hecho, había insistido en conocer a los chefs para felicitarlos personalmente y hablar con ellos de su formación y sus aspiraciones.

No habría hecho nada de eso si no estuviera considerando seriamente la idea de invertir. Por eso lo lógico sería que Opal hubiera estado pensando en cómo cerrar el trato para asegurarse de que sus hoteles no se convirtieran en multitud de apartamentos…

Pero, incomprensiblemente, seguía pensando en lo ocurrido en el ascensor. ¿Por qué le costaba tanto olvidar el roce de sus labios, la calidez de su respiración junto a su mejilla y el modo en el que su proximidad había hecho que su cuerpo reaccionara y se sintiera vivo como una húmeda selva tropical?

La había besado. y ella ni siquiera había tratado de impedírselo.

Desde el momento en el que había notado que sus labios se acercaban a ella había olvidado todo lo demás, quién era o por qué estaba allí. Y lo más grave, había olvidado quién era él. Aquel hombre era un playboy. Lo peor que podía ser un hombre.

Probablemente acabara invirtiendo en el hotel y por el bien de Clemengers, ella debía olvidarse de la vida privada de aquel hombre, pero por su propio bien, no debía olvidar lo que era. Sólo tenía que pensar en lo triste y vacía que había sido la vida de su madre para recordar lo que podía ocurrir.

Removió el azúcar del té con la mente ausente. Pearl, el restaurante, estaba muy tranquilo, sólo había un ligero murmullo de las voces de los demás clientes. Los camareros trabajaban de manera eficiente pero sin hacerse oír y el tráfico del exterior parecía

ESTABA loca. Se sirvió una taza de té. El líquido de color ámbar de la taza parecía estar diciéndole lo mismo.

Habían pasado ya dos horas desde que Domenic la había acorralado en el ascensor y le había rozado los labios con los suyos dejándola helada, y aún no podía pensar en otra cosa.

En cualquier momento volvería a terminarse el café que había dejado para hacer una llamada privada y allí estaba ella, pensando en qué habría pasado si las puertas del ascensor no se hubieran abierto, cuando lo que tendría que estar pensando era la manera de convencerlo de que invirtiera en el negocio.

Había una cosa segura y era que se había quedado impresionado con el lujo y la clase de Clemengers ya desde el momento en que Sebastian, el portero ataviado con frac y chistera, los había saludado con una formal inclinación de cabeza y les había indicado por dónde comenzar la visita. Domenic había alabado el tamaño y la decoración de las habitaciones, donde había lujo sin abandonar la comodidad.

y no había rehusado ver las cifras; las había estudiado detenidamente haciendo las preguntas pertinentes con la habilidad de alguien que sabía qué detalles importaban en un negocio como aquél.

Tampoco la comida que acababan de disfrutar en no existir. Pero la tranquilidad del ambiente no impedía que Opal se sintiera inquieta.

Sabía que no estaba siendo razonable y corría el riesgo de hacer el ridículo. Evidentemente, Domenic ya había olvidado todo lo ocurrido en el ascensor. Un incidente como ése no debía de tener importancia alguna para un hombre al que le causaba problemas comprometerse con una sola mujer. Aquella sensación de inquietud de la que no conseguía deshacerse le provocó un escalofrío. Algo la hizo mirar a su derecha_ donde sus ojos se encontraron inmediatamente con él, que estaba allí parado… mirándola.

Por una décima de segundo desapareció todo lo que se encontraba entre ellos. No ocurrió nada y, sin embargo, algo sucedió entre ellos en ese diminuto instante. Opal sintió frío y calor, escalofríos y rubor, todo mientras sentía cómo la mirada de Domenic recorría su cuerpo. Y entonces, justo cuando ya creía que no podría seguir mirándolo por más tiempo, él le lanzó una sonrisa

que le calentó el alma. Sabía que aquella sonrisa era para ella y a pesar de todas sus reservas, de todas las razones por las que sabía que aquello no estaba bien, el calor se convirtió en verdadero ardor.

Trató de apartar los ojos de él y de parar el rubor que se había apoderado de su rostro mientras lo observaba dirigirse hacia ella entre las mesas.

—Lo siento —dijo sentándose—. No podía hacer esperar a mi padre por más tiempo. Me temo que por muy importante que sea un negocio, la familia debe ser siempre lo primero.

—No hace falta que te disculpes —respondió ella—. Mis hermanas las gemelas y yo estamos muy unidas, aunque ahora no las veo tan a menudo como quisiera.

Domenic dio un largo trago al café solo que había pedido y pareció apreciar la mezcla especial de Cle mengers.

—Háblame de ellas —le pidió.

—Pues tienen veintidós años —comenzó a decir

Opal agradeciendo la oportunidad de hablar de ellas, de pensar en otra cosa—. Sapphy, Sapphyre, es mayor por diez minutos; ahora está trabajando en Milán como diseñadora de moda y parece que le está yendo muy bien porque ha empezado a trabajar para una firma muy importante. Aunque ella espera poder tener su propio negocio algún día y por cómo ha ido progresando, estoy segura de que lo conseguirá. Por su parte, Ruby vive en Broome, allí está aprendiendo sobre perlas. El diseño de joyas es su gran pasión, hace unas cosas fabulosas. —y todas vosotras tenéis nombres de piedras preciosas.

Opal se echó a reír tímidamente.

—Eso fue idea de mi madre. Ella se llamaba Pearl.

Este restaurante lleva su nombre. Decía que todas nosotras teníamos una belleza única y por tanto éramos preciosas, así que nos puso nombres que lo reflejaran.

El recuerdo de su madre la obligó a hacer una pausa. Su tierna madre de ojos tristes, que había muerto sola cuando Opal tenía sólo nueve años. Se le había roto el alma y había perdido las ganas de vivir. Su hermosa madre, cuyo único delito había sido amar demasiado.

Lo más curioso era que todo el mundo creía que tenía la vida

perfecta: rica con tres preciosas hijas y un restaurante que llevaba su nombre. Sólo ella había tenido que dormir en aquella cama vacía, sólo ella había sufrido la vergüenza de las continuas infidelidades de su marido.

Bueno, ella y Opal, que ya tenía la edad suficiente para sentir el dolor de su madre, pero era demasiado joven como para poder hacer algo, excepto jurar que algún día haría algo para ayudar a mujeres atrapadas en matrimonios de los que no pudieran escapar.

—Estoy totalmente de acuerdo con su teoría. Aquellas palabras la sacaron de su ensimismamiento.

—¿Ah, sí? —preguntó riéndose—. No sé si mi padre lo habría estado si hubieran tenido un hijo. ¿Cómo lo habrían llamado?

Él también se echó a reír al pensar en aquella posibilidad.

—¿Cuánto tiempo hace que murió tu padre?

—Dos años —frunció el ceño—. No, ahora hace ya dos años y medio. Tuvo un ataque cardiaco.

—Qué lástima —se compadeció él—. Dirigir hoteles es muy estresante y normalmente la gente que no pertenece a este negocio suele subestimarlo.

Opal miró por la ventana fingiendo interesarse por el tráfico o por los turistas que entraban y salían de las tiendas.

Desde luego que la gente de fuera del negocio no tenía la menor idea de lo estresante que era aquel trabajo, sobre todo cuando a la tensión del negocio se unía la de tratar de impresionar a una bailarina polaca de diecinueve años que estaba deseando convertirse en la siguiente señora Clemenger. Quizá si se hubiese preocupado más por la situación fiscal, seguiría vivo y el negocio no estaría a punto de hundirse.

—y entonces te quedaste tú a cargo de todo. ¿Sin siquiera la ayuda de tus hermanas?

Prefería no pensar en qué habría pasado si… No podía cambiar lo sucedido, aunque eso no hacía que las cosas fueran más fáciles. Sabía que si no hubiera sido esa muchacha en cuyos brazos murió su padre, seguramente habría sido cualquier otra de las muchas que hacían cola para dejarse cuidar por un hombre rico y lo bastante viejo para ser su abuelo.

—Así son las cosas. Mis hermanas tienen una tendencia artística,

habría sido injusto trabajar en el negocio familiar con la .vocación que ambas habían demostrado. Sin embargo, yo siempre había sentido pasión por Clemengers, desde que tengo uso de razón recuerdo haber querido formar parte del negocio. No me imagino dedicándome a otra cosa. Dominic levantó las cejas.

—y ahí es donde entro yo. Te resultaría comprensiblemente difícil perder el negocio.

—Hay más motivos para salvar Clemengers aparte de lo que yo quiera. Para empezar, hay más de doscientos empleados que dependen de que la cadena hotelera continúe funcionando para mantener a sus familias. Además —prosiguió con seriedad— está la tradición. Nadie ofrece el tipo de alojamiento de alto standing que proporciona Clemengers. Creo que eso es algo que merece la pena salvar.

—¿ y dices que es probable que ese McQuade gane la subasta? ¿Cómo es posible que lo sepas por adelantado? —preguntó confundido. Aquel hombre causaba en ella el mismo efecto que un cuchillo.

—Hace unos días tenía una cita con el inspector de Hacienda, estaba pagando al taxista cuando oí por casualidad a dos ayudantes hablando de las pujas mientras se fumaban un cigarrillo en el exterior del edificio.

—¿Estás segura?

—Sin lugar a dudas, Me quedé tan sorprendida que se lo pregunté directamente al inspector y acabó confirmándome lo que había oído. Ya sabes que puedo resultar muy persuasiva cuando me interesa.

—Sí, eso ya lo había notado —respondió él esbozando una sonrisa.

Opal lo miró rápidamente algo insegura de que se estuviera riendo de ella.

—Por eso necesitas a alguien que puje por encima de McQuade.

—Sí —contestó recobrando la compostura—. El plazo de ofertas se cierra mañana a las cinco, así que no hay mucho tiempo.

—Entiendo. Supongo que si gano la subasta, asumiré el control de Clemengers y de sus tres hoteles.

—Más o menos —dijo ella pasándose la lengua por los labios—.

Yo había pensado más bien en una participación en-el negocio.

. —¿Qué quiere decir eso? Si mi oferta es la más alta, gano el negocio con todo lo que ello conlleva.

—Algo así, pero yo pensaba que si yo continuaba dirigiéndolo como una entidad separada dentro de la cadena Silvers, quizá aceptarías una participación menor.

—¿Cuánto menor?

—Yo había pensado alrededor de un cuarenta y nueve por ciento.

—Estás bromeando —respondió subiendo el tono de voz—. Esperas que ofrezca 'más que ningún otro pujador que de conseguido se convertiría automáticamente en propietario de Clemengers, pero si soy yo el que lo consigue, sólo tendría un cuarenta y nueve por ciento. Ese trato no me merece la pena. En realidad, no es ni siquiera un trato.

—Te aseguro que no es ninguna broma. De esa manera conseguirás una buena parte del sector. Yo trabajaré para Clemengers y para Silvers, cuando sea necesario. En sólo un año tendrás liquidez positiva y podrás utilizar las técnicas de Clemengers en Silvers. Habrá multitud de beneficios indirectos para el resto de tus hoteles. Te aseguro que incluso siendo propietario parcial, ganarás mucho.

Tenía que sonar convincente, era su única oportunidad para no perder Pearl's Place, el refugio que había' abierto hacía ya cuatro años en un edificio venido a menos de la ciudad. Pearl's Place era su secreto, algo que había hecho para que otras mujeres en la situación que había vivido su madre tuvieran un lugar al que acudir. Había comprado el edificio con su propio dinero y la mayor parte de su salario iba directo al refugio, pero sin Clemengers le resultaría imposible seguir financiándolo. Sin embargo, si podía conservar al menos un cincuenta y uno por ciento del negocio, su secreto seguiría a salvo y en funcionamiento.

—No —dijo él por fin meneando la cabeza—. No sería propietario, ni siquiera controlaría el negocio. Lo que me estás ofreciendo es que me convierta en socio minoritario, pero invirtiendo más dinero. Nadie aceptaría un trato así, y menos un Silvagni —añadió dando un golpe en la mesa—. Nunca aceptaré menos de un cien por cien, especialmente teniendo que pagar por

encima del cien por cien de las otras ofertas. Pero si estás tan segura de que tu gestión es tan valiosa, te aseguro que serás bien remunerada.

—¿Eso es todo lo que puedes ofrecer? ¿Después de que te he puesto en bandeja una oportunidad así? ¿No te das cuenta de que ni siquiera podrías optar a algo así si no fuera por las cargas fiscales que nos amenazan?

—Me temo que ése no es mi problema —sentenció con satisfacción.

—Pero sin mí habrías perdido esta oportunidad. Tu departamento de recursos financieros no había considerado siquiera que mereciera la pena informarte de que Clemengers estaba a la venta. Supongo que eso tendrás que admitirlo.

—y tú tendrás que admitir que cuando se hubiera vendido el negocio a otro postor, tú perderías todo el control.

—Sí, pero eso fue antes de reunirme contigo. Pensé que entendías cómo funciona este negocio y que serías capaz de ver los beneficios de la gestión conjunta…

—Te olvidas de lo más importante, yo hago negocios, no obras benéficas por caridad.

—i Yo no necesito caridad!

—¿Por qué entonces esperas que yo haga algo que no le has pedido a ninguno de los otros posibles compradores?

Eso no podía decírselo.

—Sencillamente pensé que verías las posibilidades de este negocio. Pensé que lo entenderías del mismo modo que yo.

—Ya te he hecho una oferta. Hago una puja mayor que la de McQuade, tú recibes una remuneración adecuada y Clemengers escapa de la demolición.

Opal se quedó unos momentos en silencio, durante los cuales Domenic se preguntó qué estaría pasando por su cabeza. En sus ojos se podían ver las maquinaciones de su mente. No podía estar hablando en serio. Cualquier persona normal estaría satisfecha de salvar sus hoteles de la desaparición. Bueno, ella había dado su punto de vista y él esperaba que entendiera el suyo. De ninguna manera iba a aceptar menos de un cien por cien de la propiedad. De ninguna manera.

—Tendré que pensarlo —dijo por fin levantándose de la mesa.

Él la miró sin decir ni palabra. No hacía falta que dijera nada, era evidente que estaba furioso. Acababa de perder varias horas para nada. Jamás nadie había rechazado un trato como el que le estaba ofreciendo. Nadie se habría atrevido a hacerlo. Nadie en su sano juicio, al menos.

Realmente no la entendía. Aquélla era con mucho la mejor oferta que iba a recibir en las veinticuatro horas que faltaban para que se acabara el plazo y quería pensarlo, como si tuviera más opciones. Desde luego aquella mujer no era como la gente con la que él solía hacer negocios; gente que intercambiaba propiedades e inversiones de millones de dólares sin parpadear siquiera, gente que sabía cuándo aceptar un buen trato y cuándo romperlo. Que sabía cuándo estaban exigiendo demasiado.

Opal Clemenger no encajaba en ese estereotipo. Domenic dejó que su mirada se paseara por la figura de su oponente, por el pecho que se movía arriba y abajo al ritmo de su respiración acelerada por la tensión, por aquellas caderas… De pronto se sorprendió al darse cuenta de que el enfado se había convertido en otra sensación muy diferente.

Definitivamente era diferente. Incluso a través de la tela de su traje de seda, podía adivinar la curva de sus pechos firmes, la pequeñísima montaña de su vientre, el levantamiento de los huesos de la cadera y más abajo… ¿ Cómo sería en la cama? ¿ Qué se sentiría rodeado por esas esbeltas piernas, viendo las chispas de aquellos ojos de color indefinible perdiendo el control por el placer? Haría cualquier cosa por averiguado. Hacía ya algún tiempo que no estaba con una mujer y algo le decía que Opal Clemenger era toda una mujer. Nadie que demostrara tanta pasión por los negocios podría ser fría en la cama. Esa clase de pasión tenía un origen, la personalidad. Aquélla era una mujer de carácter.

Opal era tan correcta y refinada como la gema que llevaba por nombre, pero al igual que las piedras preciosas, tenía chispa y fuerza dentro. Una fuerza que afloraba cuando la provocaban y resultaba tan interesante provocarla. Era interesante intentar averiguar qué la hacía reaccionar. Necesitaba el dinero y sin embargo, seguía tratándolo como si fuera-su enemigo. Era curioso. La mayoría de las mujeres estaban encantadas de hacer lo que él les pidiera, mientras que ella parecía más feliz cuando no estaban de

acuerdo. Desde luego, no resultaría fácil llevársela a la cama.

Pero era allí precisamente donde la quería. Quería esas exuberantes curvas debajo de él. Pidiéndole más. Salvaje. Descontrolada. Insaciable. Tenía que conseguido.

Quizá hubiera una manera, algo que los satisfaría a los dos.

Opal estaba mirándolo de un modo muy extraño, como si estuviera esperando a que diera un giro de ciento ochenta grados., ¿Cómo podía saberlo si aquella idea era una sorpresa hasta para él?

—A lo mejor podemos solucionado —anunció él impulsivamente mientras ella se ponía la chaqueta.

—No sé cómo —respondió confundida—. Si tú no estás dispuesto a aceptar menos de un cien por cien. —Quizá pueda aceptar tus condiciones.

—¿En serio? —preguntó volviendo a sentarse. —Pero con una condición.

—Que es…

—Es muy sencillo —comenzó a decir—. Y sin duda los dos saldríamos beneficiados. Tú tendrías el caballero andante que necesitas para salvar tu negocio y yo la participación en un hotel de seis estrellas que tiene mucho que ofrecer.

Parecía perdida, sus ojos seguían buscando una respuesta en el rostro de su interlocutor.

—¿Pero si eso es exactamente lo que yo te había ofrecido?

—No del todo. Yo pagaría lo que necesitas y aceptaría un cuarenta y nueve por ciento del negocio. Algo, por cierto, que jamás ha hecho un Silvagni. Tú sólo tendrías que hacer una cosa.

—¿Cuál?

La miró directamente a los ojos.

—Casarte conmigo. Opal Clemenger, cásate conmigo y yo accederé a invertir en tu negocio con tus condiciones… Pero sólo si te conviertes en mi esposa.

Capítulo 4

Tu ESPOSA! Debes de estar bromeando. ¿Por qué demonios iba yo a hacer eso? —al darse. Cuenta de que la gente los estaba mirando, Opal recordó dónde se encontraban y respiró hondo—. Creo que deberíamos zanjar este tema en mi despacho. La conversación no iba a durar mucho, en Cuanto llegaran al despacho le diría que se marchara. Domenic la siguió de cerca, innecesariamente cerca, tanto que podía sentir el olor de su colonia inundándole los sentidos. En realidad no era su colonia, tenía que admitir que su simple presencia la confundía. Proyectaba tanto poder que el despacho enseguida le pare ció demasiado pequeño como para estar los dos solos y deseó haber elegido un lugar más amplio para aquella confrontación. Allí no había sitio para escapar de Domenic Silvagni, y en aquel momento único que deseaba era estar lo más lejos posible de él. Pero primero tenía que poner punto final a aquella ridícula conversación. Se quedó apoyada en la pared con los brazos cruzados sobre el pecho, donde podía sentir cómo el corazón la golpeaba a cada latido.

—Mi oferta de Participar en Clemengers es extremadamente seria y me gustaría que la tratases como tal.

Él la miró sonriendo y con las manos metidas en los bolsillos en un gesto de tranquilidad. Ella observó aquella postura, aquella ropa elegante que no hacía más que dar fe del fuerte cuerpo que se ocultaba de bajo…

—Estoy hablando completamente en serio. Si accedes a casarte conmigo, yo salvaré tu querido hotel. Es bastante sencillo.

—¡Es bastante ridículo!

—¿ y no lo es pretender que invierta toda esa cantidad para

acabar siendo nada más que un socio minoritario? —sus manos abandonaron los bolsillos para hacer un gesto puramente mediterráneo—. No creo que esperaras que fuese a aceptar todas tus exigencias tan fácilmente. Seguramente habías tenido en cuenta la posibilidad de que te hiciera alguna contra oferta.

—Sí, pero… ¿el matrimonio? Debes de sentirte muy seguro de ti mismo si crees que voy a aceptar algo así.

—¿A lo mejor preferirías ser mi amante?

Sin duda la sorpresa se reflejó en su rostro con claridad y él pareció disfrutar.

—No creas que no me atrae la idea —añadió mirándola de arriba abajo como un animal de presa—. Pero no, creo que mis padres se pondrían más contentos si por fin elijo a una mujer.

—No voy a ser ni tu amante ni tu esposa.

—¿Crees que sería tan desagradable estar casada conmigo? —fue acercándose a ella hasta que entre ellos no hubo más de un metro—. Eres una mujer muy bella. Veo el fuego que hay en tus ojos por mucho que tú finjas que no está. Creo que podríamos estar muy bien juntos.

—Signor Silvagni —contraatacó Opal dispuesta a no dejarse intimidar—, debes de pensar que siento algún interés por ti como hombre. Permíteme que deje algo bien claro para que no haya malentendidos; esto es una transacción comercial pura y dura. No tengo el menor interés por tu cuerpo, sólo por tu dinero.

Domenic la miró desde la ventaja que le daba la diferencia de altura. Lentamente levantó la mano y le pasó la punta de los dedos por los labios.

—¿Estás totalmente segura de eso?

—Por supuesto —consiguió decir ella a pesar de los fuertes latidos de su corazón—. Jamás pongo el sexo por delante de los negocios.

—Quizá sea porque nunca habías tenido ocasión de hacerlo.

Opal se apartó de la pared y se alejó de él para no darle la oportunidad de acorralarla como había hecho en el ascensor. Sólo cuando estuvo a salvo junto a la ventana pudo volverse a mirarlo.

—¿Por qué el hecho de casarme contigo podría parecerme una ocasión que no debiera perder? He de decirte que no es así. ¿Es que no te das cuenta de que hay todo tipo de razones por las que jamás

funcionaría?

—¿Como cuáles?

¡Apenas nos conocemos! —«y lo poco que sé sobre ti no me gusta», añadió mentalmente.

—Eso no es ningún problema. A mis padres los presentaron el día de su boda y llevan más de cincuenta años casados. Claro que podría funcionar si tú quieres. Seguramente su madre no había tenido otra alternativa que la de seguir casada, si Domenic se parecía a su padre.

—A lo mejor ellos hacían buena pareja, pero yo ni siquiera soy tu tipo.

—¿ y cuál se supone que es mi tipo?

Opal recordó las fotografías de aquellas mujeres colgadas del brazo de Domenic.

—Supongo que una mujer joven, rubia, delgada… siempre sonriendo como una tonta, incluso banal.

Domenic levantó una ceja, pero no acertó a utilizar el gesto provocador que tan buenos resultados solía reportarle.

—¿ y cuál es tu tipo?

Ahora era su turno de reír.

—Yo no tengo ningún tipo. He visto lo que el matrimonio puede hacer a la gente. A mí no me va el masoquismo, así que dejo el matrimonio a los románticos.

—Tienes miedo.

—No —respondió sabiéndose en posesión de la verdad, el recuerdo de su madre le bastaba para saberlo.

Lo que ocurría era que no estaba dispuesta a arriesgarse. Cualquiera dispuesta a enredarse con un playboy estaría mal de la cabeza. Todavía recordaba el brillo de felicidad en los ojos de su madre cada vez que su padre le prestaba la menor atención y la hacía creer que las cosas iban a cambiar, que todavía había esperanza… y la profundidad de su dolor y su desesperación cuando él volvía a desaparecer durante días para perseguir a jovencitas.

Aunque ella no había podido percibir todos los detalles, sí recordaba la desolación y el sentimiento de rechazo que se apoderaba de su madre. Todo aquel amor no correspondido, desperdiciado.

¿Pero qué andaba buscando Domenic para insistir tanto en que se casara con él? ¿Una tapadera para sus escarceos? ¿O quizá algo que le garantizase que si no conseguía controlar Clemengers, al menos podría controlarla a ella? Aquella idea le provocó una irónica sonrisa. Eso era algo que jamás conseguiría, incluso aunque accediera a casarse con él, jamás podría controlarla. ¿Pero qué pasaría con Clemengers?

Opal volvió a parecer vulnerable ante los. ojos de

Domenic, era la misma expresión que había visto en su oficina esa mañana, cuando estaba junto a la ventana, bañada por el sol. Ahora parecía aún más joven, más frágil. Un hombre acostumbrado a negociar reconocía aquella expresión; no tenía escapatoria, sólo tenía que cerrar el trato.

—Les diré a mis abogados que redacten los documentos necesarios. Tenemos que damos prisa si hay que presentar la oferta antes de mañana.

—No, yo no he dicho que haya aceptado.

—No tienes otra alternativa.

—No quiero casarme contigo.

—Vamos, sólo es una boda. No te estoy pidiendo que me ames. Aquello la puso aún más tensa.

—Jamás podría amarte. Jamás. Por ahora es mucho pedir hasta que me gustes. Así que no creo que tenga mucho sentido continuar con esta conversación.

Domenic la miró fríamente, con los ojos oscuros e inquietantes, después se encogió de hombros.

—Eso me lleva a la conclusión de que no quieres salvar Clemengers —opinó poniéndose la chaqueta—. Pues que así sea.

—¿Pero y los hoteles? —dijo casi suplicante.

—Tú ya has tomado una decisión. McQuade se quedará con los hoteles y puede hacer con ellos lo que quiera. A mí no me importa.

Acababa de clavarle un puñal. Podía vedo en su mirada, en el modo en el que su rostro palidecía al oír aquel nombre. Bueno, le había ofrecido una oportunidad de salvar Clemengers y la había rechazado. Había llegado el momento de jugar la última carta. Ahora todo dependía de ella.

—Adiós, señorita Clemenger —los pasos que dio hacia la puerta eran intencionados y directos.

Ella lo vio cruzar la habitación y supo que el futuro del negocio de su familia estaba a punto de escapársele con él. Podía salvarlo si quería. ¡ Claro que quería! Había tantas vidas, tantas familias en juego. ¿Pero casarse? Era una locura.

¡Sólo era una boda! Su cerebro intentó encontrarle sentido a aquella locura. ¿Qué era una boda comparada con el futuro de su empresa y de todos los trabajadores? ¿Cómo podría mirar a sus hermanas a la cara sabiendo que habría podido salvar los hoteles y había desperdiciado la oportunidad?

Se abrió la puerta y en un segundo Domenic había desaparecido de su vista.

—¡Espera! —gritó corriendo hacia la puerta, estaba ya a mitad del pasillo cuando se volvió a mirarla.

—¿ Tienes algo más que decirme?

—Si pudiéramos hablar sólo un minuto más… —él la miró y después echó un vistazo a su reloj—. Por favor.

Por fin se encogió de hombros y la acompañó de vuelta al despacho antes de cerrar la puerta tras ellos.

—¿Quieres decirme algo?

—Ese matrimonio —comenzó a decir pasándose la lengua por los labios—, suponiendo que lo aceptara… Sería sólo una fachada, ¿verdad?

—Suponiendo que lo aceptaras —dijo él en voz baja y suave y con un acento italiano que le produjo un escalofrío a Opal—, ese matrimonio sería una fachada… Resopló aliviada. Eso podría soportado. Llevarían vidas separadas, en dormitorios separados. Las cosas podrían seguir más o menos como estaban. Ella dirigiría Clemengers en Australia mientras Domenic viajaba por el mundo. Apenas se verían… de eso se encargaría ella. Podría aceptar casarse con esas condiciones, hasta podría aceptar a Domenic.

—Y-añadió él sacándola de sus pensamientos—… también sería un matrimonio de fondo. Serás mi mujer en todos los sentidos.

¡No podía estar hablando en serio! Pero la sonrisa que había en su rostro daba a entender que no bromeaba…

Opal le dio la espalda intentando pensar con calma. Le ardía la cara. Cerró los ojos, pero acudieron a su cabeza imágenes de ella misma desnuda en la cama de Domenic, unas imágenes que podrían convertirse en realidad.

¿C6mo había podido pensar que a él le bastaría un matrimonio sin sexo? ¿Acaso no le había sugerido que se convirtiera en su amante como alternativa?

Había sido una tonta al creer que casarse con él podía no conllevar sexo, aunque él, por supuesto, tenía mujeres de sobra, y sin duda seguiría teniéndolas después de casado. ¿ Qué querría él de alguien como ella en la cama, alguien con tan poca experiencia?

Quizá sólo buscaba humillarla.

—No debe haber motivo alguno para la nulidad.

Por supuesto. El sexo sellaría el contrato… y su destino para siempre. No podría escapar de él. Lo único que quería era atraparle en un matrimonio que no deseaba y no había nada que ella pudiera hacer al respecto si quería salvar Clemengers. Respiró hondo y trató de aclararse la garganta, pero era misión imposible.

—Acepto tus condiciones —dijo por fin con voz apenas audible —. Me casaré contigo.

Capítulo 5

Estas increíble! Sapphy se alejó ligeramente para contemplar su trabajo—. ¡Absolutamente despampanante! y con esos kilos que has perdido últimamente, el vestido te queda a la perfección, como si lo hubiera diseñado especialmente para ti.

—Probablemente querías que fuera para ella aunque no lo supieras —intervino Rúby dándoles una copa de champán a cada una de sus hermanas—. Ya iba siendo hora de que alguna pasáramos por el altar —dijo alzando su copa—. Por Opal Clemenger, la novia más guapa del mundo.

—Por Opal Clemenger —repitió Sapphy—. La futura señora Opal Silvagni.

Opal sonrió ligeramente mientras miraba la imagen que le devolvía el espejo de cuerpo entero que tenía frente a ella y se preguntaba si la cabeza de aquella mujer daría tantas vueltas como la de ella. Claro que había perdido peso, llevaba días sintiéndose enferma, desde que había accedido a participar en aquella farsa de matrimonio. Sus hermanas, sin embargo, creían que estaba demasiado nerviosa como para comer. Qué equivocadas estaban.

Había algo en lo que Sapphy no se equivocaba. El vestido que había diseñado por su propio antojo era divino. Se trataba de un modelo sin tirantes, con corpiño bordado con cuentas y falda drapeada en color champán. Tanto los guantes como el velo, que se sujetaba gracias a la tiara que su madre había llevado en su boda, eran de un elegantísimo color dorado. Es un vestido precioso, Sapphy. Muchas gracias. Vosotras estáis guapísimas.

Y era cierto. Sapphy había diseñado los trajes para las dos damas de honor con un estilo a juego con el de la novia. La seda azul de los vestidos contrastaba con la piel oscura de las gemelas y les daba

un aspecto sofisticado y elegante. A Opal le resultaba increíble que su hermana hubiera tenido tiempo de organizar todo aquello en sólo cuatro semanas. En realidad a ella lo que más feliz la hacía era que sus dos hermanas pudieran estar allí. _

Las gemelas estaban más emocionadas con la boda que ella. Pero claro, Opal no les había dado los detalles más escabrosos; ambas creían que se había enamorado locamente de aquel guapísimo italiano cuando la realidad era que la habían chantajeado, ni más ni menos. Y a medida que se acercaba la ceremonia, su orgullo se iba resintiendo más y más por la situación.

¿ Qué estaría sintiendo Domenic en aquel momento? ¿Tendría alguna duda? Desde su primera reunión, sólo lo había vuelto a ver una vez, cuando había regresado a Sydney dos semanas después; pero no habían tenido tiempo para hablar más que de negocios. En aquella visita se había comportado de un modo muy correcto, con tanta formalidad que Opal había tenido que recordarse que en menos de dos semanas aquel hombre iba a convertirse en su esposo. Era el empresario modelo y aquello no era para él más que otro negocio. Una vez que consiguiera lo que deseaba, continuaría su camino, dedicando toda su energía a algo que le mereciera más la pena.

Después sólo se habían comunicado por correo o por e-mail, incluso el anillo de compromiso le había llegado a Opal por medio de un mensajero. Él se había encargado de todo lo relacionado con la boda con una eficiencia y una rapidez impresionantes, de hecho ni siquiera había querido esperar a que su padre hubiera terminado el ciclo de quimioterapia para que pudieran asistir a la boda. En su lugar, había decidido que en unos meses llevaría a Opal a Italia para el aniversario de boda de sus padres. Sería entonces cuando conocería a sus suegros.

Con la ausencia de sus padres y los pocos amigos y familiares que iban a asistir, iba a ser una celebración relativamente pequeña. Domellic no había permitido que Opal hiciera nada excepto invitar a sus hermanas y si no hubiera insistido en elegir ella misma el vestido, seguramente también lo habría hecho él.

¿ Confiaría en ella? Quizá pensaba que aparecería en vaqueros. Sinceramente, tendría que sentirse agradecido simplemente con que apareciera. Un golpe en la puerta la sacó de su triste

ensimismamiento. Sapphy acudió a abrir y después regresó con un paquete del tamaño de un libro acompañado por una nota.

—Ábrelo —la urgió Ruby cuando vio que Opal se quedaba mirándolo sin saber qué hacer—. Debe de ser de Domenic. Qué romántico.

—Es genial-opinó Sapphy con igual entusiasmo—. Quién habría pensado que buscar un socio para Clemengers iba a resultar también en una fusión matrimonial para la muchacha que juraba que jamás se casaría. Debió de ser amor a primera vista para acabar tan rápido en el altar. Debe de estar loco por ti.

Opal miró a sus hermanas, estaban disfrutando tanto con aquella boda, sus ojos brillaban de emoción y de romanticismo. «Si ellas supieran».

Quizá debería haber sido sincera con ellas. Tendría que haberles dicho que aquella boda no era de verdad, que no era más que un acuerdo comercial par;:l salvar Clemengers. Pero no podía hacerlo. La realidad era ya bastante difícil de afrontar para ella como para confesarles a sus hermanas lo humillante y triste de aquella boda. El amor no figuraba siquiera en la lista de invitados.

—Vamos —volvió a pedirle Ruby—. Me muero de curiosidad. ¡Ábrelo!

Opal tiró por fin del lacito rojo, después abrió la caja de terciopelo y se quedó sin habla. En el interior había un precioso collar de oro con pequeñas incrustaciones de ópalos y con cinco ópalos colgando en la parte frontal formando una estrella con diamantes. El juego lo completaban unos pendientes del mismo diseño.

—Dios mío —susurró Sapphy, que también se había quedado sin habla—. Es precioso… te ha comprado ópalos.

Opal no podía hacer nada más que mirar aquella maravilla" No se trataba de unas piedras cualquiera, sino de ópalos negros, la variedad más espectacular y poco común de la gema, que tenía fondo negro. y reflejos de los colores del fuego.

—¡Vaya! —exclamó Ruby—. ¿Qué dice la nota?

Sapphy sujetó la caja mientras Opál abría el sobre. Dentro había un papelito con una sola frase que sorprendió a la novia por su brevedad: Ponte esto hoy. Domenic.

—Vaya, qué escueto —dijó Ruby frunciendo el ceño. Opal se rió y tiró la nota encima del sofá. Si había albergado alguna esperanza de que Domenic la considerara algo más que un bien que había adquirido junto a la cadena, hotelera, aquel mensaje le había puesto los pies en la tierra de inmediato. Afortunadamente, ella no se había hecho ninguna falsa idea al respecto, así que no sufrió decepción alguna. No podía sentirse herida.

—Vamos a ver cómo te quedan —sugirió Sapphy abrochándole el collar al cuello.

Opal se quitó los pequeños pendientes de diamantes que llevaba y los sustituyó por los de ópalos.

—¿Qué tal? —preguntó porque aunque a ella no le importaba demasiado, sabía que sus hermanas esperaban que estuviera emocionada…

—Perfectos —respondió Sapphy—. Por un momento he pensado que quizá fuera demasiado con el vestido, pero está sencillamente perfecto. Antes parecías una princesa, ahora eres toda una reina.

—Mírate, hermanita —participó Ruby—. Domenic no va a poder quitarte los ojos de encima.

Ambas tenían razón. El vestido era magnífico, pero las piedras eran el broche de oro. ¿Sería demasiado? Era una lástima haberse convertido en una novia de cuento de hadas cuando la boda— no era más que una cláusula de un contrato.

Lo cierto era que había sido un bonito detalle que hubiera elegido ópalos, pero seguramente no era un regalo, sino que figuraría bien detallado en el contrato prenupcial. Debería haber leído la versión definitiva antes de firmarlo esa misma semana. Aunque a esas alturas, tampoco iba a haber podido abandonar el trato. Volvieron a llamar a la puerta.

—Adelante, señoritas. Ha llegado el momento. La música de órgano sonaba en la pequeña capilla situada dentro de Clemengers. Las antiguas vidrieras de las ventanas transformaban la luz de las primeras horas de la tarde en' preciosos rayos de colores. Todo era precioso y… surrealista.

Opal se detuvo en el umbral de la puerta ya abierta con sus hermanas detrás de ella. Llegaría sola hasta el altar, no había ningún padre para acompañarla ni para entregarla. Claro que aquello no era una entrega, era una venta.

Respiró hondo y esperó a que llegara el momento de la Marcha Nupcial en el que ella debía comenzar a andar hacia el hombre que en pocos minutos, sería su marido. Surrealista.

Allí estaba él. Se volvió a mirarla y le cortó la respiración. Había algo en sus ojos, algo fuerte y poderoso. Algo que removió a Opal por dentro. De pronto, mirándola y con aquel traje impecable le pareció totalmente real. Tenía la presencia de una estrella de cine que la dejaba sin aliento. Y estaba esperándola a ella… para que se casara con él. No tenía sentido, no tenía ningún sentido.

Continuó caminando al son de la Marcha, la misma que había escuchado su madre el día de su boda. Ella había estado muy feliz, llena de amor y de ilusión por su nueva vida. Sin embargo, Opal no sentía ni amor ni ilusión, así no sufriría la decepción que había sufrido su madre. Quizá, después-de todo, ella era más afortunada.

—Sonríe —le pidió Domenic tomándole la mano—. Estás impresionante. Opal parpadeó. confundida y lo miró. ¿Era cierto lo que acababa de escuchar? Sus ojos sé lo confirmaron de un modo que las palabras no podían y por primera vez en todo el día, tuvo una sensación cálida y plácida. ¿Cómo podía causar tal efecto en ella? Ella no quería hacer lo que estaba haciendo, no quería casarse con él. Entonces… ¿cómo podía hacerla sentir tan bien con sólo una mirada?

—El collar es precioso. Gracias —le susurró ella mientras sus hermanas se aproximaban al altar. —Ni la mitad que tú. Dios. Si no tenía cuidado, corría el riesgo de creer que aquello era real, que ésa era una boda de verdad y que el suyo sería un matrimonio de verdad. Y si eso ocurría, estaría metida en un buen lío. Debía recordar que no estaba más que interpretando un papel. Un segundo más tarde el sacerdote comenzó la ceremonia y Opal supo que estaba perdida.

—Yo os declaro marido y mujer —anunció el sacerdote antes de añadir mirando al novio—: Puede besar a la novia. Opal se quedó mirando al cura sin comprender, pero Domenic le tiró de la mano reclamando su atención con una expresión burlona.

—¿Señora Silvagni? y bajó la cabeza hasta que sus labios aterrizaron en los de ella. El cuerpo de Opal se vio inundado por sensaciones desconocidas e irreconocibles. Quizá fuera algo que

había comenzado en el ascensor, pero ahora era completamente diferente. Algo más. La manera en que sus labios se movían sobre los de ella, urgiéndole a responder.

De pronto era algo más que sus labios. En un momento su lengua encontró la de ella y se le hizo más y más difícil resistirse. Sabía ligeramente a whisky y a hombre cien por cien. Pero sobre todo sabía a deseo. Deseo de ella. A pesar de la falta de experiencia, sabía que la deseaba. Lo notaba en su proximidad y en la manera en la que su boca se había apoderado de la de ella.

¿Sería así como besaba a las otras mujeres? ¿Se sentirían como ella, rodeadas por sus brazos, embelesadas por sus labios, prometiéndoles que aquello era sólo una muestra del placer que podían experimentar? Sin duda alguna ellas sentirían el mismo deseo que él estaba acostumbrado a conseguir con facilidad. Como desde luego iba a hacer con ella…

El miedo la inundó de pronto. Él esperaría consumar el matrimonio esa misma noche, el sexo era el último detalle para cerrar aquella extraña transacción comercial. Después ya no tendría posibilidad de escape.

En realidad ya no tenía opción, tendría que hacerlo, tendría que cumplir las condiciones del contrato. Pero nadie iba a pedirle que lo deseara, en el contrato no figuraba nada al respecto.

Por fin levantó el rostro y la miró inquisitivamente. ¿Habría sentido su frialdad? ¿Esperaría que ella respondiera? Quizá no estaba acostumbrado a no obtener respuesta de las mujeres que besaba. Debía de ser la primera vez.

El Salón Luz de Luna del último piso proporcionaba el ambiente perfecto para la celebración. Las enormes columnas de mármol y los altos techos le daban al lugar un aire de majestuosidad que completaban con elegancia la colección de palmeras que llegaban casi hasta el techo. La música de cámara que interpretaba un cuarteto inundaba el ambiente.

Los camareros impecablemente vestidos. se paseaban por la sala ofreciendo bebidas y aperitivos. La moral de los empleados había subido ostensiblemente desde que se había hecho pública la noticia de que Silvers iba a invertir en la cadena. Muchos habían acudido a agradecérselo a Opal, a decirle que ya podían dejar de buscar

trabajo y continuar con sus planes de futuro. También se lo estaban agradeciendo haciendo todo lo que estaba en su mano para que la celebración fuera perfecta. Y lo habría sido si el matrimonio hubiera sido algo parecido a perfecto. Pero en realidad era todo un fraude. Por eso le resultaba imposible son reír y aceptar los buenos deseos de todo el mundo.

Alguien le tocó el hombro, por lo que automáticamente adoptó la sonrisa fingida y se volvió a recibir más felicitaciones. Había algo familiar en el rostro de aquella rubia ataviada con un ceñido vestido rojo, pero no conseguía saber quién era. No le había sorprendido no conocer a casi nadie puesto que había sido Domenic el que se había encargado de la lista de invitados, asegurándose de que hubiera un buen número de escritores de viajes que promocionaran el trato Clemengers-Silvers.

—No nos han presentado —dijo la muchacha con un claro acento estadounidense—, pero tenía que acercarme a conocer a la astuta mujer que por fin ha conseguido que Domenic sentara la cabeza. Opal creyó percibir algo que no eran precisamente buenos deseos en su tono de voz y notó los efluvios del champán en su aliento.

—Gracias —respondió la novia—. Me alegro de que haya podido venir.

—Domenic insistió tanto en que lo hiciera.

Entonces se dio cuenta. ¡Las fotografías! Era una de las rubias, la actriz más concretamente, que aparecían colgadas del brazo de Domenic. Qué detalle por su parte invitar a una de sus novias. Era obvio que el matrimonio no, iba a hacer que cambiara de costumbres.

Por si el mensaje no había quedado lo bastante claro, la rubia se acercó un poco más a ella y le dijo en un susurro: —y yo jamás he podido negarle nada a Dommy. —Bueno, es mucho más fácil seguirle la corriente, ¿no crees? —le dijo Opal con una dulce sonrisa, a pesar de que lo que le apetecía era vaciarle la copa de champán en la cara—. Yo también lo intenté, pero Dommy se negaba a aceptar un no por respuesta cuando insistió tanto en que me casara con él-añadió disfrutando del rostro de la muchacha que cambió de la expresión de victoria a la de derrota—. Discúlpeme, debo ver si todo está en orden para la comida. Encantada de

conocerla, señorita… Pero la rubia ya se había marchado, directa al camarero y a las copas de champán.

—No has tocado la comida —dijo Domenic inclinándose hacia ella cuando por fin se habían sentado a la decorada mesa—. Deberías comer algo. Opal miró su plato. Había movido la comida de un lugar a otro, pero no había probado bocado de unos manjares que en otro tiempo le habrían parecido irresistibles. No podía comer nada.

—No tengo hambre.

Enseguida se acercó un camarero que retiró su plato y el de Domenic, totalmente vacío.

—Has perdido peso desde la última vez que estuve aquí.

Opal lo miró duramente. ¿Qué esperaba? No había sido precisamente un mes tranquilo.

—No tengo idea de por qué habrá sido.

Su mirada le dijo que no le hacía ninguna gracia el tono con el que había dicho eso. Qué lástima. Su dolor de cabeza no hacía más que empeorar a medida que pasaba el día.

—¿ Te encuentras mal? —le preguntó él al veda masajearse la sien.

—No. No es nada.

—Si lo necesitas, podemos llamar a un médico.

Quiero que estés sana, tienes que darme un hijo tan pronto como sea posible.

Aquellas palabras no tenían ningún sentido para ella.

—¿Qué has dicho? .

Él se encogió de hombros. —Tienes que estar fuerte para darme un heredero. No pierdas más peso.

—¿ y quién ha dicho que yo vaya a darte un heredero? Sólo porque haya accedido a dormir contigo no quiere decir que vaya a darte un hijo. Sinceramente, ya me va a resultar bastante duro soportar el acto en sí, con que no quiero ni pensar en llevar tu semilla.

Opal levantó el vaso de agua en busca de algo que la refrescara y apagara la furia que estaba surgiendo dentro de ella. Pero antes de que pudiera llevárselo a la boca, él le puso la mano en la muñeca haciéndola dejar el vaso en la mesa de un golpe.

—Supongo que leerías el contrato antes de firmado… Cualquiera que los estuviera mirando pensaría que estaban intercambiando secretos de enamorados por que no podían ver el fuego que había en sus miradas, ni sentir la presión de la mano del novio sobre la de la novia. Al final derramaron el agua sobre el mantel y Opal .se quedó ensimismada observando cómo la tela absorbía el líquido.

El contrato. El abogado le había dicho que los cambios habían sido mínimos, pero había sido una necia por no leer todas y cada una de las humillantes cláusulas antes de firmarlo. Como si pudiera confiar en ese tipo. —Yo nunca dije que fuera a tener un hijo. Eso no era parte del trato inicial. Intentó deshacerse de su mano, pero él la apretó con más fuerza.

—¿Por qué crees que insistí en que éste fuera un matrimonio de verdad si no era para tener hijos?

¿Cómo si no voy a darle un heredero a mi familia? —se quedó titubeando unos segundos, como si tuviera que esperar a que ella asimilara sus palabras—. ¿No creerás que me había quedado tan maravillado con tu compañía?

—Por supuesto que no —contraatacó ella—. Al menos, tenemos eso en común. Por fin le soltó la mano, momento que ella aprovechó para ponerse en pie.

—¿Dónde vas?

—¿También figura en el contrato que tengo que informarte siempre que quiera ir al baño? —no contestó, se limitó a mirarla con furia—. ¿No? Me sorprendes —antes de alejarse de él oyó su maldición y el ruido de su silla cuando se puso en pie y salió disparado en direcci6n contraria. La cabeza estaba a punto de estallarle. No necesitaba mirarse al espejo del baño para saber que su aspecto reflejabac6mo se sentía. No era s6lo la cabeza, le dolía cada centímetro del cuerpo; tenía los hombros tensos, el cuello era un amasijo de músculos anudados y el est6mago una náusea que amenazaba con hacerla vomitar en cualquier momento. Se puso la mano en el cuello a sabiendas de que por mucho que pudiera aliviar los síntomas, poco podía hacer contra la causa de todas sus molestias. Estaba ahí fuera, su flamante esposo, más duro y exigente que nunca. Esperaba que ella se comportara como una novia dichosa, que Participara de lleno en aquella farsa. Que bailara el vals nupcial, que cortara la tarta junto a él y por último, que se

acostara con él en la suite nupcial. ¿Cuándo acabaría aquella noche? Domenic esperaba consumar el matrimonio esa misma noche y acabar así con cualquier oportunidad que tuviera de escapar. y obviamente era un hombre con mucha experiencia en el sexo. ¿Qué iba a hacerle? ¿Se sentiría decepcionado? ¿Acaso acabaría lamentando su decisi6n de casarse con ella? La humillaci6n estaba a punto de llegar a límites insospechados. Aquello no debía estar pasándole a ella, que había jurado una y otra vez que jamás se casaría. Ella se había mantenido alejada de los hombres deliberadamente para que no hubiera ningún riesgo de sentirse atrapada en una relaci6n maldita, de que nadie le hiciera daño.

Las barreras que con tanto cuidado había construido durante toda la vida la habían protegido bien. ¿ Qué había pasado entonces para acabar como estaba esa noche? La habían chantajeado para casarse con un hombre que no tenía reparo alguno en invitar a su amante a la boda.

No podía hacer otra cosa que salir ahí y continuar con la farsa. Quizá se enfadara con ella cuando lo descubriera, quizá pensaría que su nueva esposa era un fracaso, incapaz de conquistar a un hombre sin prometerle un imperio hotelero a cambio…

El caso era que Domenic Silvagni estaba a punto de recibir mucho más de lo que esperaba. Estaba a punto de estrechar en sus brazos a una virgen.

Capítulo 6

LA SUITE nupcial los esperaba preparada. La decoración era elegante y el champán reposaba en una cubitera de plata con hielo junto a las dos copas de fino cristal y a una bandeja con fresas y chocolate. Pero lo que a ella más le preocupaba era la cama, un enorme lecho con dosel que presidía la habitación, ya abierta para sus nuevos ocupantes.

Opal sintió un escalofrío que le impidió moverse siquiera. Aquella cama era tan grande… claro que dado que iba a tener que compartirla con Domenic, ya no le parecía lo bastante grande.

Se obligó a atravesar la habitación. En sólo media hora, su marido estaría allí. Le había dado la oportunidad de subir sola para prepararse, según había dicho, y ella se lo agradecía. Seguramente él lo había hecho para poder disfrutar de un momento de intimidad con su amiga en privado.

Con el camisón de seda en la mano, entró en el suntuoso cuarto de baño de mármol con jacuzzi y ducha para dos personas y donde ya habían dejado todos los cosméticos para él y para ella.

Así que eso era la vida de casada; compartir espacio en la cama y en el baño. Miró las cosas de Domenic, una maquinilla de afeitar con mango de plata, un cepillo de dientes, desodorante y un frasco de colonia. No mucho, pero seguramente aquello le decía más de su marido de lo que había descubierto en el último mes. Porque, ¿qué sabía del hombre al que acababa de unirse en matrimonio? Poco más aparte de que era uno de los hoteleros de más éxito del mundo y que estaba acostumbrado a conseguir lo que quería… a quien quería.

Bueno, en unos minutos aprendería más, bastante más… quisiera o no.

Suspiró agotada por las tensiones del día, aunque afortunadamente, el dolor de cabeza había remitido ligeramente. Una buena ducha lo borraría por completo.

Se quitó el collar y los pendientes que le había dado Domenic y la tiara de su madre para después despojarse del vestido diseñado por su hermana. Estaba quitándose el maquillaje cuando sintió aquel dolor tan familiar en el vientre y aquella humedad en las braguitas'; Todavía faltaban días, pero evidentemente los nervios le habían pasado factura.

Menuda noche de bodas. Aunque… pensándolo bien, quizá fuera una suerte, aunque algo le decía que Domenic no estaría de acuerdo con ella.

Unos minutos después se encontraba bajo el chorro de agua caliente, disfrutando de su poder curativo y relajante. Con los ojos cerrados, sintió cómo el agua le recorría los hombros, los pechos y después las piernas. Cada centímetro de piel por el que pasaba se veía reparado. Era una delicia en la que decidió sumergirse de lleno olvidando lo que pasaría después y lo que había pasado antes.

—Una sirena.

La voz de Domenic rompió su relajación de pronto. Opal abrió los ojos con la misma rapidez con la que sus brazos se encargaron de tapar toda la desnudez que pudo.

—Mi sirena —matizó mientras ella observaba con pavor cómo él se despojaba de la pajarita.

Quería salir corriendo y esconderse lejos de aquella mirada. Obviamente, a él no le importaba lo más mínimo haberla encontrado desnuda. ¿Lo habría planeado? Ella había previsto ponerse el camisón, meterse en la cama y apagar la luz para cuando él llegara. ¿Le habría dicho que subiera ella primero para impedirle que se refugiara en la cama?

—Ya estaba acabando —dijo ella con timidez—. Ahora mismo salgo, si no te importa pasarme una toalla.

—No te preocupes —respondió él con las manos en los botones de la camisa—. Mejor me meto ahí contigo.

¡No podía decirlo en serio! ¿No estaría pensando meterse en la ducha con ella?

—No, no, yo ya llevo aquí demasiado tiempo —intentó escapar acercándose a la puerta con la intención de salir y correr hacia la

toalla antes de darle la oportunidad de verle nada más que la espalda. Aunque probablemente ya había visto mucho más. ¿Cuánto tiempo habría estado mirándola antes de decir nada?

—Quédate ahí.

Opal volvió a mirarlo, dispuesta a discutir. Quizá estuvieran casados, pero eso no le daba derecho a impedirle disfrutar de un poco de intimidad. Un solo vistazo al aspecto que tenía sin camisa y sus pensamientos se detuvieron en seco. La piel aceitunada y ligeramente cubierta de vello en el pecho, los pezones oscuros y el pecho ancho y firme…

Una extraña oleada de deseo se abrió paso dentro de ella. Quería seguir enfadada con él, tenía razones de sobra para estarlo. Pero eso no impedía que apreciara la perfección de su cuerpo, un cuerpo que la tentaba a tocarlo. De pronto tenía la necesidad de sentirlo junto a ella, arrebatándola toda la racionalidad que la atormentaba.

Siguió sus manos con la mirada a medida que se acercaban al cinturón y después dejaban a la vista aquel abdomen musculado. Observó boquiabierta lo que estaba haciendo. Se estaba desnudando para ella. Su mente se llenó de pánico, pero su cuerpo reaccionó de un modo muy diferente. Debajo de sus brazos, los pechos se le pusieron duros y en su interior creció un deseo que enviaba chispas a todos los extremos de su cuerpo. Los botones del pantalón dieron paso a una pequeña franja de pelo. Cuando estuvieron totalmente desabrochados, Opal prefirió mirar a otro lado, sabiendo que sus mejillas reflejaban el mismo ardor que había en otras partes de su cuerpo. Por el sonido que percibió a su espalda, supo que se había quitado los pantalones. Un segundo después lo que oyó fue la puerta de la ducha que se abría detrás de ella. Ahora empezaba lo importante.

Capítulo 7

Tenía las manos bien agarradas a los hombros, intentando no sentir la presión de su cuerpo apretándose contra el de ella, compartiendo el chorro de agua. Se había convencido de que debía estar lo más tranquila posible, parecer tan sofisticada como pudiera, pero no podía. No había sofisticación posible cuando podía sentir su cuerpo detrás de ella, podía notar su obvia masculinidad apretándose contra ella, acelerándole el pulso y llenándola de pánico.

—No —dijo por fin—. No podemos…

—Date la vuelta —la interrumpió con un susurro.

Había algo en su voz que la hacía querer discutir y al minuto siguiente dejarse llevar por él. Pero ella no era tan fácil para nadie, y menos para él.

Pero no esperó a que respondiera, la agarró por los hombros y le dio la vuelta para que lo mirara. Después le retiró suavemente los brazos que se esforzaban en tapar los pechos y la dejó completamente expuesta. Le levantó el rostro con dulzura hasta que sus miradas se encontraron y ella se echó a temblar al reconocer el deseo en aquellos oscuros ojos. Él la deseaba y con un ansia que no había sentido jamás, tuvo que admitir que a pesar de todo, a pesar de lo que le había exigido y la había obligado a hacer, ella también lo deseaba. Y eso la aterraba más que nada en el mundo. Eres mi esposa —afirmó acariciándole la mejilla para después bajar por el cuello y finalmente llegar al pecho. No tienes por qué esconderte de mí.

Con esa frase, se acercó a besarla mientras le acariciaba los pechos. Una oleada de sensaciones recorrió el cuerpo de Opal, la erección que sentía presionarle el bajo vientre estaba provocándole

demasiadas cosas. Cada vez le resultaba más difícil concentrarse, era mucho más sencillo dejarse llevar por la ola. Aquello no se parecía a nada que hubiera experimentado antes.

El beso se hizo más y más intenso, su lengua jugueteaba con la de ella hasta hacerla responder. Sus manos también querían responder, se morían por tocar su piel. Al principio lo acarició con timidez, pero no tardó en darse cuenta de que quería tocar cada centímetro, quería bebérselo con las manos. Él reaccionó a su respuesta abandonando su boca para recorrer el resto. del cuerpo con la lengua. Bajó por el cuello y después alcanzó el pecho mientras le ponía una mano en la espalda para que ella pudiera recostarse. Su lengua se entretuvo con el durísimo pezón, , y el otro pecho no tuvo tiempo de sentir envidia porque enseguida su otra mano se encargó de él.

Un escalofrío que parecía más una descarga eléctrica tensó la espalda de Opal, que se agarró fuerte a él porque le temblaban las rodillas por aquel placer desconocido. Cada roce, cada beso desencadenaba nuevas sensaciones. Estaba completamente fuera de control, no había esperanza de encontrar la salida de aquel laberinto de pasión y deseo al que él la había arrastrado. <Entonces notó que su mano había abandonado el pecho y se dirigía a su vientre, y siguió bajando peligrosamente.

—No —dijo separándose cuanto pudo.

Pero él tiró de ella, cortando su protesta con un nuevo beso mientras su mano se sumergía entre los muslos. —No, por favor —repitió ella apartando la cara—. No es un buen momento. Domenic se detuvo a mirarla.

—¿ Tienes el periodo? —preguntó sorprendido.

Ella asintió con un sentimiento de indefensión.

—¿Eso importa? —dijo él.

—Bueno, si esperas que dé un heredero al imperio Silvagni, sí importa. Sospecho que hay pocas posibilidades de que concibamos esta noche.

—Haces que tener un hijo suene como un suplicio —opinó él cerrando los grifos para después salir de la ducha y darle un albornoz a Opal antes de agarrar él el otro.

—Eso no es lo que yo pienso de tener hijos —comenzó a decir ella siguiéndolo a la enorme habitación—. Pero tú esperas que sea

una especie de… —titubeó unos segundos buscando la palabra adecuada—… de yegua de cría —añadió por fin en tono acusador.

Domenic le lanzó una mirada de furia.

—Si vas a ser mi esposa, estaría bien que hicieras algo útil.

—¡Vaya! ¿Así que ése es mi futuro? Convertirme en la yegua de cría de Domenic Silvagni, el semental italiano. Eso es tener suerte —contraatacó ella con ironía.

Entonces ése era el Propósito de tanta pasión, que hiciera «algo útil». Por un momento había llegado a pensar que sentía cierto interés por ella, cuando lo cierto era que sólo había estado preparándola para plantar su semilla. Y ella misma había contribuido arando el terreno.

—¿ y cuánto va a durar?

—Cinco o seis días. Acabo de empezar.

—¿ y no podrías habérmelo dicho cuando organizamos la boda?

—La boda la organizaste tú solo, tú decidiste la fecha, la hora, en ningún momento se te ocurrió preguntar mi opinión. Como parece que te importe lo que opine de tener un hijo contigo.

Domenic se limitó a mirarla impasible.

—De todos modos —siguió diciendo ella—, se me ha adelantado. No tenía ni idea de que empezaría hoy. —Qué suerte.

—Pues sí —replicó al tiempo que se desenredaba el pelo con fuerza, como si cada nudo fuera Domenic y pudiera golpearlo con el cepillo a su antojo—. La verdad es que ha sido una suerte porque así has dejado de manosearme.

—Hace un rato no parecía que te disgustara tanto que te manoseara.

— Tuvo que mirar hacia otro lado para no afrontar la verdad. Lo cierto era que hacía un rato se había dejado llevar por la aparición de un hombre desnudo en su ducha. Un hombre desnudo con el que acababa de casarse y que había despertado terminaciones nerviosas que ella ni siquiera sabía que existieran.

—Supongo que fui muy ingenua al no darme cuenta de que no perderías ningún tiempo en empezar a prepararme para mis obligaciones maternales.

—A algunas mujeres no les parecería tan terrible. —De eso estoy segura, a juzgar por el modo en el que algunas invitadas se han esforzado en explicarme todo lo que estaban dispuestas a hacer por

ti…

—¿De qué hablas?

—De tu amiga, la rubia del vestido rojo.

—¿Has hablado con Emma? —preguntó sorprendido.

—Parece que se moría por conocerme —le explicó ella sarcástica —. Y por lo que me ha dicho, le encanta estar contigo.

Domenic se acercó a ella, la frialdad de sus ojos revelaba que la sonrisa que se había dibujado en sus labios era totalmente superficial. Trazó sobre su piel desnuda la forma del escote del albornoz.

—¿Sabes que te echan chispas los ojos cuando te enfadas? ¿O quizá sea porque estás celosa?

Opal se encogió de hombros y después se alejó de él. ¡Celosa! ¡Qué poca vergüenza! Como si a ella le importara con quién se entretenía él. Sin duda alguna iba a haber muchas Emmas en años venideros y, mientras, ella, como ya lo había hecho su madre, soportaría el desfile de amantes lo mejor que pudiera.

—No seas tonto. Estoy enfadada por que hayas tenido la desfachatez de invitar a tu novia… a nuestra boda, ni más ni menos. Pero no me importa lo que hagas ni con quién, pero te pediría que al menos fue ras discreto.

—¿Crees que yo la invité? —preguntó Domenic apretando la mandíbula—. Ernma está en Sydney para la promoción de su última película.

Opal lo miró como si estuviera comprobando si podía creerlo. Su madre había creído a su padre, había creído sus mentiras, sus promesas y ella no estaba dispuesta a caer en la misma trampa.

—Qué suerte —le espetó finalmente…

Domenic la miró durante lo que pareció una eternidad, después se dirigió al vestidor…

—Voy a salir. No me esperes levantada. Ella se quedó allí inmóvil, respirando hondo. Desde allí pudo oír cómo se vestía y unos minutos más tarde, el ruido de la puerta cerrándose tras él. Horas después Opal seguía despierta, agotada pero incapaz de dormir en aquella enorme cama. Enorme y desperdiciada. Antes se había sentido amenazada por el tamaño del lecho, ahora parecía una broma. Su noche de bodas y estaba sola en la suite nupcial. ¿Qué importaba? Al fin y al cabo, aquél no era un verdadero

matrimonio. Entre ellos no había nada excepto un contrato y dos cadenas hoteleras. No debería importarle y, sin embargo, le importaba. Ahora estaba unida a aquel hombre de por vida, pero no habían tenido tiempo de conocerse siquiera, de saber qué cosas le gustaban y qué cosas no o cuál era su color preferido. Conocimientos básicos.

Sólo necesitaban tiempo para sentarse y charlar. Si querían que su matrimonio funcionase mínimamente, al menos debían ser capaces de hacer eso. Y podrían haber empezado esa misma noche.

No pudo evitar mirar al reloj una vez más. Pronto amanecería y Domenic todavía no había regresado. ¿Dónde habría pasado la noche? De pronto apareció en su cabeza la imagen de Ernma, su gesto triunfante surgió en su mente para atormentarla.

Opal había podido ver a Emma justo antes de subir a la habitación. ¿Sería allí adónde había ido Domenic? ¿Habría acudido a su amiga en busca de consuelo? Lo que era seguro era que ella lo habría recibido con los brazos abiertos.

Dio cien vueltas en la cama, hundió la cabeza en la almohada en un último intento por borrar la imagen de ellos dos juntos. Habría acabado con la rubia actriz lo que había empezado con ella de maneta tan insatisfactoria?

Todavía le ardía la piel al recordar sus caricias, su boca. Jamás habría podido imaginar que el simple roce de otro cuerpo pudiera hacerla sentir tan bien. La presión de su erección. la había hecho desear lo que nunca antes había ansiado. ¿Qué se sentiría teniéndolo dentro? Aquel pensamiento era al mismo tiempo electrizante y aterrador. Dominic la había llevado muy lejos, pero ella quería continuar aún más allá, quería descubrirlo todo. Pero en ese momento él estaba en otro sitio, quizá con otra persona y ella no había hecho más que contribuir a que lo hiciera. Le había dicho que no le importaba qué hiciera ni con quién. Eso había sido como darle permiso para irse con otra.

y parecía que él se lo había tomado al pie de la letra.

¿Estaría con Emma en ese mismo momento… haciéndola sentir como antes la había hecho sentir a ella? ¿Estaría ella en sus brazos, dejándose acariciar, besar, llenar…? ¿Le daría ella lo que Opal no le había dado? Acabó por tirar la almohada al suelo y agarrar otra. Tenía que dejar de torturarse. No tenía ningún sentido preocuparse

por lo que hiciera, no era asunto suyo. Ella tenía un negocio que dirigir, además de buscar a alguien que se encargara del refugio después de la inesperada marcha de la< directora debido a un problema familiar. Tenía que ser práctica y pensar en asuntos en los que tuviera algo que hacer.

La relación con Domenic era como era y no podía hacer nada para cambiarla. Estaba obligada por ley a darle un hijo y tendría que aceptar su estilo de vida con la esperanza de que al menos él fuera discreto y cuidadoso. ,

Quizá funcionara. No tenía por qué acabar como su madre, desolada y con el corazón roto por un hombre que había abusado de su confianza y de un amor que él había desaprovechado con otras que no lo merecían. No, ella no permitiría que le hiciera daño un hombre que no apreciaba su amor.

Bostezó ligeramente satisfecha por haber encontrado un poco de control en los derroteros que había tomado últimamente su vida y que ella jamás habría planeado.

Quizá Domenie tuviera un papel que le daba derecho a poseer su cuerpo, pero jamás podría poseer su corazón. Ella no se lo permitiría.

Bien. Todavía estaba despierta. Domenic cruzó la habitación de puntillas hasta llegar al cuarto de baño. Todo estaba oscuro y en calma gracias a las gruesas cortinas que impedían que entrara el sol de la mañana y el doble acristalamiento que aislaba la habitación del ruido del tráfico. Pero había la suficiente luz para distinguir su melena desparramada por la almohada, su brazo extendido y el lío de sábanas a su alrededor.

Parecía que no había pasado muy buena noche.. Debería haber dormido bien después de conseguir lo que quería. Se despojó de la ropa y se metió en la ducha intentando no pensar en la última vez que había estado allí.

Suspiró con frustración. Estaba muy cansado, pero al menos podría dormir en el avión a Los Ángeles. Quince horas serían más que suficientes.

Salió descalzo a la habitación, se dirigió al teléfono y pidió el desayuno para dos: huevos revueltos, salmón y café bien fuerte. Cuando se dio la vuelta, ella lo estaba mirando… con el ceño fruncido.

—Buenos días —la saludó él sonriendo antes de ir hacia el vestidor y abrir las cortinas de camino.

—Buenos días —farfulló Opalcon voz temblorosa subiéndose la sábana hasta el cuello.

Domenic observó el movimiento con curiosidad.

Si creía que iba a tratar de seducida después del fiasco de la noche anterior, estaba muy equivocada.

—¿Qué… qué haces?

Él estaba haciendo el equipaje a toda prisa.

—Tengo que ir a Estados Unidos, ha surgido algo —entonces alzó la vista hacia ella, que seguía sin atreverse a mirarlo directamente—. No creo que te importe. No teníamos nada planeado para la luna de miel ni nada parecido.

Entonces sí lo miró y él le sostuvo la mirada, observando las emociones que se reflejaban en ella: alivio, curiosidad, desconfianza… todo eso unido a cierto rubor que le provocó el esfuerzo de mirarlo.

No le había preguntado dónde había pasado la noche, pero era evidente que la pregunta estaba allí, acechándolo.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

—POr lo menos una semana —respondió volviendo al vestidor a agarrar más cosas que meter en la maleta—. Supongo que tendrás tiempo suficiente para terminar los planes de promoción para ambos grupos. ¿Crees que podrás?

—Claro que podré —afirmó tajantemente.

—Muy bien. Cuando vuelva quiero que vengas conmigo a otro viaje. Quiero echar un vistazo al mercado en North Queensland. Quizá quieras acompañarme…

—Parece que tú ya lo has dado por hecho. Pero, Domenic…

De sus mejillas se apoderó un repentino rubor. Parecía estar tan incómoda como revelaba su voz, sentada con la sábana enrollada al cuerpo.

—¿Sí?

—¿No te vas a vestir?

Una malévola sonrisa apareció en su rostro. —¿Es que mi cuerpo no te parece bien?

—Bueno, es que —comenzó a. tartamudear Opal arrepintiéndose de haber mencionado el tema los del servicio de habitaciones

estarán a punto de llegar. Él no dijo nada, se limitó a observar el bochorno que estaba pasando ella.

—Discúlpame —dijo ella por fin—. Si has terminado en el baño…

Se puso en pie sin esperar su confirmación y desapareció en el refugio que suponía perderlo de vista. Domenic oyó cómo echaba el seguro. Lógicamente, no iba a correr el riesgo de que él volviera a irrumpir en el baño como la noche anterior. Aquella mujer tenía una increíble mezcla de personalidades. A veces era una fiera que escupía fuego y al minuto siguiente se la veía tan azorada que parecía diez años más joven de lo que era.

Sin embargo, la noche anterior en la ducha… Se había convertido en fuego entre sus brazos, había ardido al contacto de sus caricias… tan receptiva. Podía esperar a la próxima vez, estaba seguro de que merecía la pena.

Cuando salió del baño envuelta en el albornoz diez minutos después, el desayuno ya había llegado y Domenic la esperaba sentado a la mesa leyendo el periódico. Ella se sentó aliviada de que por fin se hubiera puesto algo de ropa.

—¿Cómo tomas el café? —le preguntó dejando el periódico.

—Con leche, sin azúcar.

Aquella situación la hizo volver a caer en la cuenta de lo que habían hecho. Allí estaban, desayunando como cualquier otro matrimonio… pero él ni siquiera sabía cómo tomaba el café su esposa. No, no eran para nada como cualquier otro matrimonio.

Todo estaba mal. Y sin embargo, Domenic seguía desayunando como si aquélla fuera una mañana más en su vida.

¿Dónde habría pasado la noche? ¿A qué se debía ese repentino viaje a Estados Unidos? Se suponía que sus planes eran quedarse en Sydney una semana. ¿ Qué podía ser tan urgente como para hacerle salir corriendo de esa manera? A menos que fuera algo relacionado con Emma. Un escalofrío le recorrió el cuerpo de repente. Pero qué esperaba, la noche anterior casi lo había obligado a marcharse. Además, estaba claro que ella no estaría disponible para procrear en los próximos días, así que, ¿para qué iba a quedarse?

Una parte de ella deseaba hacerle todas esas preguntas, descubrir si sus miedos eran fundados, pero no podía. No debía. No debía importarle lo que hiciera.

Dio un trago de café y trató de buscar algo útil que hacer durante el resto del día. Podía: ir a Pearl's Place y tratar de encontrar una nueva directora, alguien firme pero llena de compasión. Parecía mentira que resultara tan difícil encontrar aquellas dos características en la misma persona.

Entonces se le ocurrió. Deirdre Hancock. Estaba a punto de retirarse de Silvers y era la persona perfecta para el trabajo. Quizá la llamara.

—Deberías comer —le dijo Domenic interrumpiendo sus pensamientos—. Anoche tampoco comiste nada.

Seguía sin tener hambre, pero un solo bocado de aquel plato y su apetito regresó de inmediato; de hecho no pasó mucho tiempo antes de que lo hubiera terminado todo.

—Buono —comentó él con aprobación al tiempo que se ponía en pie—. Es bueno verte comer. Me gustan las mujeres con curvas.

Opallevantó una ceja y lo miró de arriba abajo. —Ya mí los hombres con ropa interior.

La carcajada que soltó la pilló por sorpresa. Pero aún más sorprendente fue la satisfacción que sintió ella al ver que le había hecho reír.

Al pasar a su lado, se agachó a darle un suave beso en la mejilla que le dejó una agradable sensación en la piel.

—Espero que no por mucho tiempo —contraatacó él sonriente antes de dirigirse a la puerta—. Tengo la intención de cambiar eso. Arrivederci, bella.

Opal se quedó allí sentada hasta mucho tiempo después de que la puerta se hubiera cerrado tras él, rememorando la sensación de sus besos y el aroma de su colonia. Y preguntándose cómo, después de todo lo ocurrido, habían conseguido crear un momento así.

¿De verdad planeaba tratar de que ella acabara sintiéndose, cómoda ante su desnudez? Desde luego tenía un cuerpo muy bonito, tan firme y musculado que podría haber servido de modelo para la escultura de un dios romano. ¿ Tan malo sería poder disfrutar de un cuerpo así sin sonrojarse como una-colegiala?

Con un estremecimiento, se dio cuenta de que en sólo una semana estaría devuelta y .ya no habría impedimentos para la consumación del matrimonio.

Una semana antes o incluso el día anterior, la idea de hacer el

amor con él la había llenado de nerviosismo y miedo. Por algún motivo eso había cambiado.

Ahora era más bien una deliciosa expectativa.

Capítulo 8

EL CAOS reinaba en Pearl's Place cuando Opal llegó esa misma tarde. Aunque normalmente ella no se implicaba en el día a día del refugio, hasta que encontrara una nueva directora no le que daría otro remedio que hacerlo.

Dos coches de policía con las sirenas todavía encendidas la recibieron a su llegada al precioso edificio de dos plantas del interior de Sydney. Había comprado aquel inmueble que entonces no era más que una ruina en una zona venida a menos, pero desde, entonces las cosas habían cambiado mucho..La gente había empezado a adquirir edificios para rehabilitarlos como había hecho ella; así que ahora Pearl's Place era un lugar cómodo y acogedor situado en una calle clásica, tranquila y elegante. Por eso precisamente se asustó tanto al oír las sirenas, los coches de policía no encajaban bien en un barrio tan tranquilo. Claro que ofrecer refugio a mujeres que trataban de huir siempre suponía un riesgo cuando algún marido o compañero perdía el control.

Los vecinos eran bastante comprensivos, pero también les preocupaba su tranquilidad y ella sabía que si las cosas iban mal, podrían hacer que cerraran el refugio. Quizá había llegado el momento de encontrar otro lugar más abierto, con terreno para que jugaran los niños y donde no molestar a los vecinos. Ahora que Clemengers estaba a salvo podría dedicar un poco de tiempo a pensar qué hacer.

Dentro de la casa, la totalidad de las dieciséis ocupantes del refugio y un buen número de niños estaban reunidos alrededor de la enorme mesa de la cocina que se había convertido en sala de reuniones.

—Entonces tendré que irme… tendré que encontrar otro lugar

—estaba diciendo Jenny Scott, todavía con lágrimas en los ojos, mientras apretaba a su pequeña contra su pecho.

Opal se arrodilló frente a la mujer;_que era mucho más joven de los cuarenta y tantos años que aparentaba.

—¿Pero dónde vas a ir?

La mujer sollozó hundiendo el rostro en el cabello de su niña, que seguía mirando al vacío.

—No lo sé, pero no voy a volver con Frank.

—Claro que no —le dijo ella asintiendo—. No te preocupes. Voy a ver si consigo algo con la policía.

Opal sentía que se le rompía el corazón. cuando se marchó de allí una vez hubo conseguido que la policía enviara dos patrullas más como medida provisional. Tenía que solucionar las cosas en Pearl 's Place y tenía que hacerlo rápido. Se suponía que aquello era un lugar donde las mujeres y sus hijos encontrarían la tranquilidad y la seguridad que andaban buscando, pero no quería convertirlo en una fortaleza. Aquellas mujeres ya había escapado de una especie de cárcel.

Había muchos tipos de prisiones, la de su madre había sido de seis estrellas, pero había estado igualmente atrapada en un matrimonio infeliz e injusto. Ahora ella también estaba casada, unida a un hombre que la trataba más como una posesión que como a una compañera. ¿Qué tipo de prisión iba a ser la suya? ¿Cuál sería su sentencia? En lugar de pensar en eso, prefirió subir el volumen de la radio del coche y concentrarse en ser positiva, iba a necesitarlo si pretendía hacer algo constructivo para el refugio.

El café en el que debía encontrarse con Sapphy y Ruby para despedirse estaba abarrotado cuando llegó media hora después. Los silbidos de la máquina de café llenaban cualquier posible silencio en las conversaciones de los clientes y en el aire se podían percibir los deliciosos aromas de los diferentes platos que se ofrecían, desde pizza hasta marisco.

Sus hermanas habían escogido una mesa junto a un balcón por el que entraba una agradable brisa. Opal se acercó a ellas satisfecha de que la boda al menos hubiera servido para estar juntas unas horas. Ahora que vivían tan lejos, cada vez les resultaba más difícil verse.

—¿Así que Domenic te ha dejado libre una horita? —dedujo Sapphy levantándose para darle un beso a su hermana…

—Más o menos —respondió ella sin comprometerse besando también a la otra gemela antes de sentarse junto a ellas y tratando de esbozar una sonrisa—. En realidad, lo han llamado por un negocio y ha tenido que marcharse, así que supongo que se acabó la luna de miel —trató de explicar sin gravedad, aunque en realidad sabía que dicha luna de miel jamás había comenzado siquiera.

—¿Se ha ido? ¿Adónde? —preguntaron ambas al unísono…

—A Estados Unidos. Parece ser que ha habido algún problema. —Vaya —dijeron ellas antes de centrarse en la cárta. Opallas observó. A primera vista estaban tan guapas y radiantes como siempre, pero había" algo en sus ojos, como si se hubieran pasado algún mensaje la una a la otra. ¿Acaso sabían la verdad? ¿Habrían descubierto que su matrimonio era una farsa?

En cierta manera sería un alivio; fmgir que estaba emocionada con su boda suponía tener que engañar a sus hermanas, cosa que jamás había hecho. ¿Importaría que ahora supieran la verdad? ¿Ahora que Clemengers y_-estaba a salvo y era demasiado tarde para cambiar las cosas?

—¿Qué ocurre? —les preguntó en el tono de hermana mayor que siempre había utilizado cuando quería hacerlas ver que sabía que estaban ocultando algo. Las dos levantaron la cara.

—Seguramente no sea nada —respondió Sapphy. —Puede que me haya equivocado —continuó Ruby. —¿Me lo vais a decir o no?

Volvieron a mirarse la una a la otra antes de que

Sapphy le tomara las manos.

—¿Hay algún problema entre Domenic y tú? Opal intentó echarse a reír, pero sólo emitió un so nido agudo.

—¿Qué problema iba a haber? ¿Sólo porque se haya tenido que ir?

—Pero… ¿al día siguiente de casaros?

—Era una emergencia. Ha tenido que irse. De hecho, la semana que viene me lleva con él a North Qu.ensland para compensar —en sus rostros quedaba bien claro que aquella explicación no las convencía.

Había algo más que no le estaban diciendo.

—¿Qué pasa? Decídmelo —ordenó esa vez.

—Es que anoche después de la fiesta, bajé al vestí bulo a despedir a algunos invitados…

—¿Y?

—y lo vi… bueno, me pareció ver a Domenic subiéndose a un taxi.

—Ah —el cerebro de Opal intentó buscar una res puesta convincente a toda velocidad; no tenía la menor idea de adónde había ido Domenic después de estar con ella—. Es cierto. Había dejado algunas cosas en su suite del Silvers y fue a recogerlas.

Ruby la miró con el ceño fruncido y dolor en los oJos.

—Opal, estaba con esa actriz. Ya sabes, la que estaba en la boda. Sus peores sospechas se confirmaban. Había pasado la noche con Ernma, había corrido directo a los brazos de su amiguita. Podían pasar los años pero nada cambiaba, no cuando se trataba del comportamiento de los hombres como él.

No debería haberle sorprendido, ella ya sabía cómo iba a ser su vida de casada. Aquello era precisamente lo que había sospechado, pero la confirmación no la hacía sentirse satisfecha de haber acertado.

Intentó que lo que sentía no se le reflejara en la cara y trató de escabullirse buscando al camarero.

—¿Creéis que nos atenderán algún día? Me muero de sed.

—Opal —le llamó la atención Sapphy apretándole la mano—. ¿Podemos hacer algo?

Las miró a la cara, a aquellos rostros llenos de amor y preocupación por ella y supo que no podía contarles la verdad. Se había engañado al pensar que ahora que estaba casada ya no importaba que lo supieran, pues no era cierto, ni antes ni después de la boda podía decides que su matrimonio era puro teatro. No sería justo para ellas. Aquello era sólo cosa suya.

—No es lo que creéis —comenzó a decides; Emma es una vieja amiga suya y no se encontraba bien. Yo le pedí que se asegurara de que llegaba bien a su hotel. Eso es todo.

—¿En tu noche de bodas? —preguntaron ambas desconcertadas.

—Yo le insistí. Fue todo un detalle que pudiera venir a la boda con toda la promoción, era lo menos que podíamos hacer.

—¿ y lo de recoger sus cosas?

—Bueno, es que sabía que enseguida ibais a sacar conclusiones

erróneas, corno habéis hecho. Dejad de preocuparas. Domenic estará de vuelta en una semana para llevarme a un paraíso tropical. Lo que deberíais sentir es envidia —añadió tratando de bromear con naturalidad.

—¿Estás segura de que estás bien?

Esa vez fue Opalla que les apretó las manos.

—Soy la mujer con más Suerte del mundo por teneros aquí preocupándoos por mí. Todo va bien. Ahora relajaos y disfrutad. Mañana por la mañana volvéis a casa y no volveremos a vemos hasta dentro de mucho. Vamos a aprovechar el tiempo.

. Notó un movimiento a su espalda.

—Ahí está el camarero. Pedid vosotras, chicas. Yo ni siquiera he mirado la carta. Opal esperaba de pie en la sala VIP del aeropuerto tratando de no parecer tan nerviosa y asustada como estaba. El avión privado de Domenic acababa de aterrrizar y en cuanto hubiera cumplimentado todo el papeleo y hubiera repostado, embarcaría ella para dirigirse a Caims.

Aunque había estado fuera más de lo esperado, aquellos once días habían pasado volando. Opal se había metido de lleno en los planes de promoción junto a los equipos de marketing y publicidad para trabajar en el lanzamiento de la estrategia conjunta.

Deirdre Hancock había reaccionado con entusiasmo a la idea de trabajar en el refugio; de hecho se había hecho cargo de la dirección inmediatamente y había hecho frente a las necesidades del lugar como si siempre hubiera trabajado en un lugar así. Hacía ya varios días que la había llamado para decide que Jenny Scott y su hija se habían instalado en un apartamento del Ayuntamiento y estaban deseando empezar de nuevo. Resultaba muy gratificante ver cómo las mujeres que llegaban al refugio atemorizadas salían un tiempo después cón la cabeza bien alta y con enormes ganas de vivir. No siempre salía todo tan bien, pero cuando las cosas resultaban era muy satisfactorio.

Lo cierto era que los últimos días habían sido muy buenos, siempre y cuando no pensara en Domenic. Lo más duro habían sido las noches. Durante el día podía trabajar y charlar con gente; pero en algún momento le podía el cansancio y tenía que volver a la suite y a su cama, donde permanecía tumbada y pensando en Domenic. Había intentado enfadarse con él pensando en con quién

estaría y qué estaría haciendo, pero siempre aparecían en su mente otras imágenes y en pocos segundos se encontraba recordando la ducha que había compartido con él y preguntándose cómo sería cuando por fin la convirtiera en su esposa de verdad.

Los recuerdos de sus caricias habían invadido sus pensamientos, eran unas sensaciones tan fuertes que le resultaba imposible borrarlas. El tacto de sus manos, su boca jugueteando con sus pechos, su piel…

Lo peor era que dichos recuerdos se habían ido intensificando a medida que se acercaba el día de volver a verlo. Entonces había llegado su e-mail dándole instrucciones para que estuviera preparada para su llegada al día siguiente y para salir de viaje a continuación. A pesar de la excusa de estudiar el mercado de North Queensland, aquello no era un viaje de negocios cualquiera, la proximidad a la boda no podía ser una coincidencia. Detrás de ese viaje había algo mucho más primario. Domenic iba en busca de su esposa, regresaba para hacerla suya.

Opal se abrazó a sí misma. Había elegido aquel traje pantalón de lino para un clima más tropical y aunque en Sydney no hacía frío, lamentaba no haberse puesto algo un poco más abrigado.

Se paseó por la sala-pensando que por mucho que detestara todo lo que Domenic representaba, tenia que admitir que una buena parte de ella ansiaba sentir sus caricias de nuevo.

Desde la puerta de la sala, Domenic la observaba en silencio, la veía pasear pensativa, con el pelo recogido en un moño bajo. Aunque tenía la mirada perdida en la alfombra, podía vérsele la arruga que se le había formado entre los ojos y cómo se mordía el labio inferior. Continuó caminando como una leona enjaulada a la que estaban a punto de liberar.

Durante los últimos días, Domenic se había encontrado pensando en ella en multitud de ocasiones, pensando cómo terminaría lo que había empezado.

Esa noche no habría excusas, esa noche liberaría a la verdadera Opal. Su cuerpo se estremeció sólo con la perspectiva.

Como si hubiera podido leer sus pensamientos, Opa! eligió precisamente ese momento para levantar la cabeza. Su mirada se clavó en la de él y Domenic vio… no, sintió cada estremecimiento que recorrió su cuerpo como si de algo tangible se tratara.

Estaba esperándolo, pensó con satisfacción, exactamente igual que la había esperado él durante esos días. Sin duda la espera iba a merecer la pena, para los dos.

El vuelo a Cairns duró tres horas durante las cuales Domenic sólo parecía tener interés en enterarse de los progresos de Clemengers y de la estrategia de promoción. En sus maneras no había nada que indicara que entre ellos había algo más personal que los negocios. Y, pensándolo irónicamente, eso era exactamente lo que ocurría en cierto modo.

No le contó nada de su visita a Estados Unidos y contestó a la pregunta de cómo habían ido las cosas con un correcto y escueto «Bastante bien».

Y sin embargo cuando lo había saludado en el aeropuerto, por un momento había creído notar algo en sus ojos, algo en su manera de mirarla, algo que le cortaba la respiración. Pero debía de haberse equivocado, quizá estaba tratando de ver cosas que no existían. Quizá simplemente estaba bajo los efectos del jet lag.

El avión estaba ya descendiendo hacia la costa y Opal se quedó maravillada observando las islas que llenaban el mar como lunares, llenas de exuberante vegetación y enmarcadas por la arena blanca de sus playas que contrastaban con el azul intenso del mar.

Cuando aterrizaron en Cairns, Opal esperaba ver un coche esperándolos, pero lo que había era un helicóptero.

—¿Adónde vamos? —preguntó alzando la voz por encima del ruido del motor—. Creía que iríamos directos al hotel Silvers Cairns.

—Hoy no —respondió él tajantemente—. Pensé que ya era hora de que estudiáramos a la competencia. Sube —le pidió tendiéndole la mano para encaramarse al helicóptero.

Unos segundos después se levantaban sobre el aeropuerto y dado que el ruido ensordecedor frustraba cualquier intento de conversación, Opal decidió seguir admirando el paisaje. En las islas próximas había multitud de hoteles, pero el destino al que se dirigían seguía siendo un misterio. Lo cierto era que aquello le resultaba emocionante; un hombre guapísimo la llevaba a lomos del equivalente moderno de un corcel a algún paraíso tropical secreto. Parecía un cuento de hadas.

Pero no lo era en absoluto. Echó un vistazo furtivo a Domenic, que también tenía la mirada perdida en el paisaje, y sintió una punzada de remordimiento. Si las cosas hubieran sido diferentes…

¿Qué habría pasado? De nada servía imaginar cómo habría sido todo si hubieran tenido la oportunidad de ir conociéndose poco a poco antes de la boda, o preguntarse cómo sería su vida si Domenic estuviera satisfecho con una sola mujer. Pero la realidad era otra; si él no la hubiera obligado a casarse, ella jamás lo habría hecho. Eso era todo. Y ella había sido bien consciente de ello cuando había aceptado el trato. Ahora sólo le quedaba sacar el máximo provecho de la situación.

De pronto la agarró de la mano y ella se sobresaltó, quería señalarle un grupo de islas entre las que había una más grande seguida por otras ocho o diez más pequeñas. Enseguida se dio cuenta de que aquéllas eran las Family Islands.

Dunk Island —gritó por encima del ruido del motor.

Domenic levantó las cejas y asintió.

—¿Es ahí donde vamos? —preguntó emocionada ante la idea de visitar la que decían era una de las islas tropicales más bellas de Queensland.

Pero él negó con la cabeza.

—Un poco más allá —dijo señalando otra isla un poco más pequeña hacia la que ya habían comenzado a descender—. Ahí está. Bedarra.

También la conocía de oídas. Se trataba de uno de los complejos turísticos más selectos del país, sólo permitían la entrada de un determinado número de visitantes, que se alojaban en lujosas villas aisladas unas de otras. Si lo que Domenic quería realmente era estudiar a la competencia, iba a empezar por lo más alto.

Unos minutos más tarde el helicóptero aterrizó en otro mundo. Estaban rodeados por una exuberante selva tropical y la maravillosa vista del mar sólo se veía interrumpida por las siluetas de otras islas.

Unos amables empleados del complejo los recibieron y los condujeron a su alojamiento desapareciendo de inmediato entre la maleza. Opal se quedó parada en la terraza del bungalow, desde la que se veía la selva. y el mar. El interior era igualmente impresionante: amplias habitaciones con suelos de madera y

enormes ventanales por los que pudo observar la maravillosa piscina con vistas a la Bahía de Wedgerock. Aquello era el paraíso.

También era el lugar ideal para dejarse seducir.

Eso tenía que reconocérselo, era obvio que esa vez no iba a permitir que nada saliera mal. Y lo cierto era que resultaría muy difícil no caer fascinada por el encanto de aquel lugar. Entre el lujoso apartamento, las vistas y el armonioso sonido de las olas… aquella isla estaba hecha para el amor.

Notó cómo Domenic se acercaba a ella por detrás y se preguntó si esperaría llevársela a la cama inmediatamente. Pero lo que hizo fue quedarse de pie a su lado, sin tocarla, observando la vista con las manos en la barandilla.

—¿Qué te parece? —le preguntó sin apartar la vista del océano.

—Es una maravilla —respondió con toda sinceridad—. La isla es un paraíso y el bungalow… es increíble.

—Estupendo —dijo él sonriendo—. No quería que sufrieras la «mediocridad de cinco estrellas» —su sonrisa adoptó una expresión malévola que la hizo reír de buena gana al recordar su propia bravuconada, pero sobre todo al darse cuenta de que él recordaba al pie de la letra algo que ella había dicho nada más conocerse.

Ahora le parecía que había pasado tanto tiempo desde aquello…

—¿ Qué te parece si damos un paseo por la playa antes de cenar?

Opal lo miró sin dejar de sonreír.

—Me parece que es muy buena idea.

En un abrir y cerrar de ojos se quitó la chaqueta y sustituyó los pantalones que llevaba por unos informales chinos y las sandalias de tacón por unas planas y mucho más cómodas. El paseo comenzó siguiendo el camino interior que conducía a la bahía. Durante ese paseo no se cruzaron con nadie, pero claro, allí sólo había dieciséis bungalows.

Llegaron por fin a la increíble playa de palmeras por la que caminaron de punta a punta de la b.ahía, disfrutando de la arena blanca, las aguas azules que salpicaban a su paso y la línea de azul más oscuro que se veía .más allá de la bahía Intercambiaron algunas palabras, pero pasaron la mayor parte del tiempo en silencio, inmerso s en sus propios pensamientos.

Domenic ni siquiera la rozó una sola vez y Opal se descubrió

preguntándose por qué. Era evidente que no habían ido hasta allí sólo para admirar el paisaje y después de más de una semana pensando en él cuando tendría que haber estado durmiendo, Opal había previsto un ataque más directo.

Pero esa seducción tan sutil…

Cuando volvieron al bungalow el sol ya había desaparecido en el horizonte y poco después llegó un camarero con una bandeja de canapés y una botella de champán.

Opal aceptó la copa que le ofreció Domenic. Después de todo lo ocurrido, aquello era lo más parecido a una celebración. Una especie de tregua, al menos por unas horas. Al brindar sus dedos se rozaron y Opal sintió un escalofrío como una descarga eléc trica.

—¿ Tienes frío?

«Ni mucho menos».

—No.

—¿ y hambre?

«Mucha».

—Mmmm —murmuró dando un sorbo—. Un poco. —Entonces deberíamos comer.

Pero no era comida lo que ella quería. No teniendo a Domenic tan cerca, con su pelo negro revuelto por la brisa, la camisa de lino blanco parcialmente desabrochada dejando ver unos centímetros de aquella piel bronceada y los pantalones arremangados parecía un pirata más que un millonario.

En aquel momento y en aquel paraje, sólo Domenic podía satisfacer el hambre y el deseo que sentía.

Cenar suponía ir al restaurante y por tanto ver a otra gente, lo que significaba que pasarían una o dos horas antes de que pudieran estar solos de nuevo. Antes de que pudieran continuar con lo que habían comenzado en la noche de bodas. ¿Cómo iba a soportar tal tortura?

—Domenic —le dijo suavemente esperando con todas sus fuerzas no estar a punto de hacer el ridículo—. ¿Podrías besarme?

Capítulo 9

LA NOCHE se había apoderado del paisaje rápidamente, como sucedía en los trópicos, pero gracias a la luz de la terraza, podía ver cómo cambiaban y se mezclaban los colores de sus ojos. Tenía unos ojos tan bonitos, tan expresivos, y ahora lo miraban a él llenos de expectación y de esperanza. La timidez seguía ahí, pero ahora había algo más, algo cálido y real.

La había llevado allí para poseerla, para hacerla su esposa. Ese había sido su plan, pero después de verla en el aeropuerto algo había cambiado. Allí había vuelto a ver esa vulnerabilidad y esa intranquilidad que la hacía parecer mucho más joven y había cambiado de opinión. Tenían cuatro noches por delante antes de volver a Sydney. Iba a tomarse todo el tiempo del mundo para hacer bien las cosas. Cuando regresaran sería suya, completamente suya y llevaría dentro su semilla.

Por eso se había mantenido alejado, evitando cualquier contacto con ella y comportándose con toda la corrección y la amabilidad del mundo. Tenía que ser ella la que diera el primer paso y acababa de hacerlo de un modo sorprendentemente agradable.

—Bueno, si no te supone mucha molestia —dijo apartando la mirada hacia el mar.

—Jamás podría ser una molestia —respondió quitándole la copa y dejando las dos sobre la mesa que se encontraba a su lado besar a una mujer bella.

Domenic se soltó de la barandilla y se giró hacia ella. Le levantó la barbilla con la punta de los dedos, después dibujó el contorno de su mandíbula y continuó hasta subir hasta el pelo, donde le soltó el prendedor que le sujetaba el moño. Su cabello cayó en cascada sobre los hombros y el rostro.

Tenía los labios ligeramente abiertos, esperándolo.

Él pronunció su nombre en un susurro apenas audible y automáticamente los mismos labios por los que había salido ese nombre se dirigieron a encontrarse con los de ella al tiempo que la acercaba contra su cuerpo. Sabía dulce, con un ligero toque de champán. Besándola podía percibir todas las contracciones que había dentro de ella; tan segura de sí misma en algunos momentos y tan inocente y tímida en otros.

Esa vez respondió a sus movimientos de igual a — igual, su lengua jugueteó con la de él con igual disfrute. De hecho parecía estar imitando cada cosa que él hacía, como si estuviera aprendiendo… ¿Habrían sido tan malos sus otros amantes? ¿Sería ésa la razón por la que era tan reservada?

De cualquier manera, él se iba a encargar de que eso cambiara. Iba a compensarle por todos los malos amantes que hubiera tenido, él le enseñaría todo lo que necesitaba saber.

Opal tenía las manos en su espalda, apretándole contra ella y haciendo por tanto que sus pechos quedaran apretados contra él. Sus pechos. Domenic recordó la suavidad y el peso en sus manos bajo la ducha y quiso volver a sentirlo de nuevo.

— Se separó de ella sólo lo suficiente para poder tomarla de la mano y mirarla a los ojos.

—Vamos —le dijo antes de llevarla al dormitorio. Le dejó desvestirla frente a los ventanales por los que sólo los árboles podían ser testigos de lo que ocurría dentro. A medida que iba despojándose de las prendas, sus sentidos iban despertándose más y más; cuando estuvo desnuda frente a él se dio cuenta de que podía sentir el deseo luchando por salir de su cuerpo. Él la besó una vez, en sus ojos había la misma pasión que en los de ella, después también él se desnudó y luego se dejaron caer sobre la cama.

Domenic le tomó ambas manos y se las besó solemnemente sin apartar la mirada de sus ojos. Ella se quedó sin respiración cuando notó cómo le ponía las manos por encima de la cabeza y se tumbaba sobre ella para hacerle el amor con la boca. Acarició cada centímetro de su piel encendiendo el fuego con el roce de su mano.

Su boca se dedicó después a los pechos, su lengua jugueteó con los pezones erectos por tanto placer desconocido, los chupó sin cesar hasta que ella le clavó las uñas en la espalda y él tuvo que

volver a su boca apretando su cuerpo contra el de ella. El corazón de Opal no daba abasto, sentía el pulso latiéndole en todas partes, interpretando una hermosa sinfonía.

Las sensaciones que durante tanto tiempo habían estado subyugadas dentro de ella, estaban ahora experimentando una verdadera revolución que amenazaba con hacerla perder el control. Por fin le soltó las manos para que ella también pudiera acariciarlo… Y eso hicieron de inmediato, recorrieron aquel cuerpo perfecto centímetro a centímetro, sintiendo los músculos en tensión en los muslos, en las nalgas…

Rodaron por la cama ardiendo de pasión. La mano de Opal buscó a tientas eso que la presionaba el bajo vientre y allí estaba, en sus manos, rígido y latiendo a su propio ritmo. Él se estremeció de placer con la respiración entrecortada.

—Te deseo —le dijo ella con una convicción que jamás había sentido, el poder de su ansia era irrefutable.

—No más de lo que yo te deseo a ti, cara '-susurró él volviendo a tumbarse sobre ella, que sin oponer resistencia alguna, separó las piernas para saciar la necesidad de sentirlo dentro.

Los dedos de Domenic se le colaron entre las piernas y ella emitió un gemido de placer. Pero antes de dejarse llevar, le agarró la mano. No quería que descubriese la verdad así.

—Por favor —le imploró—. Vamos.

Él titubeó unos segundos, pero enseguida resultó evidente que estaba tan impaciente como ella. Se detuvo para mirarla y besar aquella deliciosa boca antes de entrar en su cuerpo suavemente. Al principio fue un ligero contoneo que se fue haciendo más y más insistente.

Ahora ya nada importaba. Nada excepto tenerlo dentro, llenándola por completo y satisfaciendo todas sus necesidades.

Opal movió la pelvis para acomodarse a él mientras se besaban una vez más; Una ráfaga de dolor le recorrió el cuerpo con su embestida más fuerte y la , hizo gritar. Él le apretó la mano y el dolor desapareció de inmediato. Sólo quedó el placer. Entonces ella sólo pudo pensar en lo maravillosa que era la vida, que le había regalado una experiencia así y había despertado todas aquellas sensaciones aletargadas.

Pero aquello no había terminado. Domenic seguía moviéndose

dentro de ella, amenazando con salirse para luego volver de nuevo a lo más profundo, dando una dimensión nueva a lo que Opal estaba sintiendo. Ella comenzó a moverse al unísono, siguiendo su ritmo, tensando los músculos para mantenerlo donde estaba un poco más.

Él la miró intensamente al tiempo que se movía más y más deprisa, alimentando el fuego que llevaban dentro… Hasta que ella ya no pudo contener tal fuego por más tiempo, un movimiento más la llevó al borde de la razón, al límite de su control. Nada importaba excepto el brillo incandescente de la explosión que estaba experimentando su cuerpo.

Él la siguió sólo un segundo después; su cuerpo se quedó en vilo un instante antes de caer sobre ella.

Opal abrió los ojos para descubrir sorprendida que todo a su alrededor seguía igual; las ventanas, el suelo, la cama… nada había cambiado. Y sin embargo, nada dentro de ella era como antes; algo muy básico se había transformado convirtiéndola en una persona diferente.

Él le acarició el brazo y la hizo rodar hasta colocarla encima de él.

—¿Tienes hambre ahora?

—Un hambre feroz —su estómago lo confirmó con un rugido.

Con una carcajada_ Domenic la ayudó a ponerse en pie para seguirla después. Pero algo le hizo detenerse, Opal siguió su mirada hasta las sábanas, a pesar de la tenue luz, la mancha era perfectamente visible.

Ella había mentido.

—Pensé que habías dicho que duraba sólo cinco o seis días —afirmó frunciendo el ceño.

—y así es. Pero creo que a veces pasa esto cuando… —se quedó sin palabras, pero enseguida se dio cuenta de que no necesitaba palabras, él ya lo había entendido. —Entonces… merda ¿Por qué no me lo dijiste?

—No me preguntaste —respondió ella tan despreocupadamente como pudo—" ¿Acaso importa ahora?

Domenic volvió a maldecir en italiano antes de acercarse a ella y acariciarle el vientre.

—¿Te he hecho mucho daño?

—No —dijo sabiendo que no la creería—. Bueno, un poco, pero sólo un momento.

—Deberías habérmelo dicho. Habría ido más despacio.

Opal puso una mano sobre la suya.

—Me ha gustado tal y como lo has hecho.

Él agarró esa misma mano y se la llevó a los labios para besarla suavemente. Después la estrechó con fuerza entre sus brazos.

—¿Otra ducha? —preguntó ella tratando de no dejar ver su renovado deseo.

Él se echó a reír de un modo que iluminó toda la habitación.

—Todavía no. Pero podríamos nadar un poco.

La llevó de la mano a la terraza y de ahí hasta los peldaños que conducían a la piscina rodeada de hermosas palmeras. Al principio le causó impresión el contacto con el agua, pero en unos segundos le pareció que aquel agua cristalina iluminada por la luna era el lugar ideal para estar en aquel momento junto a él. No tardó en zambullirse de lleno y nadar lentamente dejando una estela de burbujas a su paso.

—Una sirena —susurró él mirándola—. ¡Qué increíble efecto tiene el agua en ti! —añadió besándola de un modo que volvió a despertar en ella el deseo de hacer el amor. Quería más. Mucho más.

Como si pudiera sentir su excitación, él comenzó a besarle el cuello y después los pechos, lo que hizo que su ansia creciera. Opal arqueó la espalda tumbándose sobre el agua. Mientras su lengua le recorría el cuerpo, su mano se entretenía con sus muslos y con lo que se escondía entre ellos.

—¿Sigue doliéndote?

Ella negó con la cabeza para no romper el encanto del momento con las palabras. Su mano se sumergió aún más entre las piernas, explorando los lugares más recónditos de su anatomía. Ella jadeó dejándose llevar por la intensidad que provocaba con sus caricias. Juntos fueron moviéndose lentamente por el agua hasta llegar a los escalones parcialmente cubiertos. Allí la sentó de modo que pudiera seguir besando su cuerpo y explorar con la boca lo que antes había explorado con la mano.

Opal cerró los ojos y después los abrió de golpe al sentir algo increíblemente nuevo. Intentó sacar de su mente la imagen de su

cabeza allí donde estaba, pero era imposible escapar del erotismo de tal visión, y aún más imposible resultaba no dejarse, llevar por los espasmos de placer que le estaba provocando.

Cuando pensaba que no podía aguantar más, él volvió a entrar en su cuerpo y la llevó aún más lejos.

Una embestida definitiva hizo estallar un millón de chispas y supo que estaba perdida.

—Gracias —le dijo por fin cuando consiguió recuperar la respiración—. Supongo.

Se quedaron tumbados en el césped que rodeaba la piscina escuchando los sonidos nocturnos de la selva. Opal pensó en la nueva vida que se abría ante ella como esposa de Domenic Silvagni. Esa noche se había convertido en su mujer. y había resultado ser un amante increíble, incluso para alguien con tan poca experiencia resultaba evidente. Desde luego no iba a ser ningún suplicio tener que compartir la cama con él.

Al día siguiente, Domenic organizó una cesta de picnic para la comida y se desplazaron en bote alrededor de la isla hasta una playa desierta. La arena era blanca e impoluta, el cielo azul claro y el mar celeste.

Juntos se adentraron en el mar, donde Domenic no tardó en despojarla de su bikini bajo el agua. Después almorzaron sashimi, alitas de pollo al cilantro y una pequeña quiche, todo ello acompañado por champán. Y bajo la enorme sombrilla de rayas, hicieron el amor sensual y lánguidamente antes de caer rendidos el uno en brazos del otro.

Opal creyó que Domenic estaba descansando igual que ella, disfrutando de un momento de inusual tranquilidad en una vida siempre centrada en el trabajo. Había pensado que sería muy difícil desconectar, pero él se había encargado de conseguir que lo hiciera. Ahora Clemengers le parecía un lejano recuerdo comparado con las emociones que estaba viviendo.

Pero entonces él se movió incorporándose de pronto.

—¿Cómo murió tu madre?

—Pues… —titubeó ella sorprendida por tal pregunta—. Realmente no estoy del todo segura.

Él la miró con el ceño fruncido y ella se encogió de hombros.

—Sé que suena extraño, pero es cierto —trató de explicarle incorporándose también y jugueteando con la arena—. Yo entonces sólo tenía nueve años, pero sabía que llevaba mal mucho tiempo. Era profunda mente infeliz en su matrimonio. Entonces una noche oí discutir a mis padres, se gritaban el uno al otro. No era raro oídos discutir cuando estaban juntos. Normalmente mi madre suplicaba, mi padre gritaba y después ella lloraba. Pero aquella vez era diferente.

Yo estaba tan asustada…

Opal respiró hondo, apretando el puño lleno de arena.

—El caso es que al día siguiente ella trató de acabar con todo… nadie me contó nunca los detalles, supongo que intentaban protegerme. Llegó una ambulancia y se la llevaron al hospital, pero yo creí que se pondría bien.

Tiró los granos de arena con furia antes de levantar la mirada hacia él.

—¡Me dijeron que se pondría bien! Pero me mintieron. Jamás volvió a casa y yo nunca tuve la oportunidad de decirle adiós. Mi padre no nos dejó ir al funeral y no volvió a hablar de ella nunca más.

Domenic se acercó un poco más para tomarla de la mano.

—Erais muy pequeñas.

—Puede ser. Al menos yo la recuerdo, las gemelas sólo tenían cuatro años y no recuerdan absolutamente nada de ella. Desde entonces pasaron por casa multitud de niñeras.

Suspiró aliviada por el contacto de su mano. La historia de su madre le había enseñado una lección muy importante; debía protegerse y no entregar su corazón jamás. Era una lección que había seguido toda su vida y gracias a la cual había escapado de muchas cosas. Hasta ahora. Domenic había despertado en ella sentimientos que desconocía y había encontrado la manera de traspasar su coraza.

Ya no lo odiaba, de hecho ansiaba sus caricias, sus abrazos. ¿Cuánto tardaría en desear algo más profundo?

Retiró la mano y se tumbó de espaldas perdiendo la mirada en el cielo en un intento de alejarse de tan peligrosos pensamientos.

—Cuéntame algo de tus padres —le pidió para cambiar de tema —. ¿Les dio mucha pena no poder estar en Sydney para la boda?

—Les resultó imposible por el tratamiento de mi padre —contestó él tumbándose junto a ella—. Ya te dije que tiene cáncer. Ya lo operaron, pero ahora le están dando quimioterapia. Parece ser que todo va bien —añadió respirando hondo—. Lo que sé es que están deseando conocerte en diciembre, cuando celebren su cincuenta aniversario.

—Cincuenta años es muchísimo tiempo —dijo ella—. Me resulta difícil imaginar que una pareja pueda estar tanto tiempo junta, y menos aún siendo feliz. Supongo que se necesita sentir un amor muy especial.

—¿Quién sabe? —dijo escuetamente incorporándose de golpe—. Deberíamos irnos ya —anunció poniéndose en pie para comenzar a recoger las cosas inmediatamente.

Durante el camino de vuelta él remó en silencio mientras ella se preguntaba qué habría hecho para hacedle sentir tan incómodo de repente.

Afortunadamente, cuando llegó la hora de la cena habían recuperado la armonía y charlaron animadamente mientras disfrutaban de un delicioso marisco y un delicado sauvignon blanco australiano.

Dos días más de tranquilidad y placer se sucedieron en la paradisíaca isla de Bedarra y Opal disfrutaba de un sentimiento de indolencia que no había experimentado antes. Los relojes y el tiempo no tuvieron utilidad alguna para ellos hasta la noche antes de marcharse. Pasearon por la playa a la luz de la luna y después regresaron al bungalow con la intención de darse una ducha 'juntos y la expectativa de otra noche de pasión desenfrenada.

Opal sabía que las cosas cambiarían al regresar a Sydney. Aquellos días habían puesto su relación a otro nivel… el nivel sexual, y le habían mostrado una faceta de la vida cuya existencia desconocía. ¿Se habría dado cuenta él de lo mucho que la había cambiado ya?

Domenic salió de la ducha después de ella, con aspecto fresco y radiante y frotándose el pelo con la toalla. Ella lo observó ya metida en la cama, impaciente por que acudiera a su lado, ansiosa mientras se deleitaba con la visión de su torso firme, de sus muslos fuertes… Se dirigió al armario para sacar unos calzoncillos de seda negra que se puso lentamente.

Opal sintió cómo se le quedaba la boca seca ante tan delicioso espectáculo.

—¿Por qué te pones eso? —le preguntó por fin.

Domenic se acercó a la cama con una malévola y sexy sonrisa en los labios.

—Creo recordar que te gustaban los hombres con ropa interior.

—Ya no —respondió ella tirándole del brazo hasta que lo colocó encima de su cuerpo—. Quítatelo.

Se despertó a la mañana siguiente y lo primero que hizo fue mirado a él. Allí dormido y con la barba de cuatro días que se había dejado, tenía más aspecto de pirata que nunca, un pirata duro y peligroso. Un pirata que había sido suyo al menos durante unos pocos días. Habían compartido cuatro maravillosos días con sus increíbles noches durante los cuales sólo había habido una ligera tensión. Aquello la hizo pensar que quizá, sólo quizá, hubiera alguna posibilidad de que aquello funcionara.

Entonces regresó el miedo que le producía la realidad. Aquél era el mismo hombre que había pasado su noche de bodas con otra mujer. Ella no era más que la mujer que debía darle un hijo. ¿Cuánto tiempo le regalaría su presencia en su cama después de que hubiera conseguido su objetivo?

Trató de tragar el nudo que se le había hecho en la garganta. En realidad tenía suerte; las cosas podían ser mucho peores. Mientras no se enamorara de él, lo que hiciera no le haría daño. No podía fingir que no le importaba, pero era únicamente una cuestión de orgullo, su corazón seguía a salvo.

Así que por el momento aprovecharía todo lo que él le ofrecía. Por de pronto ya la había enseñado a sentir cosas completamente nuevas y había creado en ella un ansia por aprender más y más. Ella sería una alumna aventajada y quizá algún día ese tiempo que habían pasado en Bedarra se convirtiera en un recuerdo muy especial para ellos. Desde luego, para ella ya lo era.

No lo comprendía. Si no estaba embarazada debería haber tenido ya el periodo. Hasta había empezado a sentirse diferente en los últimos días, o al menos eso le había parecido. Quizá lo había imaginado por las ganas que tenía de quedarse embarazada. O quizá su cuerpo seguía algo alterado por todas las emociones acontecidas en las últimas semanas. No sería nada raro.

Domenic iba a sentirse decepcionado. Pero en realidad sabía que era mucho esperar quedarse embarazada en el primer mes. Algunas parejas tardaban meses, incluso años en conseguido. ¿Qué pasaría si había algún problema? Su marido había dado muchas cosas por sentado a la hora de elegir esposa.

Tiró a la basura la desperdiciada prueba de embarazo y se quedó mirando la imagen que le devolvía el espejo, sorprendida de cómo había cambiado su manera de pensar en tan poco tiempo. Hacía sólo un mes la idea de tener un hijo, especialmente si era el de Domenic, le habría resultado deplorable. Y sin embargo allí estaba, desesperada por ver aparecer esa rayita azul…

Lo cierto era que en ella habían cambiado muchas más cosas de las que jamás habría podido imaginar, aunque en su imagen no se percibiera nada. El matrimonio la había transformado, pero sobre todo había sido Domenic el que más la había cambiado. Y no era sólo por haber hecho el amor con él, aunque eso siguiera resultándole tan apasionante como en aquellos primeros días. No, trabajar junto a él le había hecho apreciarlo de otra manera. Era un ejecutivo consumado; seguro, directo y capacitado para tomar cualquier decisión de un modo rápido y efectivo. La campaña de marketing. Dos semanas después, Opal estaba de pie en el enorme baño de mármol mirando confundida aquella rayita blanca. Debería haber aparecido una línea azul, pensó buscando una luz más potente. Nada, allí no se veía nada. estaba resultando un éxito que ya estaba reportando beneficios a ambos grupos hoteleros. Desde luego la decisión de proponerle invertir en Clemengers había sido providencial. y aunque Silvers no tuviera la plantilla unida y familiar de Clemengers; era obvio que los trabajadores respetaban a Domenic, a pesar de que era un jefe exigente y a veces tremendamente duro. Tenía que admitir que ella misma había aprendido a respetarlo en el terreno laboral y con el paso de los días, aquel respeto aumentaba.

También él parecía diferente al hombre que había conocido aquel día en su despacho de Sydney y cada vez le resultaba más difícil no apreciar todas sus cualidades. Lo que no había descubierto era de dónde había salido aquella reputación de playboy que lo perseguía. Quizá sólo estuviera esperando a dejarla embarazada para volver a sus. costumbres. Prefería pensar que no era eso. Si

bien estaba mentalmente preparada para algo así, por algún motivo la idea de tener que compartirlo con alguna amante se le antojaba ahora de lo más odiosa. Se había engañado al pensar que podría vivir con su infidelidad porque ahora sabía que no podría.

Capítulo 10

BELLISIMA donna! —Guglielmo Silvagni le tendió los brazos abiertos a modo de bienvenida—. Domenic, no me habías dicho que tu esposa fuera tan guapa.

Apenas habían, salido del coche cuando sus padres se acercaron a saludarlos. Opal saludó encantada ante la presencia de aquella versión de su marido con más edad y el pelo gris. A sus setenta años, Guglielmo se guía teniendo el aura de poder, además de la altura y la belleza de su hijo; aunque por cómo le quedaba la ropa, era evidente que había perdido bastante peso últimamente.

.—¿ Cómo hiciste para conseguir que esta belleza se casara contigo? —preguntó en tono socarrón después de darle dos besos en las mejillas a su nueva nuera.

—No le quedó otra elección —respondió Opal antes de darle oportunidad de responder—. Venía en el mismo paquete que los hoteles.

Domenic le lanzó una mirada de advertencia, pero Guglielmo soltó una sonora carcajada.

—Vaya, hijo, siempre pensé que eras un buen empresario y esto lo demuestra. Pero sospecho que esta vez has encontrado la horma de tu zapato. Has hecho muy feliz a un viejo, querida.

—Pues preferiría hacerla muy feliz a usted, suegro —dijo Opal con una sonrisa de oreja a oreja.

Él se echó a reír de nuevo, aparentemente conmovido.

—y lo has hecho, de verdad. Más de lo que crees.

¿Qué te parece, Rosa?

Rosa Silvagni era una mujer de sesenta y cinco años que conservaba intacta toda su belleza y una elegancia que se plasmaba en algo tan sencillo como la amplia camisola y la falda que

destacaban su figura. Sonrió tomándole las manos entré las suyas.

—Dare il benvenuto a la famiglia. Bienvenida a la familia —tradujo antes de besarla como había hecho su marido y darle un fuerte abrazo.

—Grazzie —contestó Opal poniendo en práctica su limitado conocimiento de italiano.

—Habéis hecho un viaje muy largo y estás muy pálida. Déjame que le pida a María que os traiga algo de comer.

Opal no estaba del todo segura de necesitar comer. El largo vuelo desde Sydney unido al viaje en coche desde el aeropuerto hasta la villa que poseía la familia en Volterra, en medio del campo de la Toscana, la habían dejado sin fuerzas y algo mareada. Echó un vistazo a unas cómodas sillas que había bajo la parra del porche de la casa y se dio cuenta de que lo que necesitaba era descansar.

No había dado más de dos pasos cuando sintió que le daba vueltas la cabeza y las piernas le flojeaban y antes de que pudiera hacer nada, cayó al suelo redonda. A pesar de su insistencia de que no era más que los efectos del jet lag y que no quería causar problemas, enseguida la llevaron a la cama y llamaron a un médico. Una vez entre las suaves sábanas y bajo el edredón de plumas pensó que no había sido tan mala idea. El médico la reconoció a fondo y le hizo unas cuantas preguntas que no requirieron más que un sí o un no por respuesta. Después se marchó y ella cayó en un sueño reparador.

Algo le rozó los labios, algo cálido y delicioso que la hizo querer más. Abrió los ojos y se encontró con Domenic sentado a su lado.

—¿Qué tal te encuentras? —le preguntó acariciándole la mano.

—Mejor. Siento mucho haber causado tantas molestias nada más llegar.

Él negó con la cabeza y en sus labios apareció una tierna sonrisa.

—No es ninguna molestia. De hecho, he de decirte que mis padres no podrían estar más emocionados. La fiesta de mañana va a ser toda una celebración.

—¿Por qué?

—¿Es que no lo sabes? —susurró al tiempo que su sonrisa crecía iluminándole el rostro—. Creí que habías estado guardando el secreto. El doctor está completamente seguro. Vas a tener un bebé, cara. Mi bebé.

—¿Estoy embarazada? —Opal se pasó la mano por el vientre. Un niño. Un bebé creciendo dentro de ella… ¿Sería posible?

—Cree que debes de estar de unas ocho semanas.

_Pero la prueba… —le contó lo de la prueba de embarazo que se había hecho el mes anterior. Y aunque no había tenido el periodo, las molestias que había sentido en la última semana la habían convencido de que ese mes tampoco habían tenido suerte. Pero parecía que esas molestias eran signo de otra cosa… de que había un bebé creciendo dentro de ella.

—El médico dice que esos tests no son siempre fiables. —Pero dos meses —rebatió ella frunciendo el ceño—. Eso quiere decir que…

—Exacto. Quiere decir que lo concebiste durante la visita a la isla," posiblemente en nuestra primera noche juntos.

Opal asintió tratando de asimilar todo aquello.

—Ahora necesitas descansar. Pero quería darte las gracias, esposa mía.

Domenic la besó en la frente tomándole el rostro entre las manos, después en los. ojos y finalmente en la boca. Opal sintió un ligero mareo, no sabía si debido al cansancio o a la suavidad de aquellos besos. Quizá fuera la emoción de saber el placer que debía estar sintiendo él en aquel momento. También ella estaba satisfecha; había conseguido algo que creía que jamás experimentaría y había sido gracias a él. En aquel momento le parecía lo más especial del mundo. Lo cierto era que, por muy sorprendente que fuera, estaba realmente emocionada de llevar dentro de sí al hijo de Domenic.

¿Cambiaría su relación a partir de ese momento?

¿Sentiría algo más por ella? En el poco tiempo que llevaban juntos, ella ya había empezado a apreciar más y más al hombre con el que se había casado. Había un hombre muy diferente detrás del aspecto despiadado que había visto cuando la había obligado a casarse con él. El respeto que sentía por él en el terreno laboral unido al deseo sexual que despertaba en ella estaban haciendo que su idea de él se hubiera suavizado ostensiblemente. Si tenía que ser sincera consigo misma, debía decir que aquel hombre le gustaba, y no sólo un poco. Cómo habían cambiado las cosas. Le gustaba estar con él, charlar con él tanto como acostarse con él y todavía no

había hecho nada que diera fe de su fama de playboy. No había habido ni un solo incidente desde la noche de bodas, cuando ella misma lo había echado en los brazos de otra mujer, que la hiciera dudar de su integridad_

Ahora no lo echaría por nada del mundo. El sexo con él era maravilloso; disfrutaban igualmente de las noches, cuando pasaban horas exhaustos el uno en brazos del otro, y los momentos robados en la oficina, cuando a puerta cerrada un simple abrazo se les iba de las manos hasta que la pasión los consumía. Él estaba satisfecho con ella como amante, de eso no tenía ninguna duda. ¿Por qué iba a buscar en otro lado?

Quizá sus sospechas de traición habían sido infundadas. Quizá había dejado que el sufrimiento de su madre la hiciera esperar algo parecido en su propia vida. Quizá tenían alguna posibilidad de construir un matrimonio feliz. Sus besos eran tan tiernos, tan dulces, y sus palabras estaban tan henchidas de emoción que no le parecía la reacción de un hombre satisfecho con el cumplimiento de un contrato. Era algo más.

—Has hecho muy felices a mis padres —le dijo retirándose—. Es el regalo de aniversario perfecto. Nunca habría podido encontrar uno mejor.

Opal intentó ocultar la decepción. ¿Eso era todo?

¿Estaba contento con ella porque les había hecho un regalo a sus padres? ¿Acaso no se sentía feliz de haber creado algo muy especial juntos?

—No hay problema —dijo ella sonriendo con. Una alegría que no sentía—. Para eso estoy aquí, ¿no?

Ahora me gustaría descansar un poco.

Domenic la miró confundido.

—Muy bien —respondió apretándole la mano antes de levantarse de la cama—. Mañana es un gran día. Va a haber mucha gente deseando conocerte. Así que duerme bien.

Eso habría hecho si no hubiera tenido tantas cosas en que pensar. Iba a tener un hijo. ¡Un hijo! Eso ya no era una simple cláusula de un contrato, ahora se trataba de un niño que merecía lo mejor que ella pudiera— darle. Merecía un entorno donde reinara el amor. De ninguna manera iba a permitir que un hijo suyo creciera como ella lo había hecho; demasiado rápido y con

demasiadas tensiones a su alrededor. Aquel niño debía crecer con amor y armonía. No sería justo hacerla de otro modo.

Ojalá las cosas fueran diferentes entre ellos. Ojalá Domenic pudiera apreciarla como persona y sentir algo de afecto por ella en lugar de verla como una especie de incubadora. ¿Acaso era mucho pedir?

El día siguiente amaneció cálido y soleado y los preparativos de la fiesta ya estaban en marcha cuando Opal se levantó. Se encontraba mucho mejor y más relajada, aunque algunas de sus preocupaciones siguieran ahí. Lo que más le preocupaba era cómo había cambiado su forma de ver la relación con Domenic. No se trataba sólo de que ahora se llevara bien con él, aunque por supuesto lo agradecía enormemente; lo que no entendía era porqué de pronto necesitaba tanto que la relación se basara en algo más que la tolerancia. Seguramente era por el niño, ¿pero sería sólo por eso?

Para alguien que había jurado una y mil veces, que aquel hombre nunca podría hacerle daño, la pregunta era desconcertante…

Afortunadamente, no tuvo más tiempo para reflexionar porque enseguida se metió de lleno en la celebración de Guglielmo y Rosa. Se trataba de una enorme fiesta a la que parecía haber asistido la mayoría de los habitantes de la región. Y parecía que no iba a sobrar nadie, a juzgar por la cantidad de comida que se podía ver en las largas mesas cubiertas por manteles blancos. Había antipasto, pasta de todos los , tipos y ensaladas. El suculento aroma del cordero asado en espeto llenaba el ambiente donde la conversación y las-risas corrían a raudales.

Multitud de gente se acercó a ella para darle la enhorabuena y felicitarlos a ambos por la boda y por el bebé. Parecía que allí las noticias se propagaban a la velocidad de la luz.

Domenic se quedó junto a ella, rodeándola con sus brazos en un gesto de posesividad y presentándola a sus familiares y amigos por igual. Constantemente le preguntaba si se encontraba bien o estaba cansada, pero lo cierto era que después de haber dormido tanto durante la noche y con la calurosa bienvenida que le había dado todo el mundo, resultaba casi imposible no encontrarse bien.

Cuando pensaba que ya había conocido a todo el mundo y que

por fin había llegado el momento de sentarse a descansar con un buen vaso de limonada, alguien se acercó diciendo su nombre. Otro hombre que no conocía con una mujer agarrada de subrazo… —¡Sapphire! —gritó entusiasmada—. ¿Qué estás haciendo aquí? No sabía que fueras a venir.

Sapphy la besó efusivamente y le presentó a su acompañante, Paolo, «un buen amigo», antes de lanzar una mirada de complicidad a Domenic.

—Yo tampoco lo sabía hasta ayer. Tu guapísimo marido lo organizó todo para darte una sorpresa. Opal lo miró con cierto recelo, pero tenía los ojos ocultos tras las gafas de sol.

'¿Eso hizo?

Claro. Está loco por ti, ya lo sabes. Especialmente ahora que el bebé está en camino. Enhorabuena.

Volvió a mirado en busca de una confirmación, pero no adivinó nada en su lánguida sonrisa. ¿Cómo podía ser tan detallista un momento y tan insensible' al siguiente? ¿Qué debía pensar?

Había sido tan generoso al invitar a Sapphy a la celebración, tan dulce e inesperado. Sería una maravilla pensar que lo había hecho por lo que sentía por ella, por lo que sentía realmente, no porque quisiera presentarla como su esposa y la futura madre de su hijo. Opal sabía que la valoraba, pero la conversación de la noche anterior le había dado a entender que el papel que desempeñaba en su vida no iba más allá del de la mujer que le calentaba la cama y gestaba a su futuro hijo. Todo lo demás no era más que la imagen refinada que ofrecía al exterior para que todo el mundo creyera que eran la pareja perfecta. Una imagen que ella misma había contribuido a crear del mismo modo que él. Y por mucho que le gustara ver allí a su hermana, le dolía que ambas familias entraran en el engaño que era su matrimonio.

Pero no tenía por qué ser así, algo dentro de ella le decía una y otra vez que debía de haber algo que ella pudiera hacer.

Por la tarde Rosa acudió a buscarla y con la excusa de enseñarle el jardín, la apartó de la multitud. Agarradas del brazo, las dos mujeres pasearon por las propiedades de la familia, por los viñedos ahora sin hojas y por la hilera de pinos que delimitaba la finca colina abajo y finalmente llegaron a los macizos de romero, cerca de los cuales había un cenador desde el que se veía el valle contiguo

y a lo lejos la ciudad de Volterra.

—Nuestras familias han vivido en este valle desde hace generaciones —dijo Rosa sentándose—. Tenemos una casa en la ciudad, pero éste siempre será nuestro hogar.

—No me extraña lo más mínimo —respondió ella dejándose llevar por la tranquila belleza del paisaje—. Es una belleza.

Rosa sonrió y le tomó la mano.

—Tú también, querida. Quería decirte cuánto significa para nosotros que estés aquí. Gracias por hacer que esta fiesta fuera tan especial.

—Gracias por hacerme sentir tan bien. Siento mucho que no pudieran ir a Sydney para la boda —titubeó unos segundos buscando las palabras que pudieran describir su inusual noviazgo—. Todo ocurrió tan deprisa.

—Lo comprendo —le dijo su suegra apretándole la mano con cariño—. No habríamos podido hacer un viaje tan largo, como ya sabes, a Guglielmo todavía le estaban dando quimioterapia. Estábamos atravesando un momento muy difícil y la noticia de que Domenic por fin había encontrado una esposa alegró mucho a su padre. Y ahora también tenemos un bebé en camino. Es toda una bendición, una auténtica bendición. Estoy segura de que ahora se recuperará mucho más rápido —Opal la vio secarse una lágrima de la mejilla—. Los hijos son una bendición de Dios —añadió ya con la voz quebrada por la emoción.

Entonces fue Opal la que apretó la mano de Rosa sin decir nada porque tenía la sensación de que era ella la que necesitaba más hablar.

—Yo tenía quince años cuando me casé con Guglielmo. Estaba tan nerviosa, era la primera vez que nos veíamos, pero él era tan guapo y tan alto que no pude hacer otra cosa que enamorarme de él —recordó sonriente—. Seguramente te suene muy extraño que fuera un matrimonio arreglado.

Opal sonrió sin querer decide que los tiempos no habían cambiado tanto.

Pero después de cincuenta años seguimos juntos y enamorados. Yo sólo quería darle un hogar feliz, lleno de niños y risas —hizo una pausa antes de continuar—. Pero no fue eso lo que ocurrió. Lo intentamos durante años sin éxito y casi habíamos desistido cuando

me quedé embarazada. Guglielmo estaba tan contento. Cuando estaba de seis meses perdí el bebé —dijo llorando sin contenerse—. Pensé que no podría superar aquel golpe… Hasta que volvió a ocurrir el milagro y volví a quedarme embarazada. Esa vez Guglielmo no quiso arriesgarse; fuimos a los mejores médicos y tuve los mejores cuidados, incluida una larga temporada en el hospital, donde no me dejaban hacer absolutamente nada —se rió tímidamente—. Me habría vuelto loca si no hubiera deseado tanto a ese niño. Por fin llegó el momento del parto.

Guglielmo estaba a mi lado cuando algo empezó a ir mal y tuve convulsiones. Domenic nació por cesárea y después de eso los médicos me recomendaron que no intentara tener más hijos —concluyó la historia con un suspiro—. Así que entenderás, querida, que la noticia de ese niño nos haga tan felices. Sobre todo a Guglielmo, le has dado la mejor medicina del mundo. Es más que eso, le has dado una razón para vivir. Por eso estamos tan contentos de que seas parte de la familia. Es el mejor regalo que podríais habernos hecho… el regalo de la vida.

Opal sonrió mientras intentaba controlar sus propias emociones. Como se veía incapaz de hablar, abrazó fuerte a su suegra. Aquella mujer había pasado por tantas cosas que era natural que tuviera el corazón destrozado.

Para ella había sido tan fácil quedarse embarazada… y sin embargo para Rosa y Guglielmo significaba tanto. Eso era a lo que se había referido Domenic la no¡:,;he anterior cuando le había dicho que su embarazo era el mejor regalo para sus padres. Ahora comprendía lo importante que era para él tener un hijo y por qué lo había incluido en el contrato a última hora. Lo había hecho por amor a sus padres y la había elegido a ella para llevar aquel regalo.

Era toda una responsabilidad y ahora se daba cuenta de que se sentía orgullosa de haber sido elegida para afrontada. Cerró los ojos con fuerza. ¿ Cómo podía culpar a un hombre por estar dispuesto a llegar tan lejos para hacer felices a sus padres? ¿Cómo podría no amar a un hombre así?

Abrió los ojos de golpe al darse cuenta de lo que acababa de pensar. ¿De dónde había salido aquella idea? Ella no lo amaba.

El amor no tenía nada que ver con la relación que había entre ellos.

Claro que se había molestado cuando se había marchado de la habitación la noche anterior, pero eso había sido porque estaba muy sensible. Acababa de enterarse de que estaba embarazada, quizá le había molestado que Domenic estuviera más contento por lo que significaba para sus padres que por ellos dos, pero entonces ella aún no conocía su historia. Y desde luego eso no quería decir que esperara un final de cuento de hadas.

«Mentirosa», le dijo su corazón. ¿Por qué si no Domenic había pasado de parecer un enemigo a convertirse en su compañero? ¿Por qué si no ansiaba tanto sus caricias, sus tiernas palabras cuando la abrazaba por las noches?

¿Por qué si no, sino por amor? El descubrimiento le cortó la respiración. Eso no era lo que se suponía que debía ocurrir. Se había prometido a sí misma que jamás le entregaría su corazón. Pero había ocurrido.

—¿Qué ocurre, querida? —le preguntó Rosa percibiendo algo extraño en su mirada.

Opal se quedó allí sentada, buscando la manera de responder, tratando de pronunciar palabras desconocidas para ella.

—Amo a Domenic —dijo en un susurro—. Estoy enamorada de su hijo.

Rosa se echó a reír al tiempo que se ponía en pie y dándole un beso en la frente antes de ponerse recta.

—Eso no hace falta ni que lo digas. Se ve en tus ojos cada vez que lo miras —volvió a agarrada del brazo cuando ella se hubo levantado y la abrazó fuerte—. Ahora deberíamos volver antes de que todos crean que nos hemos perdido.

Las siguientes dos semanas en Italia fueron maravillosas. Aquella familia aceptó a Opal como si hubiera nacido en ella. Guglielmo parecía estar más fuerte cada día, había ganado peso y las ojeras habían desaparecido de su rostro. Obviamente, Rosa había percibido aquellos cambios con felicidad y estaba disfrutando del ambiente familiar que tanto había deseado toda su vida.

Por su parte, Domenic no podría haber estado más atento. Había concertado una cita con un especialista de Volterra que le.confirm lo que ya le había dicho el otro médico; todo estaba en orden. De vuelta a casa habían parado en una trattoria donde habían comido

una deliciosa pasta y habían comentado la visita al médico y habían pensado posibles nombres para el bebé, incluso habían discutido cuántos hijos debían tener.

Domenic no paraba de hacer planes de futuro; él quería tener más de un hijo si era posible porque quería que tuviera la compañía que a él le había faltado en su infancia. Opal no tenía nada en contra de aquella idea, pues a ella le resultaba imposible imaginar la vida sin hermanos. Por supuesto no quería que su hijo creciera solo.

A veces le daba risa pensar que no hacía tanto tiempo era una soltera empedernida y ahora estaba discutiendo cuántos hijos quería tener como si eso hubiera sido siempre su plan de vida. Sus conversaciones no se limitaban a la familia, también habían hablado de arquitectura, política, moda, restaurantes, por supuesto hoteles y todo lo que se les pasara por la cabeza. Era como si tuvieran que compensar por todos los años que habían pasado antes de conocerse. Por fin estaban conociéndose el uno al otro.

El único tema que parecía quedarse al margen de sus largas charlas era el amor. No podía confesarle lo que había descubierto el día de la fiesta, ya le resultaba bastante difícil aceptarlo como para tratar de hacérselo entender a él. Al fin al cabo, ella era la que había prometido que jamás se enamoraría de él, y a él le había parecido bien. Domenic no necesitaba que ella lo amara. El propósito de su trato era formar una familia, ninguna cláusula los obligaba a amarse.

Por eso no se lo había dicho por mucho que deseara hacerlo; de todos modos, no, estaba segura de haber podido encontrar las palabras para hacerlo. El tampoco hablaba, jamás del amor. Opal sabía que estaba contento de cómo estaban saliendo las cosas, ya había conseguido todo lo que esperaba del matrimonio.

Cuando estaban en la cama, Opal olvidaba todas esas preocupaciones. Allí, la pasión se apoderaba de ellos. ¿Quién necesitaba hablar de amor haciéndolo todas las noches?

Pasaron las Navidades en la Toscana y Sapphy se unió a ellos junto a Paolo. Fue Domenic el que insistió en que Ruby también pasara con ellos las vacaciones y aunque lo tenía más difícil que Sapphy, que vivía en Milán, acudió encantada. Rosa no cabía en sí de gozo al ver su casa llena de gente y de alegría.

Opal tampoco había sido nunca tan feliz, las Navidades no habían sido nunca así en su casa y el matrimonio no se parecía a nada de lo que ella había imaginado. Ahora le parecía imposible haber temido que Domenic le fuera infiel; incluso le parecía una locura que hubiera sido un playboy en algún momento de su vida. Aunque no la amara, estaba segura de que por nada del mundo estaría dispuesto a poner en peligro a su nueva familia. Jamás pondría en peligro todo lo que habían conseguido y toda la felicidad que les habían proporcionado a sus padres.

Aunque no la amara, Opal podía al menos disfrutar de esa certeza.

Capítulo 11

SYDNEY resultaba demasiado caluroso y agobiante después de la fresca y frondosa Toscana.

Opal se metió de lleno en el trabajo de Clemengers, más feliz y satisfecha de lo que había estado en muchos años. Los tres hoteles estaban funcionando a la perfección y los empleados estaban encantados. Y parecía que la fusión también había beneficiado a Silvers; seguramente el intercambio de ideas era la base del progreso de ambas cadenas.

Su única preocupación era Pearl's Place. En el refugio sólo habían quedado unas pocas residentes tras las Navidades. Sin embargo, Jenny Scott y su hija habían tenido que regresar después de que el edificio al que se habían trasladado fuera pasto de las llamas.

No se había encontrado el origen de dicho incendio, quizá algún cortocircuito en las luces de Navidad, pero la policía tenía algunas sospechas. Ahora que estaba de vuelta, Opal podría ponerse al día con el refugio e incluso tratar de encontrar un lugar mejor, como ya había planeado antes.

Aquella tarde estaba leyendo el último informe de Deirdre Hancock cuando Domenic entró en su despacho después de llamar y cerró la puerta con cerrojo.

Opal no había previsto verle en todo el día, pero cerró el informe justo en el momento en el que él le levantaba la barbilla para darle un beso en la boca.

—Hola —susurró ella encantada con la sorpresa justo antes de recibir un segundo beso. Esa vez lo hizo con los labios entreabiertos y rozó su lengua con la de él, haciendo que se le acelerara el pulso y le subiera la libido automáticamente.

Jamás se acostumbraría al efecto que, ejercía sobre ella, con cada beso reaccionaba como SI fuera la primera vez, sólo que cada vez era mejor porque ahora sabía lo delicioso que era yeso la hacía desear más y más.

—Hola —le dijo con voz profunda como su deseo—. ¿Estás ocupada? —preguntó sin apartar los labios más que unos milímetros.

—¿Qué ibas a proponerme? _respondió ella con una sonrisa que anticipaba algo excitante.

—¿Qué te parece un poco de romance en la oficina? _ontinuóé1 acariciándo1e el cuello.

Un escalofrío de placer la recorrió de arriba abajo. Habían hecho el amor por la mañana antes de desayunar y ya volvía a desear1a. Sólo esperaba que aquel ansia que sentí_ por ella nunca cambiara.

Domenic la agarró de la cintura y la puso en pie; un segundo después le había desabrochado la falda y la había dado la vuelta de forma que se quedó mirando al escritorio, jadeando por la excitación de sentir sus manos sobre su cuerpo, buscando sus pechos y colándose por debajo del sujetador hasta dar con ellos. El embarazo había hecho que tuviera los senos más grandes, firmes y sensibles de lo habitual, lo que provocaba que ambos sintieran aún más placer. Mientras, su ardiente boca le besaba el cuello con impaciencia y su cuerpo se apretaba contra el de ella, haciéndo1e sentir su poderosa excitación. Opa1 era consciente del deseo que provocaba en él yeso a su vez la hacía sentirse más atractiva y carnal.

E11a había hecho así, había transformado a una inexperta virgen en su esposa, su compañera, su amante… Y había despertado en ella el mismo ansia animal que sentía él en momentos como ése.

Poco a poco le fue arremangando la falda para alcanzar la parte superior de las medias, y gruñó al notar que llevaba puestas las ligas que él mismo le había regalado por Navidad. Una vez allí, su mano se coló entre las piernas e intentó deshacerse del diminuto tanga. Ella se movió para ayudarlo con la impaciencia que él le había contagiado. Quería tenerlo dentro, poseyéndo1a por completo.

Entonces retiró las manos un instante, Opa1 oyó el sonido de la

cremallera y enseguida volvió a disfrutar del tacto de sus manos sobre su espalda. No tardó en entrar en ella con un gruñido de placer, el mismo placer que estaba provocando en ella con sus movimientos.

La rodeó con los brazos para llevar1a hasta la cima de la pasión junto a él, donde un calor los unió hasta que el volcán que ambos llevaban dentro entró en erupción en un crescendo arrebatador.

Domenic se dejó caer sobre ella encima del escritorio, los dos exhaustos y sin aliento. En aquel momento Opa1 se moría de ganas de decírselo, de decirle cuánto significaba para ella. Él se había metido en su vida a la fuerza y después le había demostrado lo maravilloso que podía ser el mundo, le había enseñado a hacer el amor e incluso le había dado la promesa de un hijo.

Pero el mayor regalo que le había hecho era el haberle enseñado a sentir. Y ahora ella lo necesitaba como al aire que respiraba.

Lo amaba.

La ayudó a levantarse para inmediatamente estrecharla entre sus brazos. Ella lo miró, quería vedo bien cuando se lo dijera. «Te amo». No podía ser tan terrible. Su boca estaba a punto de emitir aquellas palabras cuando algo la hizo titubear, de pronto le dio miedo.

¿ Qué pasaría si él seguía sin querer su amor? ¿O si sencillamente no le importaba? Ya tenía su cuerpo, ¿era necesario que supiera que también tenía su corazón?

En ese momento su boca volvió a apoderarse de la de ella, pero esa vez con dulzura, con una increíble ternura que la hizo cerrar los ojos y zambullirse en las sensaciones que él le despertaba con un mero beso.

—Bueno —le dijo entonces separándose un poco—. ¿ Qué opinas del romance en la oficina? —preguntó con una gran sonrisa en los labios.

—Pues que deberíamos practicado más a menudo. Él se echó a reír suavemente.

—Estoy de acuerdo. Pero tendrá que ser cuando vuelva. Me marcho esta noche.

—¿Te vas de viaje? ¿Tan pronto? —dijo ella deshaciéndose de su abrazo. No le había dicho que tuviera ningún viaje previsto y en dos días llegaría el día de Fin de Año. Había planeado en secreto una cena romántica en la suite del ático, desde donde podrían ver

los fuegos artificiales sobre el puerto de Sydney. Así empezarían bien el nuevo año. Sería como empezar de nuevo para los dos—. ¿Por qué tienes que marcharte?

—Tengo que ir a Londres por negocios. De verdad tengo que ir.

—Ah —respondió dándose la vuelta con la excusa de adecentar un poco su aspecto. Él estaba al frente de un importante imperio hotelero yeso implicaba viajar mucho—. ¿Hay algún problema?

—Nada por lo que debas preocuparte. Lo solucionaré y enseguida estaré de vuelta.

—Pero… ¿tiene que ser ahora?

—Me temo que sí.

Domenic se acercó a ella y le dio un beso en la frente.

—Salgo dentro de dos .horas. Sólo he pasado por aquí para despedirme.

—No tenías que haberte molestado —contestó tratando de parecer imperturbable por su inminente marcha, aunque por dentro se sintiera perdida—. Podrías haberme mandado un e-mail.

—Siempre haces eso; ¿verdad? —le dijo enarcando las cejas…

—¿El qué? —preguntó falsamente animada.

—Hacer como si algo no te importara, cuando en realidad sí que te importa.

—¿A qué te refieres?

—Está claro que no te hace gracia que me vaya.

¿Por qué haces como si no te importara?

—¿Quién dice que no me hace gracia que te vayas?

Por supuesto echaré de menos el sexo —replicó riéndose—. Pero claro, eso es todo lo que hay entre nosotros; sexo y este niño —añadió pasándose la mano por el vientre.

—Dices eso como si ese niño fuera una especie de maldición. Una obligación.

—¿Acaso no lo es? —preguntó con incredulidad—. Lo cierto es que yo no tuve elección, tú no me diste otra opción. Tuve que aceptar un matrimonio que no quería y el hijo que tú querías. Ahora que ya he cumplido las dos condiciones de tu contrato… no te debo nada más. Y desde luego no te debo ninguna explicación de lo que siento.

—¿A qué viene hablar ahora del contrato? Fuese como fuese, el caso es que ahora estamos casados y vas a tener un hijo mío.

—Hablo de ello porque jamás nos habríamos casado si no hubiese sido por ese contrato. El contrato, por cierto, que tú redactaste. Y este niño —volvió a ponerse la mano en el abdomen representa el cumplimiento de otra de las cláusulas de ese contrato. Todo es tan artificial…

—Comprendo —ahora era él el que trataba de parecer tranquilo, pero el agitado movimiento de su pecho denotaba algo muy diferente—. Tienes razón. Eso es todo lo que hay entre nosotros —dijo dirigiéndose hacia la puerta—. Ya te haré saber cuándo vuelvo. Quizá esta vez sí te mande un e-mail.

Y desapareció cerrando la puerta tras de sí. «¡Estúpida! ¡Estúpida! ¡Estúpida!»

Opal se quedó allí parada, temblando como una hoja a punto de caer mientras se preguntaba qué demonios le había pasado. Había estado a punto de decirle que lo amaba e inmediatamente después se había puesto como una fiera, atacándolo y haciéndole creer que lamentaba haberse casado con él.

Pero él le había dado la razón. Había estado de acuerdo con ella en que lo único que los unía era aquel contrato. Había tenido la oportunidad de decirle si significaba algo más para él que una mera adquisición comercial. Pero había preferido no aprovechar esa oportunidad. Le había dicho qué significaba para él sin necesidad de decir ni una sola palabra.

Sexo fácil y una máquina de hacer bebés.

Eso era todo lo que era para él. ¿Cómo era posible que hubiese estado a punto de decide que lo amaba? i Qué tremendo error habría cometido!

Pero, ¿por qué se atormentaba?, se preguntó enjugándose una lágrima. Desde el primer día había sabido cómo serían las cosas entre ellos. Debían de ser las hormonas lo que la hacía pensar así, esperar cosas que no podían suceder.

Domenic se había marchado y ella tenía trabajo. Se dirigió a la mesa, abrió el informe de Oeirdre Hancock y trató de volver a concentrarse en aquel montón de palabras.

Capítulo 12

Ella se echó a reír con tal estridencia que hizo que le rechinaran los dientes.

—Tengo espías por todas partes —confesó intentando abrir la botella—. Alguien te vio en el aeropuerto y estaba segura de que te encontraría aquí. ¿No es una suerte que estemos los dos en Londres en Fin de Año? ¿Es que no te alegras de verme?

Sacó el corcho con la maestría de una veterana en la materia y se echó a reír de nuevo.

—¡Rápido! ¡Las copas! —Domenic se acercó a un aparador y sacó una copa—. ¿Sólo una? —preguntó ella con los ojos abiertos de par en par—. ¿No vas a brindar conmigo por el año que empieza? Me hizo tanta ilusión cuando me enteré de que estabas aquí.

—No, yo no quiero —le dijo él escuetamente—. De hecho, creo que sería mejor que te marcharas. Estoy esperando a alguien que debe de estar a punto de llegar.

Emma se quedó paralizada con la copa en los labios y lo miró con desconfianza.

—¿Una mujer?

—Pues sí.

Sus calculadores ojos brillaban de rabia y celos. ¿Cómo la habría encontrado atractiva en otro tiempo? Era una mujer objetivamente guapa, pero a pesar de esa llamativa apariencia, no tenía la chispa de Opal, ni su fuerza, ni su carácter. Su cuerpo no tenía la calidez de las curvas de Opal, que se amoldaban a él a la perfección. Vaya, parecía que la echaba de menos más de lo que habría creído.

—Así que lo de la australiana se acabó. Sabía que no duraría.

—Mi esposa —comenzó a decir llevándola del brazo hacia la

puerta—, está en casa, en Australia y está esperando nuestro primer hijo.

Capitulo 13

DOMENIC se sirvió un whisky sin apartar la mirada del reloj. Las nueve de la noche. Ella estaría a punto de llegar. De la calle llegaba el estruendo de las celebraciones de Fin de Año de Covent Garden. Se acercó hasta las enormes ventanas del hotel Silvers de Londres y observó la colorida iluminación navideña. En Sydney sería ya de día. ¿Sospecharía algo Opal? No, seguramente no. Él no había dicho ni hecho nada durante las últimas semanas que pudiera delatarlo. De hecho, creía que se había comportado como el marido ideal, pensó mientras apuraba las últimas gotas que quedaban en el vaso. Algo le decía que Opal no opinaba lo mismo.

Llamaron a la puerta. Bien, le gustaba que las mujeres fueran puntuales; especialmente cuando se trataba de una a la que tenía tantas ganas de ver.

—Dommy, querido —lo saludó ella echándole los brazos alrededor del cuello y sujetando una botella de Moet en una mano. Le dio un sonoro beso en la mejilla—. Me alegro tanto de verte.

—Emma —dijo él sujetándole los brazos al tiempo que comprobaba que ya había tomado una buena cantidad de champán. Sus besos volvían a buscar los de él, a pesar de que en el primer intento Domenic había conseguido escapar. Por fin consiguió apartarle los brazos y limpiarse el pintalabios de la cara—. ¿Cómo me has encontrado esta vez?

¿ Ya? —se volvió de golpe con una expresión de asco en el rostro—. Bueno, felicidades… supongo. Deberíamos brindar por ello —fue hacia donde había dejado la botella mientras él la esperaba junto a la puerta con los brazos en jarras.

—¿Has acabado?

—Está bien, sé entender una indirecta. Pero déjame antes que

me retoque un poco el maquillaje. ¿Eso no te importará, Dommy?

Se quedó allí esperando a que volviera del baño y a que saliera de su vida de una vez por todas.

Pero entonces volvió a sonar el timbre de la puerta. No necesitaba allí a Emma en aquel momento; no cuando había tantas cosas en juego. El timbre sonó una vez más. No podía arriesgarse a esperar que volviera del baño, la mujer que se encontraba al otro lado de la puerta quizá no esperara. Le había costado demasiado convencerla para que fuera como para asustarla ahora que estaba tan cerca.

Giró el picaporte y tiró de la puerta justo en el instante en el que sonó el teléfono.

¡Maldita sea! Quien fuera iba a tener que dejar un mensaje; en ese instante era más importante hablar con la mujer que se encontraba al otro lado de la puerta.

Apenas se dio cuenta de que el teléfono había dejado de sonar porque estaba demasiado ocupado observando todos los detalles de su visitante. Vestía de manera elegante, era de estatura media pero bien proporcionada, aunque el pelo grisáceo y las arrugas de su rostro revelaban la edad que tenía. Sin embargo, lo que más le llamó la atención fueron sus ojos, lo miraban con ese brillo que no acababa de definirse ni por el azul ni por el gris y con un pánico que les daba reflejos de otros colores. Le tomó la mano con la certeza de que lo había conseguido.

La había encontrado.

Emma eligió precisamente ese instante para salir del baño.

—¿La conozco? —preguntó sin apartar la mirada de la mujer y obviamente tratando de desvelar el misterio de su presencia—. No, me parece que no.

Domenic no tenía la menor intención de molestarse en presentársela, sólo quería que desapareciera de allí antes de que aquella mujer cambiara de opinión y huyera. Dio un paso hacia atrás para dejar pasar a Emma.

—Por cierto, he contestado al teléfono al ver que tú estabas ocupado.

—¿ Y? :-preguntó él impaciente.

—No han dicho nada —se encogió de hombros haciendo que sus pechos estuvieran a punto de desbordarse por el escote—. Han

debido de equivocarse —se dio media vuelta poniendo morritos de enfado, pero aún se volvió hacia él una vez más—. Ah, Domenic, debo decir que tu gusto en mujeres no está mejorando precisamente.

Domenic estaba acompañando a la mujer al interior de la habitación, pero se permitió despedirse de Emma en condiciones:

—Ahí te equivocas. Mi gusto en mujeres nunca ha sido mejor.

Opal se quedó mirando al teléfono desconcertada. La noche de insomnio y preocupaciones acababa de empeorar insospechadamente. Llevaba dos días pensando en la pelea, dos días recriminándose y flagelándose por su actuación. Había sido tan estúpido y tan infantil pelearse con Domenic antes de su marcha. Por eso había decidido llamarlo; lo llamaría para disculparse y desearle feliz año nuevo, además de decirle que estaba pensando en él y deseando que volviera.

Al principio había creído que la habían pasado con otra habitación, hasta que reconoció con un estremecimiento aquel característico acento estadounidense. Aquél había sido el momento en el que la noche de insomnio se había convertido en una pesadilla.

Emma estaba allí… en su habitación.

Había colgado y se había quedado mirando el teléfono y maldiciéndolo por ser el portador de tan terribles noticias. Tan devastadoras noticias.

Pero, ¿acaso era tan sorprendente? Siempre había sabido que era un playboy, sabía que las mujeres.

como ella no podían hacer felices por mucho tiempo a los hombres como Domenic; sobre todo no cuando ya estaban embarazadas y no era necesario seguir acostándose con ellas. Además, ¿con quién si no había pasado su noche de bodas? Desde luego no lo había hecho con su flamante esposa. No, la había pasado con Emma, igual que ahora estaba pasando la noche de Fin de Año. Eso explicaba su repentino viaje; estaba ansioso de reunirse con su amante.

Siempre había sabido que aquello acabaría ocurriendo, sabía; que aquel matrimonio no podía aportarle nada nuevo. No importaba lo que sintiera por él, no podía cambiarlo. Ya lo había

visto en sus padres y ahora estaba viviéndolo en propia carne.

Se tumbó en la cama desesperada. Había habido momentos en los que había llegado a pensar que podían hacer que funcionara, que podrían convertirse en una verdadera familia. Había habido momentos en los que incluso había creído que estaba a punto de decirle que la amaba, eso_ momentos en los que habían estado tan cerca que parecía que sus corazones se comunicaban.

Pero estaba equivocada. Todo había sido una farsa. Él jamás la amaría, no era capaz de hacerlo.

Y ella no podía quedarse allí por más tiempo. No podría vivir como lo había hecho su madre, no podría pasarse los días esperando a que él llegara a casa con la esperanza de que le dedicase el cariño que le sobrase después de haber estado con alguna amante. Ella no era lo bastante fuerte para sufrir esa humillación. Si él no la amaba, prefería marcharse.

Se puso la mano en el vientre pensando en la responsabilidad que tenía con su hijo; debía criarlo rodeado de amor, en una familia unida por el amor. No iba a permitir que tuviera una infancia como la suya, en una familia unida por la obligación, con una madre que estaba tan obsesionada por conseguir la atención de su marido que a veces se olvidaba de que sus hijas la necesitaban.

Se levantó de la cama y se apresuró al cuarto de baño con el tiempo justo para arrodillarse junto al inodoro presa de las náuseas.

No contestaba al teléfono, a ningún teléfono, y los empleados del hotel no la habían visto. Pero claro, era la mañana de Fin de Año y Opal podría estar en cualquier lugar. Sin embargo, Domenic estaba muy preocupado. Si había sido ella la que había llamado cuando Ernrna contestó al teléfono… ¡Merda! Ahora no podía ni pensar en eso.

Se había acostado muy tarde y en sólo unas horas embarcaría rumbo a Sydney. Antes debía dormir algo, pero no podía, no mientras no pudiera asegurarse de que Opal estaba bien. Se moría de ganas de verla, de ver cómo se le iluminaban los ojos. Pronto, muy pronto, pensó mientras volvía a marcar el número.

Su nueva habitación estaba en el primer piso y tenía vistas a la calle. Era pequeña pero al menos estaba limpia, y no 'había nada en

ella que le recordara a Domenie. Deirdre se había quedado de piedra al veda aparecer con la maleta, pero sólo había necesitado mirarla un segundo a la cara para llevarla a una de las habitaciones. Opal se sentía muy agradecida de que no le hubiera preguntado nada porque no habría podido explicar lo que le ocurría. Sobre todo porque no estaba segura de entenderlo ella misma.

Se tumbó en la cama y dejó la mirada perdida en el techo. Menos mal que nunca había hablado a Domenie sobre Pearl's Place. Necesitaría buscar algún sitio más permanente, pero por el momento allí estaba a salvo. Para cuando descubriera su secreto, ella ya se habría ido. Ahora tenía que pensar qué hacer.

Se adaptaría a la rutina del refugio, participaría en las tareas de limpieza y en todo lo que fuera necesario… pero antes tenía que dormir un poco.

La risa infantil se coló en la habitación. Brittany Scott estaba jugando con sus muñecas en el pasillo y el sonido de su risa le resultaba increíblemente relajante.

Opal sonrió por primera vez desde hacía varios días. Iba a tener un hijo. ¿Sería una niña? Sería bonito tener una hija… o un hijo, un niño también estaría bien. Se parecería a Domenic, se haría alto y guapo y le rompería el corazón a alguna mujer como lo había hecho su abuelo con su abuela, o su padre con ella,

Hundió el rostro lleno de lágrimas en la almohada y cerró los ojos tan fuerte como pudo. Había demasiados corazones rotos en el mundo. ¿Pero por qué tenía que ser el suyo uno de ellos?

El verano había llegado con fuerza. Los siguientes días fueron calurosos y húmedos, el sol golpeaba con una ferocidad reservada sólo para días especialmente abrasadores. Las calles estaban tranquilas porque la gente había acudido a la playa en busca de agua y algo de brisa o se había quedado en casa. Deirdre se había ofrecido a llevar a quien quisiera a la playa y casi todo el mundo había aprovechado la ocasión. Jenny Scott sin embargo había preferido quedarse en casa aquejada de una terrible migraña. Como Brittany se negaba a ir si no era con su madre, Opal había optado por quedarse a ayudar. En realidad, también prefería quedarse. No estaba preparada para enfrentarse a una multitud con ganas de diversión,

El refugio se quedó muy tranquilo cuando todas se hubieron marchado; Brittany estaba jugando en el rellano mientras que su madre se había tumbado en el suelo de baldosas en busca de algo de frescor. Opal se encontraba leyendo en la sala en penumbra, las cortinas estaban cerradas para impedir que entrara un solo-rayo de sol, y el único ruido que perturbaba tanta tranquilidad era el del ventilador. Todo estaba tranquilo y silencioso.

En el piso de arriba se oyó de pronto el sonido de un cristal al romperse y lo siguió una explosión que dejó en todo el edificio un tremendo olor a humo y gasolina. Después, el grito aterrado de un niño.

«¡Brittany!» Opal salió corriendo escaleras arriba en busca de la niña, pero ya no se podía pasar. Las llamas se habían apoderado ya del piso superior y el humo negro cubría el resto del espacio. La alarma de incendios saltó con un tremendo estruendo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jenny alarmada—. ¿Dónde está Brittany?

La niña volvió a gritar y Jenny miró hacia arriba con el rostro lívido.

—¡Dios mío! ¡Brittany! —intentó ir en su busca, pero Opal la detuvo.

—No podemos subir. Ve a la casa de al lado y llama a los bomberos.

—¡Mi niña! —volvió a gritar intentando deshacerse de Opal.

—Vamos, ve a llamar a los bomberos —insistió ella consiguiendo que esa vez Jenny le hiciera caso.

Ahora se oía el llanto de la pequeña, pero no había manera de llegar al piso de arriba con las escaleras en llamas…

—Brittany —gritó con la esperanza de que la niña pudiera oírla —. Ve a tu habitación y cierra la puerta. Los bomberos están a punto de llegar.

O al menos eso esperaba. Opal salió por la parte de atrás sin parar de toser; la habitación de Brittany estaba allí arriba, encima de la cocina. ¿Habría conseguido llegar?

«Deberían oírse sirenas». ¿Dónde estaban los bomberos? ¿Dónde estaba todo el mundo? Lo único que sabía era que no había tiempo. Miró a su alrededor buscando algo de utilidad en el diminuto patio.

Había una vieja escalera apoyada en la valla, parecía lo bastante

sólida como para aguantar su peso, así que sin pensarlo dos veces la llevó hasta la pared y la levantó. Se quedaba casi un metro por debajo de la ventana, pero al menos podría ver algo.

Volvió a mirar a su alrededor. ¿Dónde estaban las sirenas?

Respiró hondo. No tenía otra opción, tenía que subir. «No está tan alto», se dijo a sí misma tratando de no pensar en la posible caída. «No mires para abajo». Fijó la mirada en la ventana que se iba acercando poco a poco; por fin llegó al peldaño final y se asomó. Había sólo un pequeño hueco a través de las cortinas, la puerta estaba cerrada y el humo se colaba por debajo.

«Dios mío, que Brittany esté bien». Buscó con la mirada en todos los rincones de la habitación que alcanzaba a ver y por fin vio un zapato, una pierna. Estaba acurrucada bajo la cama, aterrada.

—¡ Brittany! —gritó poniéndose de puntillas con piernas temblorosas. La puerta parecía estar a punto de estallar, en cualquier momento el fuego irrumpiría en la habitación. Tenía que hacer algo y tenía que hacerlo rápido. La vida de la niña estaba en juego. Si Brittany hubiera sido su hija, le habría gustado pensar que alguien estaría dispuesto a intentar rescatarla.

Los vecinos habían empezado a asomarse a las ventanas, los más rápidos habían acudido con cubos y mangueras con las que intentaban alcanzar el edificio.

Pero todavía no había ni rastro de los bomberos. Iba a tener que arriesgarse. Buscó algo con lo que romper la ventana antes de que la puerta se fuera abajo. No]1abía nada, ningún ladrillo roto ninguna maceta… Finalmente decidió quitarse un zapato e intentarlo con el tacón, aunque era completamente plano. Afortunadamente, se rompió a la primera.

—¡Brittany!—gritó levantando la voz por encima del rugido del fuego—. Voy a entrar. Quédate donde estás.

Ahí abajo, pegada al suelo, habría todavía una pequeña capa de aire respirable. Todavía tenía una oportunidad. Pero las cortinas se interponían en su camino… No, no fue tan difícil, se descolgaron con sólo tirar una vez y pudo utilizarlas para cubrir los restos de cristales. De un salto se colocó sobre el alféizar, entonces otro ruido se impuso sobre el del fuego.

¡Las sirenas! ¡Por fin!.

¿Debía esperar? ¿Podría esperar Brittany?

Estaba a sólo tres metros de ella. Hacía un calor increíble y el aire resultaba irrespirable por la gran cantidad de humo acumulada. Las llamas estaban empezando a colarse por debajo de la puerta. No podía esperar.

Aterrizó sobre las cortinas y los cristales rotos, notó que se le clavaba algo, pero no tenía tiempo para mirar. Reptó por el suelo hacia la cama llamando a la pequeña, pero sin querer asustarla porque si sentía pánico y se movía, quizá no pudiera encontrarla en medio de aquel denso humo. De pronto se golpeó con algo en la cabeza y supo que había llegado a la cama; palpó el suelo hasta dar con lo que iba buscando. Tiró del piececito.

—¡Brittany! —no hubo respuesta.

Entonces fue ella la que se asustó. No podía estar muerta, acababa de veda moverse. Volvió a tirar de ella hasta que pudo tened a en brazos. Era un peso muerto, tenía la cabeza colgando sin aparente vida, pero no podía detenerse a comprobar si estaba bien. Tenía que salir de allí.

¿Dónde estaba la ventana? Todo era negro y asfixiante. Apretó fuerte a la niña, pero así no podía reptar pegada al suelo. No obstante, comenzó a moverse hacia donde creía que estaba la ventana mientras luchaba por respirar.

Tenía que salir de allí, no sólo por ella misma, ni por la niña que tenía en brazos.

Sino por el hijo de Domenic.

«Domenic», la cabeza le daba vueltas y le ardían los pulmones. «¡Lo siento!»

Capítulo 14

VIO EL humo al girar aquella esquina. Su mal humor se iba intensificando a medida que se acercaba al edificio donde sabía que ella había creado un refugio. No haber podido hablar por teléfono con ella desde Londres ya había sido bastante frustrante, pero comprobar al regresar que se había marchado, había terminado de volverlo loco. ¿Por qué se había marchado? Habían discutido antes de su viaje, pero jamás la habría considerado de las que abandonaban tan fácilmente.

Dobló otra esquina. Se alegraba de no haberle dicho que sabía su secreto. Parecía lógico que hubiera acudido allí a refugiarse. Entonces vio aquellas enormes nubes negras. Debía de ser muy cerca de ella.

Era su casa.

Las llamas salían por las ventanas delanteras, golpeando los viejos ladrillos. ¿Dónde estaban los servicios de emergencia? Se echó a un lado y salió del coche sin esperar un segundo para llamar.

—Tres minutos —le aseguró la operadora con total tranquilidad.

Multitud de gente se había congregado frente al edificio, pero ella no estaba allí. Una mujer lloraba histérica sin dejar de gritar un nombre.

—¿ Vive usted aquí? —le preguntó Domenic.

La mujer lo miró con los ojos enrojecidos y el rostro aterrado, pero no dijo nada, sólo señaló el edificio y sollozó.

—Brittany.

—¿ y Opal? ¿Dónde está Opal?

Ella alzó las cejas y volvió a señalar al edificio en llamas.

«¡NO!»

No podía estar ahí dentro. No había manera de acceder por la

fachada, tendría que intentarlo por la parte de atrás. Aprovechó la puerta que habían abierto los vecinos, que se esforzaban en humedecer el edificio con sus cortísimas mangueras, y se coló en el jardín trasero. Alguien había apoyado una escalera en la pared. Al levantar la mirada, vio unas piernas que desaparecían por una ventana hacia el interior.

«j Son sus piernas!»

—¡OPAL! —pero no esperó a obtener una respuesta, fue corriendo hacia la escalera y se encaramó a ella tan rápido como pudo sin hacer caso de los crujidos de la madera que protestaba por su peso nada importaba, sólo encontrar a Opal.

El humo salía por la ventana, afortunadamente no había todavía ninguna llama. Sin embargo, Domenic sabía que el humo podía ser tan letal como el fuego. Cada vez se oían las sirenas más cerca pero, ¿llegarían a tiempo? No podía arriesgarse. Sabía lo que debía hacer. Con un pequeño salto se metió por la ventana…

Aquello parecía un horno, el oxígeno se había consumido y el fuego amenazaba con traspasar la puerta en cualquier momento. Entonces ya no habría esperanza alguna.

—¡ Opal! —gritó en medio de aquel infierno, pero fue en vano porque el sonido se perdió en la omnipotencia del fuego. Se cubrió la nariz con un pañuelo para evitar que se le quemaran los pulmones.

No había ni rastro de ella, pero tenía que estar allí. Tenía que encontrarla. Entonces oyó un ruido… ¿era tos? Algo le golpeó en la pierna.

No era algo… Era alguien.

Bajó la mano y encontró un cuerpo. Notó las convulsiones que le provocaba la tos. Al intentar agarrarla bien para llevarla hacia la ventana, tocó a la niña que llevaba en brazos justo en el momento en el que se derritieron las bisagras de la puerta dejando paso a una enorme llamarada. .Se echó la niña a los hombros y prácticamente empujó a Opal hacia la ventana. Era evidente que estaba luchando por recuperar el control, sólo tuvo que intentado dos veces antes de conseguir sostenerse por sí sola. Domenic habría suspirado aliviado si hubiera teñido tiempo y aire.

Aquello era un verdadero infierno.

No, aún podía salir por la ventana y encontraría la escalera. Eso

no era el infierno.

El infierno había sido cuando había visto sus piernas desaparecer por la ventana.

Cuando había dudado de si volvería a veda, cuando había creído que quizá no fuera así.

Cuando ya estaba a mitad de la escalera, la habitación entera explotó víctima de las llamas llevándose tras ella lo que .quedaba de la ventana. Bajó los últimos peldaños que le quedaban y entonces sí suspiró aliviado al notar la tierra firme bajo sus pies. Alguien le quitó a la niña de los hombros y la llevó corriendo a la ambulancia. Alguien gritó:

—¡Tiene pulso! Es usted un héroe.

Pero Domenic negó con la cabeza. La heroína era Opal. Era ella la que había encontrado a la niña, sin ella la pequeña habría muerto.

La rodearon multitud de hombres de uniforme moviéndose de un lado a otro y gritando. Bomberos. Eso lo explicaba todo. Por algún motivo, había creído que el hombre que la había sacado de la habitación en llamas era Domenic. Pero no era posible. Domenic estaba en Londres con Emma. Y aunque hubiese estado en Sydney, no habría sabido dónde encontrarla.

La llevaron a la ambulancia y le pusieron una máscara de oxígeno. Respiró hondo y disfrutó del gas que le daba la vida; aunque después de un par de inhalaciones se retiró la máscara con impaciencia.

—¿Brittany?

—¿La niña? Está bien, va camino del hospital —le dijo el de la ambulancia apretándole la mano—. No se preocupe, está en buenas manos.

Una agradable sensación de alivio le llenó el corazón. Cerró los ojos y pensó en que lo importante era que la niña se había salvado. Había perdido Pearl's Place, pero daba igual; encontraría otro lugar con más espacio, como había pensado. Sólo era un edificio. Pero no habría podido soportar la idea de que le hubiera arrebatado la vida a una persona, especialmente a un niño.

Respiró una vez más y volvió a retirarse la más cara, había algo más que necesitaba .saber.

—¿Quién era el bombero que me ha sacado?

Quiero darle las gracias.

—No es ningún bombero, querida —le dijo el hombre mirando afuera de la ambulancia—. Ha sido ese tipo de ahí, el de la camisa que antes era blanca. ¿Es vecino suyo?

Opal se incorporó y trató de localizar al hombre, no había nadie con camisa que pareciera haber sido blanca. Entonces se apartó uno de los bomberos y le dio un vuelco el corazón…

«¡Domenic!»

Tenía el rostro tiznado, la camisa rota y sucia, pero era él. Estaba allí de pie, esperando impaciente a que un enfermero le curara la cara. En ese instante se dio la vuelta y sus miradas se juntaron en un momento mágico.

Aquella mirada le sacudió el alma.

No era lo que había esperado. Al marcharse de Clemengers había creído que su siguiente encuentro estaría lleno de recriminaciones y acusaciones. Había esperado una amarga discusión. No aquellos ojos que se le metían hasta lo más profundo del corazón, borrando todo lo ocurrido; el repentino viaje a Londres, la presencia de Emma en su habitación y el descubrimiento de que estaba reviviendo el sufrimiento de su madre.

Pero le había salvado la vida. En realidad había salvado tres vidas, la suya, la del hijo que estaba esperando y la de Brittany.

—No, no es un vecino —respondió sin apartar la mirada de él—. Es mi marido.

Estaba deseando llegar a casa y darse un buen baño para quitarse aquel terrible olor a humo. Después de haber pasado la noche en observación en el hospital, les habían dado el alta e iban camino de Clemengers en coche, en completo silencio. En el hospital no habían podido hablar, aunque era evidente que los dos sabían que tenían algo que solucionar y que no bastaba con expresar el alivio que sentían de seguir con vida.

Sólo habían comentado los progresos de Brittany. Incluso la había ayudado a buscarles un alojamiento temporal a todas las residentes del refugio, y ni se inmutó cuando apareció Deirdre Hancock y les dijo que ambos deberían estar descansando.

Fue justo antes de llegar a Clemengers cuando Domenic le tomó

la mano. Ella lo miró sorprendida.

—Opal, he traído a alguien de Londres. Ella quería… haber ido al hospital, pero yo le pedí que esperara en el hotel.

Opal se puso rígida y cerró los ojos. «Por favor, que no sea Emma». Habían estado juntos en Londres, pero no podía haber sido tan cruel como para llevarla allí con él.

—¿Quién es? —preguntó atemorizada.

—Lo vas a poder ver con tus propios ojos en sólo unos segundos —aseguró cuando el coche paró en la puerta del hotel.

Una vez dentro, Domenic la condujo a una de las salas privadas. Después del sol radiante del exterior, Opal tardó unos segundos en acostumbrarse a la tenue luz del interior. Había una mujer allí sentada que se puso en pie nada más verlos.

Opal se detuvo en seco y parpadeó.

y entonces el tiempo se detuvo, los años y los recuerdos se derritieron en su mente de manera incomprensible.

La mujer se acercó un poco más y le tendió los brazos.

—Opal-dijo con voz temblorosa y con los ojos llenos de lágrimas —. Es como un sueño poder volver a verte.

Opal miró a la mujer, la reconoció enseguida, pero no podía dejar de mirarla fijamente.

—¿Mamá…?

Capítulo 15

SE FUNDIERON en un abrazo inmediatamente, llorando y riendo al mismo tiempo. Las lágrimas arrastraban el dolor de la larga separación. Después se sentaron juntas en un sofá mientras Domenic se quedaba de pie apoyado en la chimenea dejándoles el espacio y el tiempo que necesitaban.

—¿Cómo es posible? —consiguió preguntar Opal por fin—. Todo este tiempo hemos pensado que estabas muerta. ¿Dónde estabas?

—Hay muchas cosas que explicar —comenzó a decirle tomándole las manos—. Y tienes muchas cosas que echarme en cara. Pero déjame decirte que abandonar a mis hijas fue lo más duro que he tenido que hacer en mi vida…

—¿Cómo pudiste hacerlo? —le recriminó Opal reviviendo el dolor de aquellos primeros meses de orfandad—. Las gemelas no tenían más que cuatro años, lloraron sin parar durante meses. Te necesitaban, las tres te necesitábamos.

Pearl la abrazó y la acunó apretándola contra su cuerpo al tiempo que sus ojos se llenaban de nuevas lágrimas.

—yo pensaba en vosotras cada día, pero no podía hacer otra cosa. No me dio elección.

—¿Quién? ¿Mi padre?

Pearl asintió.

—Yo sabía que no erais felices juntos, ¿pero cómo pudo obligarte a que te marcharas y nos abandonaras? No lo comprendo.

—Fue culpa mía —comenzó a decir su madre—. Yo no era feliz, tu padre no me quería y parecía disfrutar restregándome a sus amantes por la cara. Y llegó un momento en el que no aguantaba más.

—¿ y por eso te marchaste?

—Calla. Escúchame, no es tan sencillo —Pearl se enjugó los ojos y respiró hondo antes de continuar como si estuviera recabando todos sus sentimientos—. Estaba muerta de miedo, amaba tanto a tu padre. Estar esperando a que me amara me estaba consumiendo la vida. Me estaba volviendo loca. Lo que hice fue idear un plan para obligarlo a que se fijara en mí. Iba a tener un amante para hacerle sentir celos y demostrarle que si él no me quería, no tardaría en encontrar a alguien que lo hiciera, alguien que le hiciera probar su propia medicina. Así que busqué al hombre más guapo del hotel y, tal y como planeé, tu padre nos encontró juntos en la cama.

Pearl hizo una pausa.

—¿Qué pasó? —le preguntó Opal muerta de curiosidad.

o Su madre tenía los ojos turbios por las lágrimas y el rostro desencajado por el dolor que debía de haber sentido.

—Se echó a reír. Se quedó allí de pie y se rió a carcajadas como si fuera lo más divertido que había visto en su vida. Le dijo a mi amante que cualquiera que eligiera acostarse conmigo debía de estar borracho, ser estúpido o lo bastante desgraciado para ser mi marido, y ese puesto ya estaba ocupado, así que le preguntó qué era él. El pobre hombre salió corriendo mientras tu padre no dejaba de reír. Yo le pegué tan fuerte como pude, intentaba devolverle al menos parte del daño que me había hecho él a mí. Quería hacerle sentir algo. Al final lo conseguí… se enfadó muchísimo y tuvimos una pelea horrible. Horrible.

—y al día siguiente… —dedujo Opal recordando los gritos que había oído aquella noche y lo que había ocurrido a la mañana siguiente.

Pearl asintió.

—No aguantaba más. Me hizo sentir tan despreciable. Tenía que salir de allí…y no pude encontrar más que una manera de hacerlo.

Soltó una amarga carcajada.

—Pero ni siquiera eso supe hacerlo bien. Me encontró la señora de la limpieza, fue ella la que llamó a la ambulancia. No sé si tu padre se habría molestado en hacerlo…

—Nos dijo que habías muerto en el hospital.

—Lo sé. Me dijo que jamás debía intentar ponerme en contacto con vosotras y nunca lo hice. Fue muy difícil, pero sabía que no

había sido una buena madre, así que pensé que estaríais mejor sin mí.

Opal se quedó en silencio unos segundos, asimilando lo que acababa de escuchar.

—Ahora entiendo que nunca volviera a casarse, nunca fue libre. Pero, ¿cómo consiguió salirse con la suya? ¿Cómo hizo para convencer a todo el mundo de que habías muerto? o

Pearl se encogió de hombros.

—No debió de ser tan difícil. Mis padres habían muerto y yo no tenía más familia que vosotras. La mayoría de mis amigos eran de Melboume y tampoco tenía demasiado contacto con ellos. Seguramente dijo que había sido un entierro íntimo y todo el mundo lo aceptó.

—Por eso no nos dejó ir… yo pensé que nos estaba protegiendo, pero en realidad nunca debió de haber ningún funeral.

—Probablemente no. Él organizó mi salida del país. Me envió a Inglaterra, donde pasé algún tiempo en una clínica privada. Después me fui a vivir en un pueblecito cerca de Londres y abrí una joyería con el dinero que me había asignado.

Sonrió al recordar.

—Así aunque no pudiera ver a mis hijas, las recordaría todos los días al trabajar con zafiros, rubies y ópalos. Créeme, jamás os alejasteis de mis pensamientos…

—¿ y sabías que papá había muerto? Asintió con un triste suspiro.

—Un abogado se puso en contacto conmigo para decírmelo. Pensé en vosotras más que nunca, hasta descolgué el teléfono un par de veces con la intención de llamaros, pero no pude hacerlo. No podía volver a vuestras vidas así como así después de tantos años. No habría sido justo. Además, tenía miedo de que me odiarais.

—¿Cómo íbamos a odiarte? Yo te eché tanto de menos. Las tres te echábamos mucho de menos —Opal sonrió entre lágrimas—. Pero has vuelto. Ahora estás aquí.

—Sólo porque tu marido es un negociador increíble —confesó apretándole la mano—. Aunque necesitó toda la noche de Fin de Año para convencerme.

—¿La noche de Fin de Año? —repitió Opal desconcertada.

—Sí, fue cuando acepté reunirme con él en Londres. Le dije mil

y una vez que no estaba dispuesta a ponerte la vida del revés viniendo a Australia, entonces él me habló de ti. Me contó que habías abierto un refugio para mujeres. que quisieran huir de relaciones y que no tuvieran otro lugar donde ir… y que le habías puesto mi nombre —las lágrimas volvieron a agolpársele en los ojos, pero en los labios tenía una sonrisa que le iluminaba todo el rostro—. No tienes idea de lo que eso significó para mí. De pronto ya no encontraba ningún motivo para no volver.

Abrazó fuerte a su hija.

—y pensar que el día que llegué estuviste a punto de morir en ese incendio. Me dio mucha pena que perdieras el edificio sabiendo lo importante que era para ti, pero lo importante es que salvaras a esa niña y que los dos salierais con vida.

—Ya encontraré otro lugar—.

—Me encantará ayudarte… si tú quieres.

—¿Lo harías?

—Creo que te lo debo. Hay tantas cosas por las que debería compensaros. A lo mejor así consigo que me perdonéis por abandonaros siendo tan pequeñas.

—No tienes que hacer nada para que te perdonemos —aseguró Opal con sinceridad—. Pero te lo agradezco, me encantará que me ayudes.

Un teléfono sonó en la habitación. Domenic contestó a la llamada y habló en voz muy baja, pero sobre todo escuchó.

—¿Quién era? —preguntó Opal cuando hubo colgado.

—La policía ha detenido a Frank Scott por el incendio del refugio. Parece que también confesó haber incendiado el edificio de apartamentos donde habían estado viviendo Jenny y su hija. Supongo que lo encerrarán durante algún tiempo. La buena noticia es que Brittany se va a recuperar por completo. —Entonces podrán volver a casa —dedujo Opal.

—y estarán sanas y salvas —añadió Pearl poniéndose en pie—. Ahora, —sé que los dos necesitáis daros una buena ducha y descansar de todo lo ocurrido. Os dejo.

Acordaron cenar juntos esa misma noche. Domenic llevó a Opal de la mano hasta la suite de la que había huido en Fin de Año, segura de que su marido tenía una aventura y que su matrimonio

había acabado para siempre.

¿En qué más cosas se había equivocado?

Tan pronto como entraron en la habitación, Domenic la giró dejándola atrapada entre sus brazos con la espalda contra la pared. Antes de que tuviera tiempo de protestar, le cerró la boca con un beso contra el que no podía luchar. Un beso apasionado del que no habría manera de escapar. Un beso con el que le demostraba el enfado y la frustración que había sentido al pensar que la había perdido.

. Después de un buen rato se retiró un poco, le pasó la mano por el cabello y agarró un mechón en la mano, encerrándolo en un puño.

—¿Por qué te marchaste?

Opal se mordió el labio inferior al ver la furia que reflejaban sus ojos.

¿Por qué se había marchado? Había tantas razones, por dónde podría empezar…

—Creí que… En Fin de Año…

—¿Fuiste tú quien llamó?

Frunció el ceño y después asintió.

—Me contestó una mujer. Creí que era Emma y pensé… —cerró los ojos meneando la cabeza. —Pensaste que tenía una aventura.

—Sí. Pero en realidad estabas con mi madre.

Por eso fuiste a Inglaterra, ¿verdad?

—Sí. No podía decírtelo antes de irme porque no estaba seguro de si era ella o de si querría volver.

—¿Qué te hizo pensar que seguía viva?

Se encogió de hombros y le pasó la mano por la mandíbula. Después siguió pasándole la mano por el I cabello, pero ahora con increíble ternura.

—Al principio no estaba seguro. Fue algo que dijiste en la isla, que creías que tu madre había sobrevivido. Y el hecho de que simplemente os dijeran que había muerto… Busqué el certificado de defunción pensando que al menos eso ayudaría a cerrar la herida. Pero no existía y entonces me di cuenta de que las cosas no habían sucedido como os habían con tado.

—¿Pero cómo la encontraste?

—Contraté a un par de detectives que encontraron pruebas de

que se había marchado del país. Era complicado porque había cambiado de nombre. Así que fui a ver al abogado de tu padre y finalmente lo convencí de que le convenía contarme la verdad.

—Muchas gracias —le dijo emocionada—. Aunque sé que eso no alcanza a expresar lo que siento. Aunque —titubeó todavía no entiendo por qué lo has hecho.

Domenic respiró hondo.

—En la isla… el día que me hablaste de tus padres, me di cuenta de lo que te había hecho al obligarte a casarte conmigo —comenzó a explicar acariciándole el cuello—. Y pensé que quizá pudiera encontrar la manera de aliviar parte de tu dolor… descubriendo qué había pasado realmente.

Entonces comprendió por qué su humor había cambiado de manera tan repentina aquel día en la playa. Había decidido encontrar a su madre y ella se lo había pagado del peor modo posible.

—Siento haber creído que estabas con Emma —susurró avergonzada—. Siento haber dudado de ti, pero después de lo que pasó en la noche de nuestra boda…

—Espera —la interrumpió separándose un poco—. Emma estuvo allí, pero sólo cinco minutos y yo no la había invitado. Cuando llegó tu madre, Emma contestó al teléfono sin duda con la esperanza de que fueras tú. ¿Pero a qué te refieres con la noche de nuestra boda?

Opal lo miró perpleja. «Como si no lo supieras…» —Cuando te marchaste… alguien te vio subir a un taxi con Emma.

—Merda —maldijo dándose media vuelta—. ¿Y crees que yo iba a pasar mi noche de bodas con otra mujer, después de haberme casado contigo?

—¿ y no es eso lo que hiciste? Desde luego no la pasaste conmigo —se separó de la puerta y caminó hacia el otro extremo de la habitación.

—No la pasé contigo porque me dejaste muy claro que no querías ni verme aquella noche.

—Así que decidiste pasarla con Emma. Te vieron subirte a un taxi con ella.

—y supongo que alguien me vería también regresar en ese mismo taxi diez minutos después… solo. ¿No?

¿Estaría diciendo la verdad?

—Pero te fuiste a Estados Unidos al día siguiente.

¿Esperas que crea que no tuvo nada que ver con Emma? _¿De dónde viene tanta preocupación por Emma? Yo no tengo absolutamente nada con ella —resumió con frustración.

—¿No pasaste la noche con ella?

—Volví y me fui a mi despacho, donde dormí —aclaró acercándose a ella—. ¿Qué clase de hombre crees que soy?

Opal cerró los ojos dándole el tiempo necesario para que fuera hasta ella y la agarrara por los hombros.

—¿De verdad crees que habría sido capaz de hacer algo así?

—¡No! Bueno… es que… con tu reputación… —¿Mi… reputación?

—Antes de que yo apareciera habías tenido muchas novias. Y de mí sólo querías un hijo. Yo quería creer que era alguien especial para ti, pero cuando me quedara embarazada pensé que…

—Pensaste que iba atratarte como ,tu padre había tratado a tu madre —completó él pasándole un dedo por los labios—. Que te abandonaría para irme con otras. ¿Es eso?

No podía hablar, se limitó a apoyar la cabeza en su pecho. Él la apretó fuerte contra su cuerpo, tan fuerte que podía sentir los latidos de su corazón.

—¿Es que no has llegado a conocerme un poco en estos meses? —le preguntó besándole la frente.

—Sí. Quizá te haya subestimado. De hecho, se suponía que tú no sabías nada sobre PearI 's Place. ¿Cómo te enteraste?

—¿ Crees que habría hecho negocios contigo sin saberlo todo de ti?

Lo miró alucinada consigo misma por haber podido ser tan ingenua.

—y me gustó lo que descubrí —continuó contándole—. Alguien que tenía todo el dinero que necesitaba y había elegido compartido con otros menos afortunados. Alguien que había encontrado el modo de continuar con su negocio y con su vida a pesar de tenerlo todo en contra.

La besó en los labios suavemente.

—¿Cuándo vas a comprenderlo? Me casé contigo, me acuesto contigo. Por alguna extraña razón, incluso creo que te amo.

—No —lo interrumpió ella—. Tú no me amas. No puedes —

añadió deshaciéndose de su abrazo.

—¿Cómo sabes tú lo que puedo o no puedo?

—Pero no te casaste conmigo por amor. Lo hiciste porque querías el cien por cien de Clemengers y yo no estaba dispuesta a dártelo. No había otra razón.

—Bueno —dijo él encogiéndose de hombros—… Quizá hubiera una más.

—¿Cuál?

—Despertaste mi curiosidad. Eras preciosa, tan segura algunas veces y tan inocente otras. Te-deseé desde el momento en que irrumpis1e en mi oficina. Cuando te empeñaste en que no podría controlar Clemengers, pensé que tenía que encontrar un aliciente para el negocio. Tú eras ese aliciente.

Volvió a acercarse a ella.

—Pero no me di cuenta de lo dulce que eras hasta que estuvimos solos en la isla —le descruzó los brazos que ella apretaba fuertemente contra su pecho—. ¿ Tienes idea de lo excitante que es darse cuenta de que tu esposa es virgen? ¿Sabes lo sexy que es pensar que ningún otro hombre la ha tenido ni ha disfrutado de esas curvas, ni ha sumergido su lengua en todos sus rincones secretos?

Bajó la cabeza y le acarició el cuello con la lengua. Ella tomó aire haciendo que sus pechos subieran hacia él. Domenic tomó uno en su mano, sintiendo el pezón contra la palma a través de la camiseta y del sujetador.

—y aun así comprobar que responde a ti como una leona recién liberada. ¿Cómo no iba a enamorarme de una mujer así, si es todo lo que un hombre podría desear?

Opal se meció entre sus brazos, perdiendo la noción del tiempo y del espacio.

La amaba. La amaba de verdad. Jamás habría imaginado que algo así fuera posible después de haberse casado como se habían casado. Habría creído suficiente poder aguantar el paso de los años de una manera civilizada.

—Por eso no podría serte infiel. Jamás. Tienes que comprenderlo.

—Creo que lo entiendo —aseguró al tiempo que notaba cómo el

corazón le golpeaba contra el pecho—.

Quería creerlo, pero tenía demasiado miedo a creer que fuera cierto.

—Pues es cierto.

—¿Todavía necesitas que te diga por qué me marché?

—¿Porque creías que estaba con Emma? —preguntó con una sonrisa malévola.

—¿ y no sabes por qué me importaba que estuvieras con ella?

Ahora le tocaba sonreír a ella.

—Tú creías que me odiarías. Te di razones suficientes para hacerlo al obligarte a casarte conmigo y después creíste que me acostaba con otra. Sé que no puedo pedirte que sientas algo por mí, pero al menos podrías perdonarme por haberte tratado tan mal al principio.

—Pero no es por eso por lo que me marché. —¿Entonces por qué?

—Porque me había ocurrido lo que más había temido toda la vida. La razón por la que me había protegido durante toda mi vida.

Buscó sus manos y las apretó entre las de ella.

—Me enamoré de ti, Domenic. Y no quería. Yo había construido una coraza a mi alrededor, pero tú la atravesaste. Por mucho que me repitiera una y otra vez que tú jamás te comprometerías con una sola mujer, deseaba creer que algún día te comprometerías conmigo. Por eso me marché. Porque te amo y porque tenía miedo de que tú nunca pudieras corresponderme y jamás podría vivir así.

Domenic la estrechó entre sus brazos hasta que ambos pudieron sentir el corazón del otro y supieron que se-pertenecían y se pertenecerían siempre.

—Señora Silvagni —dijo posando sus labios sobre los de ella—, mientras yo esté vivo, jamás tendrás que vivir sin amor. Yo siempre te amaré.

—y yo te amaré a ti.

Se besaron y sus almas se unieron del mismo modo que se habían unido sus vidas para siempre, con la certeza de que nada sería lo mismo a partir de entonces.

—Bueno —le dijo mirándola con sonrisa traviesa—… ¿Qué te parece si nos damos una ducha?

Ella lo miró resplandeciente.

—Pensé que nunca me lo pedirías.